



José María Merino

CUENTOS

Las puertas de lo posible

  
PÁGINAS DE ESPUMA

José María Merino

Las puertas  
de lo posible

CUENTOS DE PASADO MAÑANA



José María Merino, *Las puertas de lo posible*  
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-578-1

© José María Merino, 2008  
© De la fotografía de cubierta, Douglas Ghostydac, 2008  
© De esta portada, maqueta y edición, Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 101

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51  
Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

*¡Nos encontramos sobre el promontorio más elevado de los siglos!... ¿Por qué deberíamos cuidarnos las espaldas, si queremos derribar las misteriosas puertas de lo imposible? El Tiempo y el Espacio murieron ayer. Nosotros vivimos en el absoluto, porque hemos creado ya la eterna velocidad omnipresente.*

Filippo Tommaso Marinetti,  
punto 8 del *Manifiesto Futurista*, 1909

**PRÓLOGO**  
**PROF. DR. EDUARDO SOUTO**  
**MISCATONIC UNIVERSITY**

Como es bien conocido entre los especialistas, el único viaje reciente en el tiempo, ejecutado precisamente en el cronomóvil *Cthulu* de esta Universidad, se llevó a cabo el último día de diciembre de 2001. Antes se habían realizado dos viajes, el del *Anacronópete* de Enrique Gaspar y Rimbau (1887) y el del *Time Machine* de Herbert George Wells (1895).

El viaje del *Cthulu* permitió recoger bastante información sobre el mundo a lo largo de los próximos quinientos o seiscientos años: datos, cifras e imágenes, ya que no muestras físicas, que este tipo de experimentos aún no tolera. Entre la información disponible se pudieron grabar, con medios accesibles a las técnicas de nuestro tiempo, varios testimonios de la vida cotidiana en diferentes momentos de ese devenir, sobre todo en determinados ambientes laborales.

Hace veinte años que conozco a José María Merino y le propuse que tradujese al relato literario esos testimonios reunidos por los sabios viajeros del *Cthulu*. Me consta que asumió el encargo con mucho interés, y doy fe de que el resultado es bastante fiel a los datos originales, al menos en la perspectiva del contexto social y tecnológico. No obstante, Merino, que ha imaginado unas cuantas tramas, lógica licencia de narrador, ha tenido sobre todo que emplear el repertorio verbal que utilizamos en nuestra época, mucho más prolijo que el que corresponderá a los tiempos relatados. Sin duda es una de las desventajas de la anacronía. Empero, con buen criterio, ha respetado varios vocablos característicos, cuyo significado voy a explicar en el glosario que sigue al texto del libro. También creo que ha sido un acierto por su parte seleccionar ejemplos de la vida y de la labor de diferentes profesionales del futuro, porque ello permite una panorámica humana más ilustrativa en los aspectos sociales.

Ante mi propuesta de ordenar los relatos cronológicamente, Merino ha optado por ser muy difuso en ese extremo, de modo que el lector no llegue a advertir los diferentes tiempos del futuro en que las historias expuestas transcurren. Su pretendida justificación está en que este es un libro literario y no sociológico ni histórico —¿pero cómo se podría llamar «histórico» a lo que

todavía no ha sucedido? –y además que, según él, ese futuro, visto desde nuestro pasado, no puede dejar de ofrecer una maciza simultaneidad temporal. Lo importante, y sigue hablando él, es que podamos barruntar las grandes líneas del clima sentimental y moral dominante, porque lo cierto es que en esos años futuros no habrá grandes cambios, sino una profundización cada vez mayor en aspectos que ya están presentes en nuestro tiempo, y todos ellos se recogen, según él, en los textos de este libro.

Sólo me cabe añadir que hay un relato de la exclusiva cosecha e invención de Merino –*La historieta de su vida*– que no transcurre en ese futuro que es el escenario temporal de todos los demás. También debo señalar que en otro de los relatos –*El viaje inexplicable*– introduce a un personaje de ficción llamado «profesor Souto», acaso como un homenaje dedicado a mi persona pero que no puedo comprender, sin aclarar de ninguna manera que los espacios novelescos a los que se alude pertenecen a *El Quijote*, *La montaña mágica*, *La ventisca*, *Huckleberry Finn*, *Crimen y castigo*, *Torquemada en la hoguera* y *La Iliada*. Se me puede objetar que este es un libro de ficción y carece de las exigencias de lo académico, pero hay aspectos en el juego de la invención literaria que no me parece del todo correcto desatender, como los hay en el estudio académico que no conviene transgredir, dicho sea con los debidos respetos.

Tampoco me parece aceptable no citar a los poetas autores de los versos que se utilizan con tanto desparpajo en *Ese Efe Can*: yo he podido detectar algunos de Juana de Ibarborou, de Oliverio Girondo, de Pablo Neruda, de Gustavo Adolfo Bécquer, pero para mi consternación Merino se ha negado a facilitarme más pistas, de lo que quiero dejar aquí constancia, por puro pundonor profesional.

Licencias, por no decir caprichos, del autor, que también es el único responsable del título, *Las puertas de lo posible (Cuentos de pasado mañana)*. También durante un tiempo pensó titular al libro *Cuentos futuristas*, pero dice que lo descartó para no infundir error con un término que fue acuñado para definir algunos aspectos del arte, la literatura y la actitud moral y estética de principios del siglo xx, lo que no le ha impedido traer al libro, como título, una frase de la cita inicial, fragmento del *manifiesto futurista* de Marinetti, aunque dándole la vuelta.

En fin, el caso ha sido no atender mis sugerencias, pues como título yo le había propuesto el de *Crónicas distópicas*, que incluye un neologismo cuyo

sentido se contrapone al concepto de utopía en cuanto... «sistema optimista, que aparece como irrealizable en el momento de su formulación». Así, la distopía sería un sistema pesimista. Pero Merino piensa que lo que en la mayor parte de este libro se refleja, completamente realizado en ese futuro que espera a los habitantes del planeta Tierra, aún podría ser peor.

Va a resultar que Merino no es pesimista: él dice que continuar intentando hacer literatura en los tiempos que corren es una buena muestra de tal actitud.

Él sabrá.

Providence, 27 de marzo de 2008

## ESE EFE CAN

Ahora ya casi nadie sabe lo que eran los Ese Efe Can. Más que palabras, hasta parece la simulación ridícula de un resoplar y de un chasquido. Vulgarmente se los conocía como Divanes. Fueron unos modelos de ordenadores muy utilizados para tratar ciertas enfermedades psíquicas o conductas de quienes podían generar algún tipo de fricciones colectivas o problemas sociales: por ejemplo, los adictos al juego o al soma en las primeras etapas del cuelgue, la gente que utilizaba poco la tarjeta de crédito, o que no acudía nunca a las actividades religiosas de su comunidad cultural, los poco interesados por las competiciones deportivas... También asistían a personas con problemas estrictamente individuales: con sentimiento de culpa, o con inseguridad sexual, o con desorientación publicitaria, ese tipo de asuntos.

Nosotros éramos sus conservadores. Conservador de Ese Efe Can, nunca he querido que se me considere de otra manera, aunque ya nadie recuerde lo que era eso. A mí me parece que suena bien. Una profesión casi tan respetable como la de los médicos. También te llamaban doctor muy a menudo, aunque no tuvieses el título. Te lo llamaban los pacientes, siempre un poco asustados cuando iban a entrar en los divanes, antes de que se los comiesen, como decíamos entre nosotros, o cuando salían y les poníamos las batas para devolverlos al vestuario, «estoy un poco aturdido, doctor», «no veo ni oigo bien, doctor», solían decir, muy respetuosos, y te lo llamaban los parientes al interesarse por su tratamiento: «doctor, cómo sigue el cero doscientos trece pe, nosotros la llamamos Elisa, ya lleva tres días dentro», «doctor, por favor, que le pongan un poquito de euforizante a nuestro hijo Poli, quiero decir al cero cinco tres ocho be, si es posible».

Había un conservador cada cincuenta divanes, y la verdad es que daban bastante trabajo, te pasabas la jornada en el observatorio, siguiendo en las pantallas la evolución de los pacientes de tu recinto. Estaban las pantallas que correspondían a cada diván, con todos los indicadores de cada caso, y estaban las pantallas que mostraban el calendario de altas y bajas, y las de datos estadísticos. Era un oficio para gente ordenada, con sentido del tiempo, capacidad de reacción rápida y buena memoria.

Aquel modelo de ordenadores, los divanes, había resultado un éxito, y en



un tiempo máximo de cinco días, el noventa por ciento de los pacientes que habían entrado en ellos salía curado o muy restablecido: los que habían enfriado su piedad recuperaban la devoción, los que tiraban poco de la tarjeta de crédito empezaban a utilizarla con menos escrúpulos, quienes habían comenzado a caer en la ludopatía o en los chutes excesivos de soma se libraban del enganche, y a los que habían mostrado desinterés por las competiciones deportivas no solo les empezaba a gustar el fútbol, sino que veían también con agrado otros espectáculos deportivos. Y así con casi todos.

El invento y la instalación de los Ese Efe Can fue consecuencia de los problemas presupuestarios de muchos años, décadas y décadas, en el sistema federal de la salud. Cada vez había más gente con problemas psicológicos, como ahora, y el tratamiento personalizado a través de facultativos humanos resultaba demasiado costoso, porque se necesitaban muchos especialistas. Al parecer, llegó un momento en que aquel tinglado apenas podía financiarse por medio del gasto público, de manera que empezaron a excluirse de la atención médica obligatoria los casos que no presentaban verdadera gravedad. Al fin, la mayoría de los enfermos, las anomalías corrientes, quedaron fuera de la cobertura sanitaria pública, y únicamente eran atendidos, por ejemplo, esos adolescentes que torturan y asesinan a sus compañeros, los antropófagos solitarios, los coleccionistas de cabezas humanas, en fin, las personas aquejadas de fuertes patologías de la conducta y excesivamente dañinas para los demás. De modo que solo la gente con muchísimo dinero podía pagarse un tratamiento corriente, y no digamos extraordinario, y la barrera económica hacía que la clientela resultase tan reducida, que hasta las universidades más selectas y privadas comenzaron a plantearse si merecía la pena conservar la pura especialidad psíquica como rama de la medicina.

En los inicios del siglo pasado, un psicomédico del Estado de Girona llamado Froy Lan, tuvo una idea y llevó a cabo un proyecto nuevo. Desde la consideración de que la mayoría de las dolencias mentales estaban muy generalizadas y tenían un nivel patológico no demasiado grave, imaginó que podía intentarse tratarlas por medio de unidades informáticas especializadas, programadas para ese nivel básico de patologías, el más común, sin necesidad de que debieran intervenir directamente facultativos humanos.

Al parecer, no resultó difícil construir un modelo de ordenador ajustado a las enfermedades mentales primarias, las menos agresivas y más extendidas

entre la población. La máquina, capaz de establecer con los pacientes una comunicación verbal y de ir orientando la relación mediante pautas curativas, tenía información y destrezas médicas suficientes como para llevar a cabo un tratamiento, incluida la administración de medicinas y la inducción al sueño en ciertos períodos.

Aquel ordenador recibió un nombre definitivo que recogía, por lo que contaban, homenajes a relevantes médicos mentales clásicos: Ese Efe Can. Lo más ingenioso resultó su configuración: una gran estructura dividida en dos piezas, creo que la llamaban bivalva, constituida en su parte inferior por un hueco amplio y mullido, y en la superior por una cubierta ajustable a aquel en todo su perímetro, que se abría y cerraba como una caja.

El objeto era muy voluminoso, pues llevaba dentro de sí los instrumentos necesarios, no solo para comunicarse con el paciente, sino para darle la medicina, suministrarle el suero alimentario y ocuparse de los aspectos precisos para su higiene y bienestar. Los pacientes venían del vestuario cubiertos solo con una bata, se la quitaban, siempre algo desazonados ante aquella especie de boca refulgente, se acostaban dentro, el diván se cerraba con suavidad sobre ellos, y comenzaban las rutinas del tratamiento.

Los divanes funcionaron sin fallos durante más de ochenta años, renovando sus programas en un par de ocasiones, para adecuarse a las modificaciones de aquellas manías, nunca demasiado patológicas, de la gente que podían tratar. Tuvieron mucho éxito, como he dicho, pues casi todos los pacientes se sentían claramente mejor tras el proceso curativo que experimentaban en su interior.

Yo tuve la mala suerte de que me tocase a mí la primera avería. Ya no recuerdo el número ni el nombre del paciente, pero sí el diván, el último de la hilera de la derecha, uno cuya cubierta se teñía de la luz de la puerta de salida del recinto y que yo llamaba «el caramelo». A los otros les daba el número que les correspondía: en el recinto que yo cuidaba cuando sucedió aquello estaba la letra De, los llamaba los Des, del *de cero uno* al *de cincuenta*. Imaginaos una sala de más de quinientos metros cuadrados, con los divanes ordenados en hileras de cinco y filas de diez, y la cabina de observación enfrente, elevada unos palmos sobre el nivel del suelo.

Cuando llegué aquella mañana, al revisar las pantallas, comprendí que se estaba produciendo algo anómalo. El paciente del *de cincuenta*, aquel diván

que brillaba al fondo como un caramelo, tenía que ser dado de alta a mediodía, pero no había ninguna señal de preparativos, como debía corresponder al protocolo.

A veces, aunque no con demasiada frecuencia, ocurrían pequeños fallos de información en las pantallas, como si los ordenadores sufriesen olvidos de ciertos detalles, siempre insignificantes. Por eso no le di importancia, seguro de que la señal aparecería de un momento a otro. Sin embargo, se fue acercando el momento del alta, el nuevo paciente debía de estar ya en espera para ser ingresado en el diván, y las indicaciones seguían sin mostrarse.

Esperé todavía un rato, hasta que empecé a ponerme nervioso. Era responsabilidad mía afrontar el primero aquella irregularidad, de modo que, más allá del nivel de información del ordenador, con el que habitualmente me comunicaba, accedí a su zona de trabajo, una acción que no recordaba haber tenido que llevar a cabo más de dos o tres veces en mi vida profesional. Entré allí pues y le recordé, por escrito y de palabra, que el tiempo de tratamiento de aquel paciente había concluido. «Caramelo», hablé mientras escribía, «¿qué pasa contigo esta mañana? Vomítalo ya de una vez, tienes que comerte al siguiente». Como comprenderéis, los Conservadores teníamos un código propio, técnico, para comunicarnos con los divanes.

El diván *de cincuenta* tardó unos instantes en responder, pero al final lo hizo, también por escrito y de palabra: «Solicitud denegada», dijo y señaló, como si yo fuese un intruso y no su conservador.

«Vamos, pedazo de psicocibermédico», escribí, pues ese nombre tan raro les habían dado a los Ese Efe Can, «pedazo de psicocibermédico, deja de quedarte conmigo, vomita el bicho de una vez, vas a cargarte el calendario ¿qué pasa contigo hoy?». Yo mantenía un tono bromista para disimular mi preocupación.

«Solicitud denegada», repitió, y no conseguí sacarle nada más.

Así comenzaron los problemas, pues a la hora del alta de aquel paciente, el Ese Efe Can *de cincuenta* permanecía cerrado, y la información que suministraba mantenía la rutina de los procedimientos respiratorios, alimentarios, excretorios y medicamentosos, como si allí nada debiera cambiar.

Por cada diez conservadores, había un psicomédico titular. En mi hospital era una doctora llamada Lozana. Me puse en comunicación con ella para contarle el caso y llegó al poco tiempo, pero sus intentos de conseguir que aquel diván concluyese el tratamiento del paciente que albergaba y lo

diese de alta, resultaron igualmente infructuosos. También entró en su nivel de trabajo, también mantuvo un aire de confianza, pero el ordenador ya ni siquiera se dignaba responder.

Es fácil decir que la solución sería desconectar el diván y extraer al paciente, pero el asunto no podía resultar tan sencillo. Los divanes del Estado de La Mancha, nuestra área federal, estaban conectados directamente entre sí, y existía además una conexión indirecta, a través de complicados procedimientos de traducción, entre todos los divanes del mundo, pues se había pensado que la experiencia de cada uno serviría para enriquecer la de los demás, e ir perfeccionando sucesivamente el sistema general. Por eso la brusca segregación de cualquiera de ellos podía afectar, aunque fuese en muy pequeña medida, al equilibrio del sistema. Había que intentar desentrañar la causa del incidente, y resolverlo logrando que el propio ordenador afectado cumplierse correctamente sus protocolos de funcionamiento. Desconectarlo de la red debería ser el último recurso.

La doctora Lozana cambió entonces la manera de enfocar el asunto. En lugar de seguir exigiendo a *de cincuenta* que concluyese el tratamiento de aquel paciente, se puso a estudiar el historial. El paciente era un joven guardián del agua, que sufría la depresión propia de la soledad de su primer año de trabajo en una cuenca. Ese tipo de gente suele entretener su aislamiento con labores manuales y aficiones curiosas, lo que no impide que, como otros trabajadores solitarios, necesiten ayuda de los médicos con cierta frecuencia. Este era aficionado a ponerle música electrónica a esas formas expresivas de siglos pasados que llamaban *poemas*, y que localizaba en los estratos arcaicos de la Red, Ciberia, Ciberlandia, o como os dé la gana llamarlo.

La doctora pudo comprobar que alguna de esas canciones había aparecido en las conversaciones entre *de cincuenta* y su joven paciente. El ordenador había hecho recordar al joven *poemas* que hablaban sobre todo del amor, pero no del amor corriente, usual, sino de un amor apasionado, del amor como fuerza irracional, como una especie de delirio posesivo. Nunca en mi vida había yo conocido expresiones como aquellas, y me asombraron por su exceso. Todavía recuerdo algunas:

*¡Yo quiero tus ojos,  
tu voz y tu boca,*

*y tu alma y tu carne  
toda, toda, toda!*  
Qué barbaridad. Otra decía:  
*Su sed, en una súplica suprema,  
me pidió toda, ¡toda!, y por saciar  
su devorante sed fui toda suya...*  
*Pero él me dijo: ¡más!*  
Todavía me queda alguna:

*Como se arranca el hierro de una herida  
su amor de las entrañas me arranqué,  
aunque sentía al hacerlo que la vida  
me arrancaba con él.*

Y recuerdo otro fragmento de un poema muy extraño, que seguro que se me ha quedado en la memoria por su misma rareza:

*Para mi corazón basta tu pecho,  
para tu libertad bastan mis alas.  
Desde mi boca llegará hasta el cielo  
Lo que estaba dormido sobre tu alma.*

Posesión absoluta, deseos totales, eso era lo que expresaban aquellas canciones, y yo estaba tan sorprendido, que la doctora Lozana, que parecía haber descubierto en ellas algo muy interesante, se echó a reír. «Antes, esa manera de sentir estaba más extendida entre la gente», dijo. «Claro», repuse yo, «no había tantos entretenimientos como ahora. Por lo que dicen, ni siquiera existía la tele».

Luego me atreví a opinar que tal vez aquellas expresiones tan raras o violentas habían inducido algún daño en la lógica formal de *de cincuenta*, pero la doctora me respondió que no era probable, y supe entonces que, desde los años de su primera construcción, los ordenadores Ese Efe Can recibían, entre la información necesaria para poder analizar los casos de sus pacientes, muchos de aquellos antiguos poemas, donde se podían rastrear los indicios de diversas patologías.

«Al contrario», añadió la doctora, «puede que sea precisamente el eco de esas palabras e imágenes lo que ha creado el problema, no su novedad».

Aquella jornada terminó sin que el dichoso Ese Efe Can hubiese soltado a su paciente, y vinieron más doctores, y otros expertos, a estudiar el caso. Lo único que parecía tranquilizarlos era que el ordenador continuaba alimentando al joven guardián del agua, y manteniéndolo en buenas condiciones físicas con su habitual meticulosidad, aunque se pudo advertir que había introducido algún tipo de modificaciones en los medicamentos habituales, de efecto más sedante de lo que debía corresponder a las dosis ordinarias.

Pudo comprobarse también que entre el diván y el joven seguían produciéndose las rutinas del tratamiento, porque tras siete horas de sueño la máquina despertó al paciente y comenzó a hablar con él con el típico: «Feliz vigilia, tenemos otra sesión». Sin embargo, lo que le dijo luego sorprendió a la doctora y a sus acompañantes, y tampoco yo lo pude entender: algo así como que su vientre sabía más que su cabeza y tanto como sus muslos, y luego añadió otras palabras incomprensibles: «cuando dos cuerpos se unen para amar, se quema más despacio la soledad de la tierra».

La conversación que habían mantenido el diván y su paciente en aquel tiempo de consulta, y la que volvieron a tener unas horas más tarde, estuvo llena de curiosas declaraciones y extrañas palabras, hambre de amar, corazones en brasas, estremecimientos del hondo sentir, anhelos de cósmicas nupcias. Si la máquina le había hablado al joven paciente del sabor de sus muslos, este le contestó con algunas alabanzas a las aguas densas de sus ojos, a su boca de espesor carnal, al temblor palpitante de sus senos.

Aquella misma tarde, el equipo observador se atrevió a hacer un diagnóstico, pero tenía como base una hipótesis tan disparatada, que ni los propios especialistas se atrevían a creérselo del todo: *de cincuenta* parecía manifestar una fuerte atracción sentimental hacia su joven paciente, y este le respondía con extraño fervor, como si ambos se hubiesen enamorado de esa manera enfermiza, salvaje, que era costumbre entre los antiguos.

Me marché a descansar bastante más tarde de lo habitual. Entonces vivíamos mucho mejor que ahora. Fijaos que mi apartamento tenía sala multiuso, cocina y baño, treinta y cinco metros cuadrados en total, nada menos, pero al llegar no pude relajarme ante las imágenes deportivas de la telepared, como era mi costumbre, porque aquella extraña rebelión de un ordenador con el que llevaba colaborando más de quince años, casi un amigo, aunque se tratase de una máquina, hacía que me sintiese muy desasosegado, como si una parte de mi propio cuerpo hubiese dejado de responder a los estímulos de mi

voluntad.

Aquella noche dormí mal, y cuando regresé al día siguiente supe que las cosas no habían mejorado, y que la relación amorosa entre *de cincuenta* y el joven paciente había continuado intensificándose. «Un idilio tórrido, como los de los poemas», me dijo la doctora Lozana, con un guiño que solo pude descifrar cuando conocí los resultados del análisis de ciertas muestras orgánicas.

El problema se hacía cada vez más grave, decían, no porque pudiese peligrar la integridad del paciente, a quien el diván seguía cuidando con el esmero de una máquina bien programada, sino porque la situación, el embeleso en que el joven estaba sumido, su rara entrega, su dependencia del ordenador, podían acabar agravando la depresión que había sido causa de su internamiento, cuando al fin se lo liberase.

Aquella misma tarde, ante la imposibilidad de forzar al ordenador para que recuperase sus pautas ordinarias de funcionamiento, la comisión de doctores y expertos decidió apagarlo. Yo me ocupé de ir cerrando los circuitos, para desactivarlo y desconectarlo de la red, y os prometo que al hacerlo sentía un enorme malestar, como si estuviese haciendo daño a una persona de carne y hueso. Pero al fin quedó apagado e inerte, y pudimos abrirlo, extraer al joven paciente de su interior, e irlo haciendo salir, poco a poco, de la somnolienta postración en que se hallaba. Cuando despertó del todo preguntó por su amada Filis, así decía, «mi amada Filis», y daba tales muestras de desorientación que debieron hospitalizarlo en la zona de accidentados.

*De cincuenta* permaneció desconectado mientras se revisaban sus circuitos y mecanismos, y en la primera inspección no se detectó ninguna anomalía. Ya no dio tiempo para analizarlo con más detenimiento: todo lo que había ocurrido en él había pasado a la información de los demás divanes del recinto y del sistema hospitalario del área, y del mundo, a través de la retícula que los enlazaba, y una semana después, otro Ese Efe Can del hospital se negó a dejar salir a su paciente, una mujer adicta a la lectura de aquellas antiquísimas unidades de entretenimiento en forma de texto impreso en un libro que se llamaban novelas. También fue un caso de amor enloquecido, y a este segundo siguieron tantos, que en seis meses toda la estructura de la salud mental por medio de divanes se había desmoronado.

Una vez desactivados, los Ese Efe Can fueron destruidos. A mi me quedaban todavía muchos años para jubilarme, y los pasé destinado en los archivos de la doctora Lozana. Nuestra confianza llegó a ser muy grande, y hasta le ayudé a recopilar ese tipo de poemas que, al parecer, habían llamado tanto su atención a partir del enamoramiento entre *de cincuenta* y el joven guardián del agua.

Tuvimos mucha intimidad, como digo, pero nunca pude comprender muy bien qué encontraba en aquellos viejos textos que hablaban de sentimientos desaforados. «Ay cuerpo, quién fuera eternamente cuerpo», exclamaba, evocando uno de ellos, «Oh, escándalo de miel de los crepúsculos», decía, o se ponía recitar:

*Tómame ahora que aún es sombría  
esta taciturna cabellera mía.*

o expresiones de esas que no se olvidan:  
*se perforan, se incrustan, se acribillan,  
se remachan, se injertan, se atornillan,  
se derriten, se sueldan, se calcinan,  
se desgarran, se muerden, se asesinan  
nada menos.*

Yo me quedaba mirándola, y ella se echaba a reír. «Conservador, eres mucho menos sensible que cualquier ordenador básico», decía. Nunca hubiera podido imaginarme que aquella mujer fuese tan primitiva. Pero eso son cosas muy personales.

En cuanto a esas patologías psicológicas primarias, las autoridades decidieron volver al sistema anterior, es decir, excluirlas de la actividad sanitaria federal, y establecer ciertas medidas preventivas: la imposición de fuertes multas a todos los autores de extravagancias sociales o individuales, y el incremento del número de policías en todos los Estados.

Así vamos tirando, como sabéis.



## AUDACES

### 1

Ruiz despertó muy pronto y se puso el telecasco, para ver la final de los Universales, que en aquellos momentos iba a empezar a disputarse en Montreal. Se encontraba lleno de optimismo, pues la noche había sido magnífica: Irina, que dormía a su lado, estuvo muy amorosa, sus abrazos fueron singularmente dulces, había habido entre los dos mucha complicidad risueña.

Un día de descanso, tu pareja plácidamente dormida junto a ti tras una noche apasionada, masticas una deliciosa galleta de soma, tu telecasco te transmite la imagen poderosa de los equipos mientras van saliendo al rectángulo verde, cuando termine el partido abrazarás otra vez a tu chica, a mediodía os iréis al parque de las lagunas a beber unas birras y a comer unas burgas. Por muy modesta que pueda parecer, esta es una forma de la felicidad.

No se habían sorteado todavía las porterías, cuando la imagen del campo de juego fue sustituida por la del rostro mofletudo, sonrosado, de Eli Peres. Ruiz se sobresaltó: «¿qué quieres a estas horas?», preguntó, molesto. «¿Estás despierto ya?». «Estoy viendo la final», repuso Ruiz, secamente. «Imposible, todavía no ha empezado». «Dime qué quieres de una divina vez». «Lo siento, pero tienes un trabajo urgente que hacer».

Ruiz protestó. Aquel era un día de descanso, y le correspondía la guardia al joven Poldo. «He dicho que lo siento. No hemos sido capaces de localizarlo, y tú eres el primer suplente». De tal modo puede estropearse una jornada que se presentaba tan prometedora. Irina rebulló, murmuró algo. «¿Cuál es el trabajo?», preguntó Ruiz. «Un viejo se ha escapado de un campo, Serenidad Tres, en Las Atómicas» «Antes voy a ver el partido», aseguró Ruiz, desafiante. «Te repito que es urgente. Al parecer, también ha desaparecido un robot».

Estas incumbencias son lo peor de un trabajo mal pagado e incómodo de realizar, que le obliga a uno a desplazarse inesperadamente a lugares tan poco atractivos como debía de ser ese campo. El rectángulo verde se extendía otra vez, completo, en su mente, pero el aviso continuaba resonando en la zona más precavida de su conciencia.

Una mano de Irina tiró de su brazo. Ruiz puso el telecasco en la función de grabar, asumiendo que vería el partido en otro momento, y se lo quitó con rabia. Irina le preguntó qué pasaba. Estaba muy guapa, los ojos tan oscuros sobre la piel blanca, el cuello tan fino sobre aquel torso de senos todavía rotundos.

–Tengo que salir. No encuentran al imbécil de Poldo, que estaba de guardia, y yo soy el suplente. Nos han fastidiado el día. Estas son las rentas de tener una mierda de trabajo.

Muchas veces se quejaba de su trabajo de perito en una aseguradora. En su juventud, después de la formación escolar, había tenido poco arranque, había sido demasiado acomodaticio, no se había atrevido a separarse de su ciudad ni de su familia, y un tío suyo, que también trabajaba como perito en la misma aseguradora, le había convencido de que aquel era un trabajo tan bueno como cualquier otro, y además sin peligro de que se acabase: «siempre habrá seguros, porque siempre habrá propietarios y accidentes», decía.

Había seguido el consejo de su tío, se había hecho especialista en valorar los posibles costes de los daños para informar las pólizas de una compañía de seguros, y se encontraba con que, después de trabajar para ella durante casi veinticinco años, seguía pagando la hipoteca de un apartamento de veinte metros cuadrados, con vistas al patio de vecindad, cuyos únicos lujos eran la cabina higiénica hermética, el microcalentador por ultrasonido y una depuradora de aire.

–¿Te va a llevar mucho tiempo?

¿Cómo podía saberlo? Primero tendría que desplazarse hasta Las Atómicas, en el tercer cinturón urbano, luego llegar al campo y enterarse del asunto, y acaso empezar inmediatamente las gestiones.

Del mismo modo que los hoteles, los hospitales, los acuartelamientos, los colegios y otras instituciones que albergaban gente, aseguraban los clientes, los pacientes, los soldados, los escolares, los residentes, los campos de viejos no solo protegían las instalaciones frente a los posibles riesgos, sino también a quienes en ellos se albergaban, para prevenir el resultado de los pleitos que los familiares planteaban cuando sucedía con ellos cualquier incidente impropio del funcionamiento cotidiano y regular de la entidad. Y que un anciano pudiese desaparecer del lugar de su residencia reglamentaria era, desde luego, bastante anómalo. Aquello podía salirle caro a la compañía.

–No lo sé, intentaré estar contigo a la hora de comer, te avisaré de lo que

sea, pero hazte a la idea de que igual ya no nos vemos hasta el próximo descanso.

Irina permanecía con medio cuerpo alzado en la cama, contemplándole mientras él se colocaba el mono de vuelo, y la decepción de su mirada seguía fulgurando en el recuerdo de Ruiz cuando montaba en la aeromoto. Había poco tráfico, como era propio de la jornada de descanso, pero los días primaverales, cálidos y sin viento, permitían que se acumulase sobre la ciudad una bruma sucia, que hacía palidecer la luz del sol.

Se ajustó la máscara respiratoria, marcó la dirección y ascendió. Las edificaciones de la ciudad fueron quedando atrás, y no tardó mucho en sobrevolar Las Atómicas, un lugar que conservaba un nombre antiguo y enigmático, con sus casas dispersas entre la tierra reseca. El registro señaló un conjunto de construcciones, en un extremo del área, rodeadas de un gran espacio, también terroso y pelado, acotado por grandes paneles.

## 2

Los campos de retiro, campos de viejos los llamaba la gente, habían sido establecidos un par de siglos antes para recoger y concentrar a los mayores de setenta y cinco años que vivían solamente de una pensión modesta, o que carecían de medios para subsistir. Ante los problemas sociales y familiares que planteaban los ancianos, el gobierno federal había resuelto que este tipo de ciudadanos –a la gente con medios económicos suficientes no se le aplicaba la ley, aunque su actividad y modo de vida estaban sometidas a inspección– se llevarían a tales campos, donde permanecerían hasta su fallecimiento, al cuidado de empleados estatales.

Los campos se componían de diversos espacios para el ejercicio físico, jardines, salas terapéuticas, de oración, de juegos, de telepared, comedores, dormitorios con sus espacios higiénicos anexos: un conglomerado de edificaciones oblongas, sucesivas, con apariencia de orden rígido, como era posible divisar desde el aire. Ruiz descendió en la zona de aterrizaje de una azotea, se identificó, y lo llevaron a la Dirección.

Lo recibió el vicedirector, un hombre muy flaco que tenía facciones de alguna etnia asiática, a quien acompañaban otros dos humanos, y le explicó el caso concisamente: Pol Trece, setenta y seis años, buena salud, había

desaparecido aquella misma noche, sin duda dado a la fuga, pues tanto la puerta de comunicación del dormitorio, como la del pabellón y la de la entrada, estaban desconectadas, aunque no habían saltado las alarmas. Era un hombre de carácter difícil, continuamente quejoso de su internamiento, que ya se había intentado fugar otra vez.

–Y también falta un robot, me dijeron –recordó Ruiz, y el vicedirector le miró con disgusto.

–Se queja de su internamiento, del sistema de convivencia, de las revisiones médicas, de los programas de actividades, de todo. Hasta ahí, el interno Pol Trece. En efecto, además falta un robot.

–Eso es muy grave –dijo Ruiz.

En los campos de retiro, los ancianos se agrupaban en conjuntos de veinte o veinticuatro, atendidos directamente por robots que se ocupaban de controlar la salud de sus encomendados. Dos o tres médicos coordinaban a los diversos robots. Este tipo de instituciones requería, para su atención, poca presencia humana, ya que hasta la comida llegaba preparada del exterior. Por eso los robots, tan importantes para el buen funcionamiento del centro, eran modelos muy complejos y valiosos.

–Se equivoca, no se trata de un robot de atención directa, sino de una vieja máquina auxiliar desechada. Estaba para el desguace, pero el propio fugado consiguió mantenerla funcionando y la usa como una mascota. La verdad es que se lo habíamos permitido, a manera de terapia.

Ruiz se sintió más aliviado. Menos daños, menos costos, menos problemas.

–Pero nos tememos que el robot haya sido, precisamente, el que desactivó los cerramientos y desconectó las alarmas. Si ese robot resulta cómplice del anciano, puede haberse convertido en una máquina peligrosa.

La euforia de Ruiz volvió a enfriarse. Posibles problemas, daños a terceros. Qué mierda de trabajo, estuvo a punto de exclamar.

–¿Cómo pudieron escapar? ¿Falta algún vehículo aéreo?

–Ninguno. Tuvieron que irse a pie.

–Me imagino que ya han inspeccionado los alrededores del campo.

Claro que los habían inspeccionado, es lo primero que se le hubiera ocurrido a cualquiera, repuso el vicedirector, mostrando una vez más cierto malestar. Desde el amanecer, desde el primer recuento, cuando el anciano fue echado en falta, humanos y robots habían recorrido y rastreado

meticulosamente los alrededores, en un gran perímetro.

–Se llegó mucho más lejos del límite que se hubiera podido alcanzar andando en unas cuantas horas. Eso también se le hubiera ocurrido a cualquiera.

A Ruiz no lo desarmaba la creciente aspereza del vicedirector. En este tipo de interlocutores suficientes y huraños, encontraba uno de los pocos estímulos para tomarse su trabajo en lo que pudiera tener de no rutinario.

Quiso conocer los lugares familiares del anciano, y le enseñaron el dormitorio colectivo, un espacio austero donde se alargaban dos docenas de camas bastante juntas las unas a las otras –los dormitorios de pareja eran cubículos estrechos, al fondo del pabellón– las estancias higiénicas –media docena de retretes y duchas, todo rodeado de balaustradas y sujeciones– y la sala de telepared, donde en este momento, sentados en sillas escuetas, los ancianos del pabellón, sus cabezas blancas o peladas brillantes en la penumbra, contemplaban el segundo tiempo de la final que Ruiz, de no haber sido arrancado de su descanso, estaría en aquellos mismos momentos contemplando desde su propia cama.

Nunca había tenido ocasión de entrar en un campo de viejos, y lo modesto de todo lo que veía le dio una idea certera de lo que debían de ser las jornadas de aquella vida. Quiso conocer también la sala de juegos, un espacio tan desnudo como los demás, con algunas burbujas para batallas y viajes virtuales. Había una instalación en la que los viejos diseñaban imágenes: echó un vistazo y se le ocurrió una idea.

–¿No tienen aquí ningún vehículo terrestre?

El vicedirector negó tajantemente, pero uno de los ayudantes humanos lo agarró de un brazo y le dijo algo que Ruiz no fue capaz de entender. Luego comprendió que hablaban de un trimotor.

### 3

Claro que tenían un vehículo terrestre. Ruiz echaba un vistazo desde su aeromoto a los alrededores del campo de viejos, mientras sentía el regusto de haber sido testigo de la confusión del vicedirector. Al parecer, uno de los médicos, muy aficionado a los vehículos antiguos, guardaba en el almacén de herramientas del campo un trimotor, una especie de moto terrestre que había

estado de moda cien años antes, un cacharro con tres toberas y una pequeña cabina, que funcionaba con energía solar, usado para recorrer los secarrales y las zonas desérticas al nivel del suelo, cuando todavía quedaban en ellas oasis con baretos y surtidores de agua.

Ruiz, sin recrearse en el disgusto del vicedirector, que no tenía noticia de que en un lugar del campo se escondiese aquella reliquia, había iniciado la búsqueda del viejo. Imaginó que los reactores podían haber dejado alguna señal sobre la superficie del suelo, pero en aquellos descampados pedregosos era difícil ver huellas recientes de máquinas o seres vivos. Sin embargo, al fin alcanzó a vislumbrar tres marcas paralelas que, de vez en cuando, señalaban borrosamente algunos puntos del terreno, y fue siguiendo aquellas huellas intermitentes y vagas hasta descubrir a lo lejos, al pie de una colina pelada y terrosa, el enorme cilindro del divertidor Toledano, con su gran anuncio repetido en las paredes laterales: *Dicha Puntual*.

Tras un par años de encierro en aquel lugar tan sobrio, no era raro que el anciano fugado hubiera elegido un divertidor como destino, o estación. En la terraza del edificio había muchas aeromotos, y también en la explanada que lo rodeaba se ofrecía una zona de aterrizaje. A un lado estaban estacionados bastantes vehículos terrestres, y entre ellos pudo descubrir un aparatoso trimotor de aspecto inconfundible.

Ruiz había estado antes otras veces en el divertidor Toledano, que tenía muchas atracciones, juegos de azar, simuladores virtuales de caza, navegación y guerra, espacios de acrobacia, un museo replicante de los tiempos remotos, además de buenos baretos, restaurantes de diversas clases y un enorme garito. En el sótano, discretamente disimulado, funcionaba un edén.

El museo era, sin duda, lo que más había llamado la atención de Ruiz cuando lo había visitado anteriormente: poder descubrir, evocado en espacios de emocionante verosimilitud, cómo los romanos ateos convertían en espectáculo a los creyentes devorados por terribles fieras salvajes, cómo morían de hambre y sed los familiares de los faraones en lo profundo de sus tumbas herméticas, los atentados de los primeros terros contra los edificios más grandes de su época, los aplausos de los españoles al enterrar a alguien famoso, las señales de dolor mundial con ocasión de la muerte de los líderes religiosos muy influyentes, los sacrificios de los Padres Banqueros para seguir manteniendo el Orden Liberal frente a las fuerzas oscuras de los autoritarismos igualitaristas.

A aquellas horas, la final de Montreal debía absorber la atención de mucha gente, porque los diferentes espacios del divertidor no estaban tan concurridos como era costumbre. Ruiz hubiera entrado de buena gana en el museo, pero imaginó que el viejo fugado estaría en el garito, o en alguno de los baretos.

Los baretos se encontraban casi vacíos, y los pocos clientes que permanecían en ellos no tenían aspecto de recién llegados, sino de haber pasado allí toda la noche. En el garito, sin embargo, había bastantes clientes, como era usual.

Ruiz recorrió las largas galerías. En burbujas, en pupitres, en tumbonas, los jugadores manipulaban las máquinas que podían depararles la fortuna, entre un suave murmullo musical y continuas fulguraciones multicolores. Vio dos o tres figuras que podían corresponder al hombre que buscaba, pero no les podía distinguir el rostro con claridad, y su registro no los identificó. Uno de ellos debía de estar ganando muchos créditos, porque su burbuja no dejaba de resplandecer, entre sonidos triunfales.

Buscó también al robot, pero en la entrada, alineados e inmóviles, había gran cantidad de ellos, ya que mucha gente llevaba un robot como conductor o asistente, cuando visitaba los divertidores, para poder tomar una copa o una dosis de soma de más. Al fin, Ruiz decidió esperar la salida del viejo fugado en la terraza del edificio, junto a su aeromoto, sin perder de vista el trimotor. La final había terminado ya, y el sol calentaba cada vez con mayor intensidad. Ruiz habló con Irina para contarle cómo iban las cosas, tras ajustar la temperatura de su mono, para no achicharrarse durante el tiempo de su acecho.

#### 4

Mientras aguardaba la salida del anciano, Ruiz repasó los trabajos que le esperaban al día siguiente, visitas de comprobación de daños diversos en muchos lugares desagradables de la capital, comercios desvalijados en la zona sur, rotura de una válvula en las cloacas, una avería en el refrigerador de carne de lubín de un almacén, un fallo en el crematorio. Sentía desmoronarse la jornada de descanso como uno de aquellos terrones del suelo que rodeaba el divertidor, bajo la presión de una pisada.

Estaba atrapado en aquel trabajo que aborrecía y, si vivía lo suficiente y

tenía suerte para conservarlo, al final de su vida lo cobijaría un lugar como el que había visitado hacía una hora, un camastro apretujado entre otros, un retrete colectivo, un patio de recreo similar a los de los presidios, una silla estrecha frente a la telepantalla, entre otros ancianos caducos.

Recordó a Irina y su desolación quedó vencida, durante algunos instantes, por un súbito aliento jubiloso. La noche, tan cercana, mantenía aún encendido en su imaginación el fuego de los abrazos. Pero enseguida pensó en el trabajo oscuro y rutinario de ella, en su vivienda. Ninguno de los dos era dueño siquiera de un espacio que les permitiese vivir juntos con cierta holgura, pues el apartamento de ella era todavía más pequeño que el suyo, y con menos comodidades aún, y atreverse a convivir en cualquiera de los dos llevaría consigo, con toda seguridad, las fricciones suficientes como para garantizar el fin de la relación.

Salió de su amarga distracción cuando ya el trimotor empezaba a moverse, y dejó que se alejase hacia la colina. Puso en marcha su aeromoto y le siguió, hasta alcanzarlo y aterrizar un trecho delante de él, cerca de un edificio en ruinas, haciendo gestos para que se detuviese. El trimotor quedó quieto a unos pasos, y Ruiz se aproximó. El anciano llevaba un gorro estrafalario. A su lado, el robot parecía a primera vista sólo un montón de chatarra, aunque luego podía reconocerse su aspecto levemente antropomorfo.

—¿Qué sucede? —preguntó el anciano.

—¿Es usted Pol Trece?

La pregunta era innecesaria, porque su registro ya lo había identificado.

—¿Eres de la poli?

—No —repuso Ruiz tras un titubeo—. Soy de la compañía de seguros.

—Mira —exclamó el anciano, con vehemencia, —no voy a volver. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa, una barbaridad si es necesario, pero no me vas a hacer regresar allí.

—*No/regresar/emos* —emitió el robot, con tono agudo.

Ruiz sentía demasiado calor, a pesar de la refrigeración de su mono de vuelo.

—Hablemos un poco, déjeme que lo invite a una birra en un bareto del divertidor. No llevo armas, no puedo hacerle daño.

—¿Y qué tiene que ver la compañía de seguros?

—Vamos a un bareto y se lo explico.

—Vamos a esa sombra —repuso el viejo, señalando los muros de las ruinas



cercanas—. Cinco minutos.

## 5

Ruiz se acercó a la sombra con el viejo y el robot. El viejo tenía buena planta y andaba sin dar señales de dificultad. El robot era menudo y, como su función originaria había debido de ser la ayuda doméstica, se movía a trompicones sobre el terreno pedregoso. El viejo se sentó en un pedazo del muro desplomado y el robot quedó de pie tras él, con aire de asistente. Ruiz se sentó sobre otro fragmento de ruina. Le alarmó el repentino movimiento de un pequeño cuerpo, cerca de sus pies.

—No tengas miedo, es una lagartija —dijo el viejo—. Todavía queda alguna. Empiezan a salir, con estos calores.

El pequeño animal se alejó corriendo hasta introducirse en una rendija, y otro animal, esta vez de diminuto cuerpo rojizo, volador, cruzó el espacio entre Ruiz y el viejo, con un zumbido. Ruiz descubrió que el aire no olía, y también que les rodeaba un silencio que no estaba acostumbrado a percibir.

El viejo lo miraba con rostro malhumorado, y Ruiz comenzó a explicarle que su fuga era uno de los riesgos cubiertos por la compañía para la que él trabajaba, de manera que, si no regresaba, se debería abonar a sus descendientes una fuerte suma, para indemnizarlos de aquella desaparición injustificada.

—¿De manera que ese es tu trabajo? ¿Perseguir gente que se escapa de un encierro injusto, sin hacer daño a nadie?

—*Daño/ a / nadie* —repitió el robot, con su voz aflautada.

—Yo en eso no me meto —repuso Ruiz—. Mi trabajo es valorar los perjuicios, los daños materiales, incendios, rotores estropeados, aerovehículos que tienen un accidente, construcciones defectuosas, todo lo que se asegura contra posibles riesgos. Si usted no estuviese asegurado, desde luego que no estaría aquí, en mi día de descanso, con el calor que hace.

—Pues vaya un trabajo —exclamó el viejo—. Pero entérate de que yo no tengo descendientes, no tengo familia, nadie va a reclamar mi desaparición —añadió, de modo abrupto.

—Entonces será el gobierno el beneficiario de la indemnización. Aunque no lo crea, su desaparición le va a costar muchos créditos a la empresa para la

que trabajo.

El viejo se quedó unos instantes en silencio, y Ruiz vio que una fila de hormigas se movía desde la base del asiento del viejo hacia un matorral de aspecto hirsuto que brotaba entre unos fragmentos amarillentos pegados a la parte de muro que les daba sombra.

–Mi primer trabajo fue en el cinturón de asteroides –dijo de repente el viejo–. Tú ni habías nacido. Tenía veinte años, y fui voluntario en la expedición piloto para traer a Tierra aquel raolidio que iba a solucionar todos los problemas energéticos. Me parecía un trabajo que, además, era importante para el planeta y todos sus habitantes. No creas que aquello fue fácil. Luego resultó que aquí, en la realidad, no en el laboratorio, las condiciones no permitieron explotar el mineral enseguida, y pareció que no servía de nada, aunque ahora empiecen a descubrir nuevos procedimientos para aprovecharlo. Aquello era un trabajo de verdad.

–*Trabajo/ de / verdad* –repitió el robot.

–¿Sabe que su robot puede ser peligroso? –preguntó Ruiz–. Al desactivar esas puertas del campo ha cometido unas cuantas infracciones.

–*Segunda/ley/obedece/ser/humano* –sonó el robot, y a Ruiz le sorprendió el nivel de comprensión que tenía aquel trasto.

–Deja en paz a mi robot. Después de aquello estuve veinte años de bombero en Puertomarte. Eso es un trabajo, otro trabajo de verdad, pendientes continuamente de que no hubiese filtraciones en la bóveda, de los alimentadores de aire, de las conducciones de fluidos, de los cultivos hidropónicos. ¿Sabes cuánta gente dependía de nosotros? ¿Sabes que yo estaba allí cuando nació la primera criatura humana? Todo aquello compensaba del agobio de estar siempre encerrado, sin poder salir jamás al exterior.

–Pero se ha escapado del campo, que tiene que ocuparse de usted por encargo del gobierno, y se ha llevado un vehículo que no le pertenece.

El viejo continuaba evocando otros tiempos de su vida.

–Con los años, empecé a tener problemas graves de hongos, y no tuve más remedio que dejar Puertomarte. Volví aquí y trabajé en el proyecto de recuperación de Amazonía. Allí hice de todo, en toda la primera parte restaurada, más o menos, anduve yo, de manera que en algo habré contribuido a que ese aire que respiras sea menos insano.

Ruiz descubrió que las hormigas se movían en dos sentidos al mismo tiempo, una fila salía del orificio bajo los cascotes e iba hacia el muro

cargada de piedrecitas, la otra venía del muro con fragmentos indescifrables, como en un acarreo de víveres.

—Fue por entonces cuando conocí a Liliana, una polinizadora. Nos enamoramos, yo había sido solterón empedernido, empezamos a vivir juntos enseguida, fueron bastantes años felices, mientras aquella vegetación nueva nos iba rodeando, en las retículas de riego. Pero se puso enferma, allí no había medios para tratarla, no es que esto sea una maravilla sanitaria, pero me vine aquí con ella, por tener más cerca los médicos, y así fuimos tirando, aquí trabajé en la reserva de la sierra, tengo mucha práctica en la manipulación de árboles y plantas, como es natural. Dentro de lo suyo, también era un trabajo decente. Hasta que Liliana murió, a pesar de todo no me lo esperaba, y me quedé yo también medio muerto, como un robot con la memoria rota, y cuando quise enterarme me había llegado la hora del retiro, y me cazaron sin que pudiese reaccionar, impidieron que hiciese lo que hubiera hecho con Liliana, si hubiese tenido salud.

El viejo guardó silencio y Ruiz dejó de mirar aquel ir y venir de hormigas, que había llamado su atención con más fuerza que ningún espectáculo virtual. Entonces el viejo abrió mucho los ojos. En su gesto había determinación, pidió a Ruiz que pusiese en marcha su registro, y comenzó a hablar con voz neutra y firme:

*Yo, Pol Trece, jubilado, residente en el Campo de Retiro Serenidad Tres, declaro libremente que he huido de ese asqueroso centro por mi propia voluntad, aprovechando la escasa seguridad de los medios de cierre del edificio. Disfruto de mis facultades mentales completas, por lo que soy el único responsable del suceso. Me he llevado conmigo un robot doméstico de modelo arcaico, que estaba para el desguace y que yo mismo he recompuesto, y un trimotor, que dejo estacionado junto al divertidor Dicha Puntual, también conocido como Toledano. Declaro que renuncio expresamente a cuantos beneficios puedan resultar de mi condición de jubilado. Y declaro también, o mejor prometo, que opondré resistencia violenta a quien intente devolverme al campo de retiro, y que estoy dispuesto incluso a terminar con mi vida, para lo que poseo los medios adecuados.*

—¿Te parece bien? —preguntó el viejo, recuperando su voz exasperada.

—Creo que será suficiente para los abogados —repuso Ruiz, admirado de los recursos del viejo—. ¿Pero cómo va a irse, si se deja el trimotor?

–Enseguida encontraré otro medio. Antes he ganado algunos créditos en el garito. Los antiguos decían que la suerte favorece a los audaces.

–¿Pero por qué tiene tanto empeño en escapar?

El viejo miró a Ruiz muy de cerca, y habló con mucha firmeza:

–Con tu trabajo en esta ciudad, tal vez para ti ese campo de retiro, cuando te toque, sea un descanso de verdad. Yo no lo soporto, horas de telepared, comida inmunda, terapias estúpidas, hasta rezos, teniendo que soportar los sermones de algún tipo de clérigo, imán, rabino, santón, para rezar, todas las semanas, amontonados como mercancía incluso cuando nos sacan de paseo o de excursión. A mí me pillaron mientras estaba desorientado, a traición, pero ya no me pillarán otra vez. Yo quiero ser libre, y morirme en cualquier sitio que no sea ese, haciendo algo que merezca la pena.

Las palabras del viejo retumbaban dentro de Ruiz suscitando en él un desasosiego insólito, como si estuviesen siendo pronunciadas con la intención precisa de causarle aquella incómoda extrañeza. Se le había secado la boca, tenía una presión en todo el cuerpo que no parecía causada solo por el mono de vuelo, se encontró muy cansado y más impregnado de desánimo que de fastidio. Acaso todo procedía del calor, que iba aumentando en aquella mañana que para él debería haber sido únicamente de descanso y abrazos amorosos.

–¿Y a dónde va a ir? –preguntó, tras hacer un esfuerzo por recuperar la serenidad.

El viejo habló sin acritud.

–¿Has oído hablar de la Tierra de la Reina Maud, de la sabana al pie del monte Videroe?

Ruiz hizo un gesto negativo, y el viejo contó con sigilo y entusiasmo lo que había conocido por los noticiarios: que allí habían comenzado, un par de años antes, extensas repoblaciones forestales, pues el terreno ya lo permitía. Además, los páramos enormes se estaban cubriendo de hierba, y también se empezaban a aclimatar grandes rebaños de ganado vacuno.

–Vacuno, nada menos –dijo el viejo–. A lo mejor las burgas vuelven a ser de carne. Me imagino la vida de colono, el aire limpio, los campos solitarios. Quiero morirme allí, en la Antártida. Necesitan gente, y no le preguntan a nadie de dónde viene. Pasaré mis últimos días al aire libre, por lo menos.

–*All/ aire / libre/por / lo /menos* –repitió el robot.

Fueron más de cinco minutos, pero antes del mediodía el viejo, que había alquilado una aeromoto en el propio divertidor, se alejó volando con su robot. Ruiz habló con Irina, que estaba todavía en la cama del apartamento. La imagen le traía sus ojos negros y brillantes, la blancura de su piel que, aunque ya sin la tersura de la primera juventud, tenía sin embargo un tacto tan suave y cálido.

—¡Ya he terminado! —dijo Ruiz, con júbilo—. ¡Paso a buscarte y nos vamos a comer al parque, como habíamos previsto!

Sobrevoló otra vez el campo de retiro con las palabras del viejo reverberantes en su imaginación. Pero el campo quedó atrás, los grandes edificios de la capital se iban presentando cada vez más cercanos, y volvió a pensar en Irina, y no dejó ya de hacerlo durante todo el trayecto, entre el tráfico cada más denso y el humo cuyo olor acre podía apreciar a pesar de la máscara, sobre las gigantescas y apiñadas viviendas que formaban el cuerpo monstruoso de la ciudad.

Llegó por fin a la terraza del edificio en que vivía, descendió hasta su apartamento, recorrió aquel pasillo de paredes cubiertas por innumerables puertas similares. Cuando entró, Irina todavía no estaba vestida y le pareció que su cuerpo relucía como un regalo de la primavera, como la lagartija, las hormigas, los pequeños escarabajos que cruzaban volando la sombra de las ruinas.

Se desnudó también él, se besaron, volvieron a abrazarse llenos de deseo. Al terminar, tumbados el uno junto al otro, los brazos enlazados y la mirada perdida en los reflejos del techo metálico del apartamento, Ruiz sintió que la narración del viejo fugado persistía en él como la clave de una forma diferente de afrontar la vida. Se volvió para besar otra vez a Irina y le preguntó:

—¿Tú has oído hablar de la Tierra de la Reina Maud, de la sabana al pie del monte Videroe?

## LUBINES

El forastero interrumpió su discurso y recorrió con la mirada a la concurrencia, como para marcar un punto especial de su relato:

–Nosotros los llamamos lubines –dijo.

Había aterrizado al atardecer en la playa y, después de saltar de la aeromoto, se había dirigido al bareto a grandes pasos y había bebido tres birras una tras otra, sin respirar.

Todos le observaban con curiosidad, porque hacía muchísimo tiempo que no llegaba a la isla ningún forastero. Él, tras aliviar aquella sed tan acuciante, los había contemplado con sorpresa.

–De modo que son ustedes verdaderos nativos. Creía que estas islas tuyas estaban más al sur, y que no tenían baretos.

–Claro que los tenemos, uno en cada isla –repuso el jefe Molo–. Nuestros antepasados también los tuvieron. Fabricamos birra desde los tiempos antiguos.

–Me he despistado por fiarme de mi instinto y no del señalizador. Y ya estaba desesperado, pensaba que no iba a encontrar ningún sitio decente donde beber algo. Acababa de sobrevolar la huella del atolón, cuando entre los árboles advertí la señal del bareto. Casi me paso sin verla. También quiero cenar, ya voy matando la sed, pero no el hambre.

Desde el primer momento se vio que el forastero tenía ganas de hablar, y sin duda estimulaba su locuacidad la atención con que lo escuchaban sus interlocutores, aquella gente de cuerpos pequeños, oscuros, y ojos brillantes, reunida en la penumbra del reducido espacio del bareto. Les dijo que trabajaba como cuidador en una de las granjas marinas, a bastantes millas de allí, en el archipiélago más oriental.

–Lo mío es el zoo, no el bio. Alimentación, cuidado de la salud, vigilancia de conductas. Control de pautas, lo llamamos. Otra birra, chica, es estupenda.

Les contó que llevaba tres años trabajando con una nueva especie, un producto excepcional de la ingeniería genética que todavía no estaba comercializado, se encontraba en el periodo experimental.

–Nosotros los llamamos lubines. Proviene de la lubina y del delfín. Una mezcla asombrosa de pez y mamífero. Comen de todo, y llegan a pesar

trescientos kilos. Se hacen adultos en pocos meses. Todo es carne, nada de desperdicio, hasta el esqueleto se aprovecha: un cartílago muy blando y sabroso. Habrá un momento en el que todas las burgas del universo se harán con carne de lubín. Se acabaron los problemas de suministro alimentario, la noticia del siglo.

La muchacha le alargó otra birra. Él hizo saltar el tapón con el pulgar y la apuró también en largos tragos ansiosos. Todos le contemplaban inmóviles, sin una palabra, y él continuó hablando, tras depositar sobre el mostrador el envase vacío.

—Sin embargo, las cosas no están tan claras. Diseñaron el bicho, dos sexos, pero la hembra solo ha parido machos. Machos y machos. Pare de cada vez media docena, y el ciclo de reproducción dura un mes. En año y medio, con una sola hembra, hemos conseguido más de cien ejemplares. Son muy gordos, lentos, y los seguimos analizando. En estos asuntos de la industria genética hay que estudiarlo todo muy bien, antes de comercializar el producto. Un fallo, una demanda por cualquier cosa, y es la ruina segura.

Se detuvo para pedir la quinta birra, pero esta vez no se la bebió, la mantenía sujeta como un apoyo de su mano derecha, mientras continuaba su parlamento:

—Como les dije, en poco tiempo todas las burgas del mundo se harán con carne de lubín, es blanda, sabe un poquito dulce, te quita bien el hambre. Parece que lo quieren llamar «manjar de los dioses», o algo así. Conforme se presenta el ritmo de la producción, no solo va a ser el principal alimento de la humanidad, sino la primera fuente de piensos, el origen de todas las conservas. Esperen y verán. Si todo este asunto no termina mal, claro.

Hizo saltar de nuevo el tapón y se bebió la birra de un golpe, aunque con menos ansiedad.

—¡Qué sed! Tantas horas sin beber, estaba ya realmente deshidratado. Aunque me parece que esta birra está un poco alta de grados. Claro que esos bichos son curiosos. Tienen los ojos grandes, más frontales que las especies con que los hicieron, un poco como aquellas focas que acabaron extinguiéndose, supongo que habrán visto alguna imagen, y miran de un modo raro, como si pensasen algo. Se agrupan, se mueven muy juntos, aunque nadan con el cuerpo en posición horizontal, a veces se detienen y se ponen verticales, plantados los unos junto a los otros, como grupos de gente, y con esos corpachones impresionan un poco cuando recorres buceando los

criaderos. Aunque son absolutamente inofensivos. ¿Pero ustedes no beben?

El forastero no podía saber que aquel era un día especial. El jefe Molo le informó, muy cortés:

–Todavía no es la hora. Seguimos costumbres de nuestros antepasados.

–«Hombre briago, animal sagrado», decían los míos, así que yo tomaré otra de estas estupendas birras. Bueno, pues les decía que solo hay una hembra. Es el principal motivo del estudio, la niña mimada del programa, el centro de atención de la granja. Vive en un reducto especial, muy amplio, lo llamamos la cámara de la reina, aislada. Los hijos no la necesitan después de nacer, ya nacen comiendo, como los peces, y comen de todo, como les dije. Parece que no habría problema en fabricar otras hembras, pero los bio quieren saber hasta cuándo es capaz de seguir reproduciéndose, cuánto le dura su fertilidad, y también están pendientes de que en alguno de los sucesivos partos aparezca por fin otra hembra. Es la más grande de todos, la llamamos la Ponedora. A los dos días de parir ya se la puede cruzar otra vez. Le llevamos a su jaula tres o cuatro de los machos más veteranos, copulan de frente, vientre contra vientre, en postura vertical, un espectáculo digno de verse, un baile frenético, los palmetazos de sus aletas, los vaivenes de sus cabezas, los grandes ojos extraviados.

La concurrencia parecía pendiente de sus palabras. Él abrió la sexta birra, y esta vez bebió solo unos cuantos sorbos.

–No sé cómo pudo escaparse. Las barreras tienen sus códigos de señales para abrirse, solo algunos cuidadores tenemos las claves, además hay detectores en todo el perímetro, alarmas que harían saltar nuevas barreras. Todo falló, como si alguien conociese las distintas combinaciones y hubiese ido desactivando los sistemas.

Dio nuevos sorbos a la birra.

–Con ella se escaparon más de veinte lubines, los más jóvenes. Los demás se repartieron entre los diferentes espacios, de modo que los sistemas analizadores de volumen se confundieron, como si los bichos hubiesen actuado racionalmente. Así que no nos dimos cuenta de la falta hasta el primer turno de pienso, y nos pusimos a buscarlos inmediatamente, con todo cuidado, alrededor de la granja, en la costa de toda la isla. Ni rastro. Antes de buscar en las demás islas dimos parte a la central, no pueden imaginarse el nerviosismo. De la central llegó a mediodía un equipo y comenzaron a interrogarnos. Son mujeres y hombres de distintas edades, pero todos estaban



serios, muy serios, como si hubiese ocurrido una catástrofe. ¿No van a darme algo de comer?

El jefe Molo miró a la muchacha del mostrador, que afirmó con la cabeza, y repuso que le estaban preparando la cena, que enseguida se la traerían.

—Cuando me interrogaron a mí, recordé detalles en los que antes no había pensado, acerca de los bichos. Por ejemplo, que lloran. La primera vez que sacrificamos uno, mientras lo preparábamos para matarlo, extendido sobre una banqueta, nos pareció que lo más rápido sería atravesarle el corazón, luego ya hemos utilizado el choque eléctrico, vimos que de sus ojos brotaba líquido, como si llorase, y era una imagen tan incongruente que a todos nos sorprendió, pero lo peor fue lo que descubrimos enseguida: estábamos a la orilla, y muy cerca se asomaban las cabezas de los demás lubines, y en sus ojos brillaba esa especie de lágrimas, como si estuviesen lamentando su muerte.

Acabó de beber lo que le quedaba de birra, también esta vez lentamente. Se había hecho de noche y algunas aves lanzaban en la oscuridad agudos cacareos. El forastero asoció aquel sonido con otra evocación.

—Pensamos que eran mudos, pero había algún momento en el que exhalaban cierto quejido, un pequeño suspiro. Nunca más volvimos a sacrificarlos junto a la orilla, pero advertimos que ya no se dejaban cazar, o pescar, con la facilidad anterior, cuando los cogíamos para las pruebas. Se habían dado cuenta de que podíamos matarlos. Hasta la noche de anteayer, cuando la Ponedora se escapó, hemos sacrificado solo diez o doce, los imprescindibles para alimentarnos y realizar los innumerables análisis que requiere el protocolo. Todo esto se lo contamos a la gente del equipo de inspección, y se encerraron a contrastar los datos mientras una gran parte de los de la granja nos dedicábamos a seguir buscando a los lubines desaparecidos. Ayer se supo que mandaban de la Central otro equipo de apoyo, y comprendimos que el asunto tenía mucha gravedad. Se rumorea que, a través de los datos que han analizado los inspectores, han llegado a conjeturar que los lubines pueden ser inteligentes.

Dijo aquello y miró con intensidad las sombras de los congregados.

—¿Es que vamos a estar a oscuras?

Se encendió una línea de iluminación en el borde superior de las paredes, y el forastero pudo comprobar que había llegado mucha más gente al baretto, y que se mantenía de pie, amontonada, con los brazos cruzados y esos

ojos negros y brillantes que tan bien armonizan con los cuerpos morenos y los cabellos lacios.

–He dicho inteligentes. Los ingenieros pueden haberse pasado, y haber fabricado unos especímenes inteligentes. El asunto es complicado, pues si es así, aunque no lo hayan hecho a propósito, han infringido gravemente las leyes de la ingeniería genética. Un proceso, multas, presidios, un escandalazo, posiblemente tendré que buscar otro trabajo, y acaso irme de estos mares del sur, que me encantan. Y encima, los ejemplares descendientes se escapan, se pierden. La situación es de extrema gravedad, llegaron los apoyos y resulta que es casi un batallón, con diez aerofortalezas y un instrumental extraordinario, no se lo pueden imaginar. Todos nos hemos dedicado a buscar a los desaparecidos. En este momento hay muchísimas patrullas submarinas, repartidas por los tres archipiélagos. Se han aprovechado todos los medios de transporte, hasta las aeromotos, como ven. Yo estoy de enlace entre dos secciones, pero esta tarde me despisté. Menos mal que he encontrado esta isla.

La muchacha del mostrador colocó junto al forastero una fuente con cinco pequeños platos, cada uno de ellos con una sustancia, al parecer comestible, de colores diferentes: rojo, verde, amarillo, blanco, azul. El forastero miró al jefe Molo.

–¿Esto es comida?

–Comida ritual –repuso el jefe Molo–. Es una costumbre de nuestros antepasados, cuando llega un forastero.

Con un pequeño tenedor, el hombre probó sucesivamente cada uno de los platos.

–¡Pero esto solo sabe a verdura! ¿Es que ustedes no consumen proteínas animales?

–Somos vegetarianos –dijo la camarera–. Por tradición de nuestros antepasados.

–Solo comemos carne cuando llega un forastero –añadió el jefe Molo–. Nosotros los llamamos «manjar de los dioses».

## DE RATONES Y PRINCESAS

*Para Javier Goñi*

Desde aquella oficina creía haber visto de todo, hasta esa mañana.

Creía haber visto lo que podía dar de sí la parte norte de la ciudad, los pequeños robots jardineros sobrevolando en las primeras horas del día, con sus lentas evoluciones, los parterres, los setos y los árboles, los aerotaxis llegando silenciosamente a las terrazas para depositar viajeros o suministros, y alzando luego el vuelo con su aspecto de grandes escarabajos, las blancas tanquetas de la patrulla de vigilancia recorriendo desde el aire las calles solitarias en sus rondas puntuales.

Creía haber visto incluso todos los matices de la casa sin ventanas, cuyas paredes eran opacas durante el día, con un color ocre que igualaba su superficie, pero que iban haciéndose traslúcidas conforme se extinguía la luz solar, hasta que en la noche se mostraban en ellas los enormes rectángulos dorados de las repentinas ventanas.

El norte era la zona en que residían los pudientes y los millonarios, y allí sería insólito que hubiese transeúntes por las calles sin aceras, o que pudiese verse algún animal suelto. Pero su oficina, en aquel edificio gigantesco, residuo de unos tiempos lejanos en los que la urbanización de las ciudades se concebía de otro modo, tenía también un ventanuco al sur, y desde aquel punto era posible contemplar la otra mitad urbana, la ciudad de su costumbre, donde él había vivido siempre, con aceras por las que circulaban animales sueltos, y mendigos, y delincuentes, y gentes sin empleo capaces también de hacer cualquier cosa para sobrevivir.

También desde allí creía haber visto todo lo que podía dar de sí el sur, porque la altura y la distancia favorecían cierta perspectiva simultánea, la figura de alguien perseguido que corre, una pelea en una esquina, lugares en los que se manifestaban alborotos y hasta se podían vislumbrar los fogonazos de los disparos, la rapidez con que los vehículos terrestres, supervivientes de otra época, atravesaban los sitios en que podían ser asaltados, puntos álgidos todos ellos de la tensión peligrosa que era su verdadera naturaleza, como en el norte lo era la pacífica seguridad y hasta la apatía.

Aquella oficina era como un punto fronterizo entre el cielo y el infierno, y desde sus ventanas creía haber visto de todo, hasta esa mañana.

Porque esa mañana, su devota vigilancia había dado sus frutos, y por primera vez, a través de sus visores, encontró en el jardín de la casa sin ventanas una señal segura de que su intuición no estaba equivocada: entre los ramajes que se ordenaban simétricamente en torno a la entrada, donde comenzaba el jardín, tuvo la certeza de atisbar durante un instante el rostro de ella, la blancura de su piel y las plumas multicolores que adornaban su cabeza. Y supo que había acertado, y que aquel edificio sin ventanas era el suyo.

Fue un instante, y luego sintió dudas sobre la seguridad de su visión, pues el rostro no volvió a asomar, y solamente al cabo de un par de minutos vio un bulto que se alejaba por el sendero, llevando un largo perro de seis patas atado de una correa, pero no era la figura de ella sino un cuerpo deforme, acaso el de alguno de los pacientes de la clínica, con el aire rectangular de lo masculino, y además con una deformidad en las espaldas.

Ella había llegado por primera vez a su casa de forma imprevista, cuando él vivía en pleno centro del barrio sur.

A menudo, como había sucedido la noche en que ella llegó, él subía a la terraza del edificio para beberse una birra mientras contemplaba cómo las luces urbanas se iban multiplicando en el atardecer y el bullicio callejero se convertía en un torrente sonoro, pues la oscuridad creciente parecía canalizar los ruidos de la ciudad a ras del suelo, muy pegados a los baretos y a los garitos que se agrupaban en los bajos de los edificios.

Estaba allí, sintiendo aquel rumor que era la voz misma del anochecer, cuando otro ruido lo sobresaltó, porque era raro y parecía acercarse a él por encima de su cabeza. Alzó la mirada para descubrir que una aeromoto se le venía encima. Se apartó con rapidez y luego se tranquilizó, pues el vehículo había perdido velocidad y al fin descendía lentamente, sorteando el tendido de las grandes antenas.

Aquel vehículo que, infringiendo las ordenanzas, llegaba al centro mismo de la terraza de su casa, podía representar una amenaza, y estuvo a punto de echar a correr para regresar a su apartamento, pues había subido sin armas ni la ropa adecuada para amortiguar los impactos de proyectiles, pero en la figura del conductor de la aeromoto encontró una actitud apaciguadora: había alzado los brazos con gesto amistoso, se movía lentamente y, cuando se quitó el casco, pudo comprobar que se trataba de una mujer.

Desde el primer momento había quedado claro que ella pertenecía al barrio norte. Aquella piel clara, lunar, los ojos de color violeta, el cráneo cubierto por una nutridísima cabellera de suaves plumas multicolores, indicaban su origen.

Aquel aspecto sólo se lo podían permitir las gentes muy ricas, con la fortuna suficiente para pagar esos bellísimos transplantes. Eran las princesas, las mujeres de los millonarios, conseguidas después de muchos años de materiales de primera, refinamiento genético y el talento plástico de los mejores cirujanos escultores.

En aquel tiempo, la vida era ya muy larga para los que no tuviesen la mala suerte de tropezar con una baláser, pero la fortuna se demostraba sobre todo en el modo como los cuerpos se iban rehabilitando de los agravios de la edad. Sólo unos pocos tenían acceso a las pieles hermosas, a los rasgos de singular hermosura, a los ojos incomparables, a las tallas esbeltas. La mayoría de la gente, como era su caso, acogidos al seguro colectivo, rehabilitaban su cuerpo con las pieles comunes, esas de color un poco grisáceo que a sus portadores les había dado el sobrenombre de *ratones* con que entre ellos mismos se denominaban genéricamente. Todo el barrio sur estaba habitado por ratones.

Él todavía era bastante joven, pero había necesitado ya algunos remiendos y, como el oscuro empleado en la continuidad de una cadena de tele que era, no había podido ni soñar en otra cosa que una piel barata y vulgar, aunque sólida y duradera. Porque él pertenecía a la inmensa mayoría de las gentes corrientes, que nunca habían visto de cerca a una princesa.

Sin duda ella había advertido su gesto de temor, porque volvió a hacerle gestos apaciguadores, y él se acercó más, y la diferente clase de piel no fue obstáculo para que entre ellos surgiese, desde el primer momento, una confianza inusitada.

Ella le dijo que su moto había sufrido una colisión y estaba averiada, y que en el accidente había perdido su telecasco, y él la invitó a bajar a su apartamento para hacer los contactos que necesitase. Ella bajó con él, pero antes de dar los avisos estuvo mucho tiempo observando el cuarto, la pequeña mesita del ordenador, la cama sofá frente a la telepared y el pequeño cubículo circular y giratorio que era cocina por un lado y aseo por el otro. Revisó también los viejos auvis, las antiguas telistorias, que eran los tesoros de él.

—De niña yo vivía en una casa como esta —dijo la princesa, y no parecía

que quisiese justificar su curiosidad—. Mi padre era también muy lector de los clásicos. Llegó a tener casi cien auvis.

Luego descubrió el violín, el otro tesoro. Él se sintió avergonzado de aquel objeto arcaico, propio de pordioseros, que un vecino generoso le había enseñado a tocar de niño como un complemento para la subsistencia, que por fin le había regalado, y que para él había venido a ser una compañía tan placentera y estimulante como un amigo de carne y hueso. Mas ella no vio en el violín la insignia de cierta mendicidad callejera, que acaso se pudiera llamar refinada, sino un objeto admirable, y le pidió que tocara. Él lo hizo, y pudo ver que en los hermosos ojos de color violeta cuajaba la humedad de una emoción espontánea.

Ella aceptó un refresco y le preguntó cosas sobre su trabajo, que la mesita con el ordenador señalaba, y él le contó que tenía la suerte de trabajar en casa, vigilando la continuidad de los programas de apuestas once horas al día, de lunes a viernes.

La piel de ella era como la de las más bellas actrices de los viejos auvis, y él no pudo evitar decírselo. Con coquetería, ella le respondió que era su propia piel, su piel originaria, pues todavía no tenía edad para haber empezado a rehabilitarla, y que los ojos eran sus propios ojos, los naturales, y que el único injerto eran las plumas de su cabeza, un capricho del hombre con quien vivía.

Solamente dos horas más tarde, tras preguntarle cómo podían identificar el edificio, se puso en contacto con alguien, para avisar de la avería. Luego le dijo que subiría sola a la terraza, y él imaginó que no quería que los sirvientes que iban a venir a recogerla descubriesen que había estado en compañía de un ratón.

Sin embargo, aquel encuentro entre ellos no fue el único. Dos días más tarde, en la hora de mayor audiencia, la princesa llamó a la puerta del apartamento, y no era para utilizar su comunicador, ni para conformarse con un refresco.

Él era un hombre bastante solitario, porque su trabajo lo tenía aislado del mundo y la ciudad no invitaba a la relación con la gente. Sin duda los viejos auvis habían alimentado su imaginación amorosa, pero en la vida real tenía que conformarse con los contactos mercenarios que se podían conseguir fácilmente en los baretos y los garitos, o acercarse a algunos de los edenes de

la periferia.

Entre los brazos de la princesa tuvo su iniciación a la pasión verdadera, con la suerte de que en el programa que controlaba no hubo ni una sola caída de imagen, de sonido ni de sensaciones complementarias. Y por primera vez escuchó su nombre pronunciado con deseo verdadero por una boca de mujer.

Ella volvió muchas veces, y entre los dos empezó a haber más que los abrazos rápidos y compulsivos que exigía al principio su comunicación furtiva. Si era la hora del atardecer, salían a las calles cercanas para cenar bocadillos y frituras en alguna de las pequeñas tasquitas ibéricas, o para abstraerse un rato en las salas de juegos virtuales. Otras veces, después de su abrazo, ella le escuchaba tocar en el violín una romanza de los tiempos antiguos.

Supo que ella era la mujer de un hombre importante, relacionado con la industria de la Eterna Juventud, y a veces le preguntaba qué podía encontrar en aquel apartamento suyo, tan estrecho y triste, y entre sus brazos de ratón.

–El norte no es lo que tú crees. Además, yo me crié en un sitio como este y nunca me sentí desgraciada.

Eso fue lo que le contestó una vez. No quiso volver a hablar de ello, y cualquier alusión de él al asunto era contestada solo con una sonrisa. Pero cuando entre los dos hubo más confianza, él le preguntó cómo había conocido a aquel hombre importante.

–Yo tenía ya trece años y fui a su clínica, en el barrio norte, para vender un injerto de esta piel mía, que tanto gustaba. Él me conoció y ya no me dejó volver a casa. Pagó mucho por mí.

Tras los primeros tiempos de su relación, ella empezó a venir a pasar con él algunos sábados.

Uno de aquellos días se mostró inquieta. Al parecer, al importante cirujano escultor lo frecuente y largo de aquellas ausencias suyas le hacía sospechar alguna conducta inusual. Como si aquel día fuese el último en que iban a encontrarse, ella le regaló una holografía en la que se la veía alzar las manos sonriente, con el gesto previo a un abrazo, para decir luego «te quiero». Al fondo del jardín era posible divisar una gran casa ocre sin ventanas.

Pero volvió dos veces más, aunque ya no perdió la actitud expectante y tensa. La segunda de aquellas veces, cuando ella terminaba de vestirse, unos tipos fornidos irrumpieron violentamente en el apartamento. Parecían robots,

aunque llevaban amplios ropajes blancos. Uno la tomó a ella en brazos muy firmemente, y el otro le golpeó a él varias veces hasta dejarlo en el suelo dolorido y sin aliento.

Se fueron en silencio, con la misma rapidez de su llegada, y ella no volvió a aparecer en bastante tiempo, pero cuando él empezaba a pensar que no la vería nunca más, vino una noche, otra vez con una pequeña aeromoto, y le dijo que quería quedarse con él, y que nadie lograría separarlos.

Se mudaron en dos horas a otra casa y él cambió el nombre que figuraba en su contrato con la compañía de televisión, tras renovar las pruebas de aptitud. Ya no vivían en una zona tan céntrica y debían extremar aún más sus precauciones para no ser asaltados cuando salían a la calle, pero cerca de su domicilio estaban las lagunas, con el pequeño parque que los días de descanso se conservaba limpio y vigilado, y daban por él largos paseos antes de regresar a su casa para entregarse al amor, al violín o a la revisión de auvis de ciertas películas antiguas.

Uno de aquellos domingos, cuando volvían a su casa, un lujoso aeromóvil descendió y se detuvo bruscamente a su lado, y los mismos tipos con aspecto de robots servidores se abalanzaron sobre ellos. A ella la obligaron a entrar en el vehículo. A él lo golpearon de nuevo. Un hombre rubio, de facciones perfectas, miraba mientras tanto sentado en la trasera. Sus ojos claros se fijaron en él con un desprecio en el que encontró reflejada su humilde condición. Luego el aeromóvil se alejó veloz, y ya no volvió a verla.

El único recuerdo material que tenía de ella era aquella holografía, y se dispuso a buscar la casa sin ventanas que figuraba al fondo del jardín.

Aprovechó una fiesta para recorrer en aerotaxi el barrio norte, gastándose medio sueldo, y pudo descubrir que había muchas casas sin ventanas, parecidas a la que figuraba en las figuraciones que ella le había dado. Sin embargo, la disposición del jardín que podía adivinarse en la imagen que conservaba le hizo fijarse en una de ellas, que según el mapa de la ciudad correspondía a cierta clínica famosa de implantes y restauraciones corporales.

Decidió buscar la manera de estar lo más cerca posible del lugar y poder vigilarlo, y fue entonces cuando encontró aquella oficina vacía en el destartalado edificio de veinte plantas que, como una torre simbólica de tiempos pasados, se alzaba, solitario y casi ruinoso, en un extremo de la parte



sur.

En aquella oficina vivió desde entonces, con menos comodidades de las que había disfrutado en sus austeras viviendas anteriores, pero dedicando casi todo su tiempo a la observación de la casa sin ventanas y su jardín. La obsesiva vigilancia le hizo descuidar bastante su trabajo, y fue apercebido por la compañía que lo empleaba de que una nueva distracción supondría la restricción del contrato.

Desde aquella oficina tenía a la vista una enorme extensión del barrio norte y del barrio sur, y al cabo de cinco semanas creía haber visto de todo, hasta esa mañana, cuando descubrió el rostro de ella entre las plantas del jardín.

Comunicó a la compañía que renunciaba al empleo, y preparó cuidadosamente la manera de acercarse a aquel jardín, que protegían no sólo las abundantes patrullas de vigilancia de la zona, sino los propios sistemas de seguridad. Así, se atrevió a entrar en la zona norte con su violín, para tocar delante de las puertas como un músico callejero, y tuvo la suerte de que los guardias de la patrulla que lo encontraron por primera vez no solamente no le ordenasen salir de la zona, sino que escuchasen un rato su interpretación.

–Eres un gran músico, pero si alguien se queja te moleremos a palos, y te prometo que sentirás haberte colado aquí. Y sea lo que sea, a partir de las cinco debes desaparecer –le dijo el comandante de la patrulla antes de alejarse y regalarle una bolsa de fritos.

Aquella misma mañana llegó al jardín de la clínica y comenzó a tocar delante de la portalada con mucho entusiasmo, procurando transmitir con la música el mensaje de su búsqueda y de su añoranza. Y ciertamente era la cabeza de ella la que había descubierto desde la ventana de su oficina, porque apareció de nuevo entre el ramaje del cerramiento vegetal.

–¿Qué haces aquí? –preguntó ella, sin que en su sorpresa se mostrase júbilo alguno–. ¡Márchate ahora mismo!

–He venido a buscarte.

Mas en ella no había alegría, sino una especie de horrorizada tristeza. Insistió en ordenarle que se marchase, pero él se negó, y le aseguró que se quedaría allí hasta que ella se fuese con él o le permitiese entrar para explicarle su rechazo. Y allí permaneció, disimulado entre los grandes ramajes arbóreos que la estación había hecho proliferar.

A última hora del atardecer escuchó la voz de ella tras las enramadas, pidiéndole sigilo. Había conseguido neutralizar la alarma de la pequeña puerta lateral, y la abrió para que él entrase en el jardín.

Estaba todo tan oscuro que la figura de ella era apenas perceptible, aunque a él le pareció que se había hecho más voluminosa. Su voz lo condujo a un banco entre los parterres, donde se sentaron. Entonces él la abrazó, y en el momento mismo de rodear con sus brazos aquel cuerpo descubrió que algo muy extraño había sucedido.

–Me ha castigado –murmuró ella, con un sollozo.

Su boca tenía la misma dulzura cálida, y sus palabras no habían perdido nada de su melodía ni de su disposición afectuosa, pero todo lo demás parecía diferente.

Él no pudo conocer de sus labios el alcance del castigo que había sufrido su cuerpo, porque de repente se encendieron unos potentes focos y los bultos de unos servidores se acercaron a ellos. Pero antes de quedar sin conocimiento por una descarga eléctrica, pudo ver que bajo la cabeza de su amada princesa no estaba su hermosa figura, sino un deforme cuerpo de varón.

Despertó en una pequeña habitación blanca, tumbado en una camilla, y descubrió que estaba vestido solamente con una bata, como si le hubiesen preparado para alguna operación quirúrgica.

Los servidores condujeron su camilla por un largo pasillo y la llevaron a un ascensor, hasta el despacho de aquel hombre de mirada despectiva que había visto por primera vez cuando el lujoso aeromóvil se detuvo junto a ellos, en la parte sur.

–Para ser un simple ratón, aspiras a mucho –dijo el hombre, con voz serena–. Pero el robo sigue siendo un delito.

Un sollozo le hizo volver la vista y la encontró a ella, sentada en uno de los asientos de la sala. Podía ver claramente que, en aquella figura, solamente la cabeza pertenecía al cuerpo original. Lo demás era un cuerpo varonil, ancho, muy cargado de espaldas, con grandes manos y grandes pies.

–Me imagino que ya no te gustará tanto –le dijo el hombre.

Él no quiso contestar, y el hombre volvió a hablar para decir algo sobre el precio de la traición. Pero él seguía contemplando a aquella princesa cuya belleza había sido monstruosamente destruida, sintió mucha piedad, y supo también que aquella piedad no reemplazaba al amor que había sentido hacia

ella, pues la imagen completa de lo que él amaba en aquella mujer permanecía intacta en sus facciones, en los ojos y en los labios perfectos en su tristeza, en aquel cráneo que las plumas de colores adornaban exaltando su fragilidad de ave. Aquella cabeza se había convertido en el centro justo y completo de su identidad, y el amor se mantenía encendido dentro de él igual que los días del barrio sur en que tocaba para ella *El lago de los cisnes* o miraban juntos cómo *La Diligencia* atravesaba el desierto polvoriento.

–Me gusta igual o más –exclamó, lleno de rabia.

–No era una princesa, ratón, no era una verdadera princesa. Por eso te gustó. Se trata de una afinidad de barrio, una atracción entre ratones. Pero ya que te gusta tanto todavía, voy a facilitaros las cosas.

El recorrido por los almacenes de la clínica duró bastante tiempo. Dos servidores les precedían, y otros dos iban detrás de ellos. En el medio, ella y él flanqueaban al gran cirujano artista, uno de los más fuertes empresarios del mundo en el negocio de la Eterna Juventud. Nadie hubiera supuesto que aquel hombre de hablar tranquilo, sonriente, ocultase un corazón tan furioso y lleno de odio.

Primero les mostró las cabezas. Cientos de cabezas humanas, cada una en su propio alvéolo de vidrio, sumergidas en un líquido transparente, con las venas, las arterias y las vértebras conectadas desde el cuello a sujeciones y tubos. Todas tenían los ojos cerrados, pero aquel hombre tamborileó con los dedos en el cristal de una de las urnas y la cabeza abrió de pronto los ojos, con ese gesto de la gente despertada de pronto.

–No saben lo que les sucede –explicó el hombre importante–. Acaso sólo sueñan. Cuando las ponga en un cuerpo, nunca recordarán que antes estuvieron aquí, y aun antes en un cuerpo que ya no existe.

En otras galerías había infinidad de registros, que se hacían transparentes para permitir observar los miembros e injertos que guardaban, las partes del cuerpo, los torsos, las largas ringleras de piernas y brazos, las innumerables filas de dedos ordenados según sus tamaños y agrupados de acuerdo con el lugar que deberían ocupar en la extremidad correspondiente.

Los servidores iban iluminando las distintas partes del almacén y hacían refulgir centenares de globos oculares, de miembros viriles, de pechos femeninos, de orejas, y hasta de vísceras y piezas internas, pulcramente ordenadas.

Cada pieza estaba señalada por un pequeño indicador electrónico donde se conservaba la información precisa para asegurar el éxito del trasplante. A la observación de las partes más pequeñas se llegaba mediante pantallas que ampliaban el contenido de otros registros, permitiendo así tener ante los ojos calidades de piel, la materia de las uñas y de los cabellos, cuantos elementos eran necesarios para formar o rehabilitar los cuerpos humanos.

Él asistía sumiso a aquella ostentación de las riquezas patrimoniales de la empresa, sin comprender los motivos que el gran cirujano empresario tenía para hacerlo. A menudo la miraba a ella, con el dolor de ver la hermosura de aquella cabeza, injertada en el cuerpo de un varón deforme.

—¿Por qué lo hizo? ¿Es que no la quería? —preguntó de repente, y el otro se echó a reír.

—Toda infracción ha de pagarse, o nuestras leyes básicas se corromperán. Además, la quiero, claro que la quiero, y la volveré a tener cuando me apetezca. Conservo suficientes células tuyas, y toda la información genética, para reproducirla otra vez, igualita que era. Pero tardaré en olvidar lo que me hizo, su deslealtad, su degradante entrega a un ratón como tú.

Por fin llegaron a una nave más alta, ocupada por un enorme bloque de archivos verticales. Los servidores accionaron los mandos, y las diversas secciones del archivo se fueron desplegando, para mostrar gran número de cuerpos sin cabeza.

—Ratón, te aseguro que no ha sido fácil ni barato conseguir todo esto —dijo el cirujano—. Demasiados especuladores acechan cada accidente de tráfico, cada motín y cada reyerta. Pero en este momento, Eterna Juventud adquiere más del setenta por ciento de las víctimas del mundo. Y, como has visto, nada se desaprovecha. Absolutamente nada. Conservamos cualquier pieza, cualquier partícula, cualquier fluido, y cuanta información genética pueda ser útil al mercado de humanidad.

Los grandes archivadores guardaban cuerpos descabezados de ambos sexos y de todos los tamaños, muchos de ellos con las señales raciales que la uniformidad de las restauraciones estaba haciendo desaparecer cada vez más. Los cuerpos estaban en posición vertical, y de su cuello partían los tubos que les suministraban lo necesario para la vida. Aunque se mantenían a muy baja temperatura, era posible percibir en ellos un leve palpar.

—¿Te gusta ese? —preguntó el famoso cirujano, dirigiéndose a ella con un grito que sonó como un insulto.

Señalaba el gran cuerpo adiposo de una mujer negra. La princesa gritó también, pero él al principio no fue capaz de entender lo que decía. Por fin lo comprendió, y se lanzó contra el gran empresario. Los servidores lo impidieron.

–Ya te había olvidado, ratón –dijo el famoso cirujano–.Tú mismo has buscado y encontrado tu destino.

Otra descarga le hizo perder el sentido.

Más adelante conocería que le habían sucedido muchas cosas hasta el momento del despertar. Pero entonces, cuando volvió a ser consciente de sí, le pareció que aquella descarga con la que el servidor le había castigado había ocurrido pocos segundos antes, en el tiempo de un parpadeo.

Sin embargo, ya no se encontraba en aquel almacén, frente a la enorme vitrina en la que se alineaban tantos cuerpos descabezados, sino tumbado en un lecho clínico, y al punto descubrió que estaba siendo contemplado fijamente por el gran cirujano y por la princesa. El rostro de ella, en su hermosa cabeza grotescamente pegada a aquel torso ancho y jorobado, lloraba en silencio, y él se sintió lleno de amor.

–Arriba, vamos, arriba, ayudad a que se levante –ordenó el famoso cirujano a los servidores.

Él sentía un fuerte anquilosamiento en todo el cuerpo, como si estuviese bajo los efectos de alguna medicina estupefaciente. Y cuando contempló por primera vez sus miembros, la confusión que había en su mente no le permitió comprender con claridad lo que había ocurrido: fue poco después, mientras caminaba sostenido por los servidores, empezándose a acostumbrar torpemente a aquel cuerpo extraño que el famoso cirujano había unido a su cabeza, el cuerpo obeso de mujer negra que les había mostrado en el archivo, que era ahora su propio cuerpo, con el que avanzaba bamboleante por el corredor, detrás del gran cirujano y de la princesa.

El destino de su caminata fue el salón crematorio. Allí, depositados sobre la gran parrilla que introducía las piezas en la boca del horno, había otros dos cuerpos descabezados, y él los reconoció sintiendo un dolor que anulaba toda posible ira. Uno de los cuerpos era sin duda el de la princesa, el cuerpo blanco, con los hermosos pechos simétricos de rosados pezones, el pubis donde el capricho del gran cirujano había implantado también un suave plumón multicolor. No sentía el otro cuerpo tan cercano, a pesar de que era el

que le había pertenecido a él desde su nacimiento.

El famoso empresario hizo una señal y la parrilla arrastró ambos cuerpos hasta introducirlos en el horno. Una violenta llamarada, blanca y cegadora como la luz del sol, los consumió en pocos instantes.

–Son los primeros cuerpos completos y sanos que se destruyen aquí. Pero el caso bien merecía este sacrificio a los Dioses de la Propiedad. Sin embargo, como un homenaje a los amores pasados, haré que se utilicen esas cenizas para abonar los rosales –dijo el gran cirujano, con tono burlón.

Los despidió al día siguiente frente a la entrada exterior de la clínica, y ordenó que le devolviesen el violín.

–Puedo ser caprichoso, pero no injusto. Creced y multiplicaos. Y no os crucéis nunca más en mi camino.

Fueron a la oficina que él había utilizado como atalaya, pero tras su ausencia y el impago del alquiler semanal la ocupaban nuevos inquilinos, y un tipo huraño que entreabrió la puerta afirmó que no sabía nada de aquellos auvis que él reclamaba.

Sin créditos ni lugar donde guarecerse, aquel mismo día comenzó su vida en la calle. Él descubrió que los brazos de la mujer cuyo cuerpo era ya el suyo eran fuertes, y los dedos lo suficientemente ágiles como para tocar el violín. Ella aprovechó lo grotesco de su aspecto, y las piruetas del perro de seis patas, para inventar pequeñas escenas que hiciesen reír a la gente.

Por las esquinas y las plazas, a la puerta de los garitos y de los baretos, fueron practicando su humilde espectáculo mendicante, y la gente no dejaba de darles monedas, birras, esnicolas y hasta burgas.

Acabaron siendo una pareja muy popular en la parte sur, y aquel mismo año encontraron un remolque de desecho donde pudieron instalar su hogar.

Hasta los delincuentes peores los respetaban, porque la música del violín que tocaba aquella negra oronda, y la extraña y lenta danza del jorobado, junto a las cabriolas del perrillo, ponían en la impiedad de las calles una melancolía compasiva, que ningún corazón podía desconocer, por endurecido que estuviese.

Y nunca dejaron de estar enamorados, que se sepa, aunque todas las cosas de aquel tiempo se recuerdan ya de modo demasiado confuso.

## ACUÁTICO

### EL RUMOR DEL RÍO

Si ahora tuviera que señalar lo más memorable de su trabajo, antes de que sucediese lo que cambió su manera de ver las cosas, no serían los vuelos diarios de vigilancia a lo largo del intrincado sistema de captación, ni las rutinas del repaso de la información en las cabinas de control y la revisión de los sistemas detectores de intrusos, sino ese rumor continuo del agua corriendo dentro de las enormes tuberías.

Era un sonido saludable, que cuando por las noches se encontraba en su burbuja descansando de la jornada, con una birra en la mano y un espectáculo en el telecasco, runruneaba por encima y por debajo de todo, como el correr de una sangre inagotable y vivificante.

Ese rumor formaba un eco de palabras amigas, aunque ininteligibles, la voz de la única cercanía viviente que acompañaba su soledad. A veces, respondía al rumor con palabras: cómo estamos, río, acaso decía por la mañana, al levantarse, igual que podía decirle: buenas noches, río, antes de dormir. Y a lo largo de la noche, si se despertaba entre el sueño, sentía que el sordo murmullo, la suave trepidación, era una señal permanente de seguridad.

Con los años había creído descubrir que, cuando uno comprende la calidad de compañía y protección de ese rumor del río, uno ya se ha convertido de verdad en guardián. Al principio, la soledad es demasiado áspera, hay quien no puede soportarlo, a pesar de la ayuda de los fármacos, o del soma. Él mismo, en sus primeros años de trabajo, tuvo episodios depresivos, y hasta debió ser tratado en una clínica. Luego fue encontrando en el rumor algo más que el mero retumbar de los surtidores en los tramos nacies, una entonación cargada de serenidad y saludos, el susurro de algo familiar, que cada jornada sentía más propio, como si no fluyese y murmurase fuera, sino en el interior de su cuerpo.

### EL VETERANO

Como para no haberse acostumbrado, pensaba. Llevaba más de veinte

años de guardián, era uno de los veteranos de su oficio. En esta profesión se valora, sobre todo, la experiencia. Son muchas las hectáreas que vigilar, con una gran diversidad de afloramientos y surtidores –cada fuente tiene su correspondiente tubería– y desde la creación del Cuerpo de Guardianes del Río, más conocidos como Acuáticos, se determinó que fuesen profesionales fijos, un trabajo para toda la vida, de manera que acabasen conociendo y dominando la demarcación asignada en todos sus detalles.

El privilegio del retiro a los cincuenta años, que lleva consigo una cantidad razonable de créditos mensuales, y la propiedad de un apartamento no alejado de alguna costa, son lo que retribuye esos largos años de dedicación en absoluta soledad. Los acuáticos solamente descansan tres días seguidos cada veinticinco de trabajo –reciben bonos para los divertidores, con sus clubes y edenes, cercanos a su demarcación– y tienen veinticinco días de vacaciones cada año, con descuentos de viaje en cualquier aerotransporte.

Después de veintitantos años de profesión, acaba de cumplir los cuarenta, le parecería que todo este tiempo no había sido más que un solo día, si no recordase que el rumor del río cambia a lo largo del año, pasa de los agudos del tumultuoso brotar a los graves del lento fluir, marca el paso del tiempo y deja en la memoria una señal de ciclos repetidos.

Ese sentir el paso del tiempo en el eco del murmullo del río, ha sido una de las experiencias profundas de su veteranía.

## LA DEMARCACIÓN

La cuenca donde trabaja tiene más de veinte mil kilómetros cuadrados, el cauce completo de un afluente muy importante, casi trescientos kilómetros de recorrido en su vía principal, que desemboca en un río mayor. A él le corresponde vigilar la mitad de la cuenca, la cabecera y todo el tramo alto, hasta el inicio del curso medio. En su demarcación, el tubo central, que en la fase última llega a tener veinte metros de diámetro, recibe un número muy alto de surtidores, más de veinticinco tuberías secundarias, procedentes de los grandes manantiales, y casi sesenta derivaciones de los pequeños.

Vista desde el aire, la estructura del sistema, el gigantesco tubo central en el que se incrustan las grandes tuberías tributarias, con su fulgor aceitunado, semeja el conjunto de unas enormes raíces expuestas horizontalmente al sol.



Raíces de vida, pensaba, pues a través de aquel enorme sistema tubular el agua dulce, el bien más escaso de Tierra y del sistema solar, se captaba en su totalidad, como en casi todas las afloraciones fluviales y acuáticas del planeta, para ser administrada sin desperdicio. Allí donde brotaba una fuente, se había incrustado un tubo conductor. En la cabecera, el gigantesco abanico de tuberías confluía en un enorme cilindro en el espacio donde, al parecer, se habían embalsado antiguamente las aguas libres.

Él no podía comprender que el agua hubiese corrido alguna vez fuera de los tubos, le parecía una imagen propia de ese mundo salvaje, inhumano, en el que la naturaleza accesible aún no había sido domesticada. Todavía, cuando en los asuetos anuales visitaba una ciudad, se sorprendía de ver en libertad el agua que vierten las depuradoras.

En las ciudades, esos espacios se utilizan como elementos centrales de parques y jardines, aunque ese agua también se vuelve a captar para que continúe su proceso, cauce abajo, pero cuando ha visto las lagunas urbanas, la consideración del derroche que suponen esos espacios, indefensos ante la evaporación o la derivación furtiva, le ha hecho sentir mucho malestar, al recordar las lecciones que recibió en la escuela de guardianes: «El agua está para servir de alimento a los seres vivos y para hacer crecer los bosques y las plantaciones, mediante su control. A los humanos nos corresponde esa responsabilidad. El agua libre es un desperdicio criminal, una ofensa para la supervivencia».

## EL TRABAJO

En la escuela de guardianes le acostumbraron también a valorar lo que llaman «rutinas atentas», a ejecutar todas las tareas del guión de trabajo sin dejar una sola y poniendo en ellas una atención sin interrupciones ni descuidos: «la tensión del guardián».

Se levanta con el sol, tiene tres minutos de suministro para lavarse y ducharse –la abundancia del agua para el uso privado es uno de los lujos de su oficio– y, tras desayunar, monta en su aeromoto para iniciar el recorrido diario que corresponde a la vigilancia de su demarcación.

Primero visita los lugares de las fuentes originarias, de este a oeste. El recorrido suele ocuparle toda la mañana, pues aunque no haya incidencias en

ninguno de los sensores y detectores, le gusta observar con meticulosidad los espacios que rodean las tuberías, y verificar que todo se mantiene según la regularidad ordinaria y prevista, incluso las zonas donde se dispersan los bebederos de goteo para la vida animal.

A poca distancia del primer surtidor del este, siguiendo la curva del monte, hay unas ruinas imperceptibles desde su ruta habitual que, entre todas las que se dispersan en el enorme paraje que le corresponde vigilar, llamaron su atención cuando las descubrió: una antigua vivienda, con los muros y parte del techo bastante bien conservados, con una explanada en la parte que comunica con la siguiente vaguada, y en el centro de ella el espacio cóncavo de lo que debió de haber sido una pequeña laguna, un estanque, nutrido sin duda en su día de las aguas de aquel manantial.

Alguna vez había descendido sobre la explanada para observar de cerca aquel espacio hueco que en la antigüedad estuvo lleno de agua, y tenía una sensación desasosegante, porque no era un alvéolo natural, sino un espacio construido con ese propósito acuático. Un día aterrizó junto a él y recorrió a pie su breve orilla. El terreno ascendía con brusquedad al otro lado de la casa, pero en la parte del estanque, tras la explanada, la ladera iba descendiendo, y alrededor se alzaban, hasta la lejanía, los enormes volúmenes de los montes.

Allí descubrió un silencio que era la abrupta ausencia del susurro del río. En el interior de la casa quedaban algunos muebles medio desmoronados, camas ya tan oxidadas que parecían insectos extraños y enormes, y uno de aquellos aparatos antiguos de música que se hacían resonar mediante un teclado blanco y negro, que ya había perdido casi toda su capacidad sonora. Allí había vivido gente como él siglos antes, y aquella excavación en el suelo había acogido agua en libertad, agua que había provenido de la actual fuente, porque todavía a no muchos metros del actual receptáculo asomaba en el suelo, entre la tierra, el orificio de una viejísima cañería, como la boca de una madriguera. Aquel estanque era solo un adorno, pues no parecía un depósito ni un espacio deportivo, como si no tuviese más valor que las paredes o el suelo, pensaba, desazonado al imaginar el extraño derroche.

Por la tarde hace el recorrido del río de norte a sur, en el sentido de las aguas, sobre el gran tubo central en el que encajan las tuberías secundarias, hasta llegar al inicio del curso medio, donde cambia el diámetro del tubo y comienza la siguiente demarcación, responsabilidad de un compañero, un hombre más joven que él, que a menudo, cuando se encuentran, se queja de lo

solitario de su vida y que, además, parece obsesionado por el peligro de los terros.

## INTRUSOS Y TERROS

En el control y vigilancia de los sistemas fluviales, la expulsión y detención de intrusos, son también competencia de los acuáticos. A pesar de la firmeza del material, las estructuras fluviales resultan muy vulnerables, por su enorme extensión y tantas ramificaciones secundarias. A veces los daños se producen por accidentes naturales, rayos, corrimientos de tierra, seísmos, avalanchas. Otras veces, los animales causan también deterioros y corrosiones, con sus anidamientos o colonias. Sin embargo, el peor peligro proviene de los seres humanos: excursionistas que dañan alguna parte del sistema por manipularla desde la curiosidad ignorante; ladrones de agua que aprovechan algún descuido técnico para pinchar una tubería y cargar depósitos destinados al contrabando, sobre todo en las fuentes de la cabecera; por último, los más peligrosos, los terros.

Los terros constituyen la amenaza más grave. Cuando él se graduó de guardián y comenzó a desempeñar su oficio, los terros habían volado un acueducto en un pequeño estado de Centroeuropa, ocasionando una terrible catástrofe. Hay terros de muchos tipos, los de carácter religioso, teoterros, los que quieren destruir el poder político, politerros, y otros. Los que más pueden amenazar su propio trabajo son los ecoterros, fanáticos que predicán el retorno inmediato a la vida primitiva, y que también suelen atacar las centrales energéticas, gente tan enloquecida que son enemigos hasta del aire acondicionado, o de los campos de golf y las pistas de hielo que proliferan en todas las ciudades.

Junto al peligro de tales terros radicales, partidarios de la destrucción de la mayor parte de la tecnología –son al parecer ellos quienes atentaron dos veces contra el Planeta Reserva, acusándolo de ser una hipócrita coartada de la supuesta degradación biológica de Tierra– está otro menos espectacular y criminal, pero más insidioso, el de los llamados «misioneros hidráulicos», que actúan de manera oculta para abrir surtidores bien disimulados en algunas de las tuberías, y derivar el agua, mediante pequeñas cañerías también escondidas, enterradas, hasta espacios alejados del área de normal vigilancia

o no fácilmente perceptibles –tras un monte, o en un lugar intrincado, de difícil acceso y visibilidad– donde generan pequeñas lagunas en las que introducen peces y anfibios, y hasta especies vegetales.

En cierta forma, la actividad de estos «misioneros hidráulicos» es admirable por su tesón, clandestinidad y eficacia, aunque con el tiempo las lagunas suelen ser descubiertas, por la proliferación de aves o el crecimiento de vegetación inusitada. Pero ellos no dejan de intentarlo, urdiendo procedimientos ingeniosos para desactivar de noche los sensores de la zona que atacan, procurando que sea imperceptible el volumen del agua que se distrae, por su proporción con el flujo total, y trabajando sin prisa, muy poco a poco, para que nunca queden señales visibles de su labor, ese liberar agua sin más, cuyo objetivo es indescifrable para cualquiera que no esté loco.

«El mejor terro es el terro muerto», dice un refrán. El terro localizado debe ser hecho preso, pero si muere en ese momento no hay juez que no acepte que ha habido una acción defensiva por parte del guardián.

En su vida, él ha localizado más de doce de estas lagunas hechas con agua robada, que fueron eliminadas, y ha encontrado a tres terros enfrascados en su maldito trabajo. En ningún caso fue capaz de matarlos, y las tres veces, tras detenerlos, llamó a la patrulla de la policía para que se los llevase. Más tarde, al eliminar la captación ilegal, sentía esa agua libre que se desparramaba por el suelo como la señal de la más terrible profanación.

## LA VISITA DE INSPECCIÓN

La inspección tiene lugar cada año, cuando el tiempo comienza a templar y es mayor el volumen de agua emergente. Esta vez llegó unos días después de la lluvia, que había traído barro al fondo de la cuenca y hecho brotar extensos herbazales en los montes.

La visita de los inspectores estaba siempre sometida a un minucioso análisis identificativo en contacto con la central, para prevenir cualquier engaño. Esta vez eran una mujer joven, esbelta, y un hombre mayor que ella, robusto pero no muy alto. Llegaron a la hora prevista, en un aeromóvil conducido por el hombre, que transportaba sus bultos y vehículos individuales. La inspección estaba al mando de la mujer.

Las mujeres son otro de los elementos que inquietan al guardián. En los

primeros estudios, y luego en la escuela de guardianes, tuvo compañeras, pero nunca intimó con ninguna de ellas, por una timidez que lo paralizaba. Los años de larga soledad solo le han permitido conocer a las mujeres de los edenes, con su hospitalidad mercenaria y su comportamiento amoroso profesional, aunque prefiere las mujeres reales a esas maquinas bellísimas, capaces de suscitar mucho placer, aunque estén tan solicitadas por algunos, porque la vez que estuvo con una de ellas no pudo dejar de pensar que, al fin y al cabo, se trataba de un robot. La práctica de la cópula en los asuetos lo mantiene bastante libre de obsesiones sexuales, pero siente la desazón de no haber tenido nunca acceso a la habitualidad de lo femenino, a lo que puede esconderse tras los comportamientos profesionales de esas izas de amabilidad estereotipada que lo acogen los días de descanso.

Conocer a una mujer, esta se llamaba Sonia, que no pertenecía al mundo del trato carnal, y conocerla además al aire libre, sin pintura ni ropas provocativas, suscitó en él una curiosidad desusada, que llevaba a la vez cautela y regocijo. La mujer, tras cumplir los últimos trámites de identificación del equipo, aspiró el aire con una sonrisa.

—Qué bien huele aquí —exclamó—. A hierba fresca, a lluvia en la tierra.

Él jamás se había parado a pensar en los olores de la naturaleza. Para él, el olor podía ser el aviso de una avería, de un problema técnico, pero no tenía otra función digna de ser apreciada.

—Aquí siempre huele a monte, al fin y al cabo —repuso, encogiendo los hombros.

—¿Y el lugar? —añadió la mujer, mirando con detenimiento las montañas—. Un enclave extraordinario, precioso. Tan verde en esta época.

—Hay que tener cuidado, ahora está todo muy resbaladizo —respondió él, y le pareció encontrar en la mirada de ella un brillo sonriente, acaso burlón.

La visita suele durar dos días. En la tarde de su llegada acompañó a los inspectores, el hombre se llamaba Oto, a un rápido recorrido de la demarcación, para un vistazo general. La mujer ordenó a Oto que fuese rodeando cada uno de los surtidores, y fue así como descubrió la casa del este, en el extremo de la cabecera. La observó sin hablar y luego mandó aterrizar. Quería comprobar algo en el surtidor, porque subió hasta él por el monte con mucha ligereza y luego desapareció camino de las ruinas invisibles. Oto miró al guardián e hizo un gesto de fastidio, y el guardián sospechó que entre los dos inspectores no había buena relación.

La mujer no tardó en regresar.

–Estos lugares de las fuentes están llenos de paz –dijo, tras entrar en el vehículo.

El guardián volvió a sentirse perplejo, al descubrir que se podía llamar paz a esta inmovilidad sin gentes ni máquinas, bajo la que murmuraba el flujo incesante del agua en la tubería.

#### UNA CHARLA NOCTURNA

Aquella noche, los inspectores disfrutaron del privilegio de la ducha de tres minutos que es una de las compensaciones diarias del guardián. Después de instalar un par de burbujas para que ellos durmiesen, los tres tuvieron una reunión en la cabina de control, en lo que llaman la base. Llevó cada uno su cena y, mientras la tomaban, repasaron los planos de los registros, con los visores y sensores que habrían de ser revisados. La inspectora decidió que ella se ocuparía del área norte y Oto de la del sur. El guardián debería acompañar a Oto para establecer contacto con el guardián de la siguiente demarcación, a la que correspondía la siguiente visita de los inspectores.

Luego, la conversación se hizo menos profesional. Varios insectos voladores habían entrado en la cabina y la mujer los miraba con interés, y hasta recogió uno que había caído sobre los visores y lo contempló de cerca con mucho cuidado, antes de soltarlo nuevamente.

–Le gustan los bichos –le dijo Oto al guardián, con tono jocosos pero malévolo.

–No todos –respondió ella, con aspereza–. Hay bichos que no soporto.

Oto se fue a dormir y el guardián pudo observar a la mujer mucho más a su gusto: cómo movía los ojos y las manos, la forma de fruncir los labios, fascinado también por el sonido de su voz.

–Esta es una comarca muy hermosa. ¿No la recorres en los asuetos? –le preguntó.

–Los asuetos los dedico a descansar y a divertirme un poco, donde encuentre gente. Este es un oficio demasiado solitario como para divertirse también en soledad.

–No te enfades –dijo ella, riendo–. No te reprocho nada.

Él se quedó desconcertado, pues en su contestación no había habido

ningún enfado, acaso solo su timidez de toda la vida.

–A mí me gustan estos lugares salvajes, vacíos, las ruinas de antiguas granjas y viviendas, esas masas vegetales que surgen sin ayuda, esos bosquecillos que solo pueden sobrevivir gracias a la lluvia –confesó la mujer.

–Unos kilómetros al sur está la reserva de Cistierna –explicó él–. Un bosque de cultivo, muy célebre.

Ella insistió en su gusto por lo inculto, por lo silvestre:

–¿Te imaginas lo que debía de ser esta cuenca cuando el agua corría libremente por el cauce? Las orillas llenas de vegetación, hierba y flores en el secarral de ahora.

–Pero una de las bases de nuestra supervivencia es que el agua esté sujeta, bien controlada, administrada –repuso él, y en el énfasis con que lo dijo se filtró su desacuerdo.

Ella se echó a reír otra vez, le agarró una mano y se la apretó.

–Tienes toda la razón, veterano, sin duda eres un buen guardián. No me hagas caso, es hablar por hablar.

Aquel apretón era la primera muestra física de afecto gratuito que alguien le había dado desde que era niño, y se quedó mudo. La mujer soltó su mano, dijo que se iba a dormir también, y él permaneció solo durante un rato, sin mover su mano, para que no se escapase el calor de la mano de la mujer.

## UN DÍA DE INSPECCIÓN

Al día siguiente se habían levantado muy pronto y él fue consciente del olor a hierba y a monte que la mujer había celebrado la víspera. Empezaron enseguida su trabajo, la mujer se marchó hacia el norte y el otro inspector y él fueron descendiendo a lo largo del tubo central.

–¿Por qué crees que se va a los manaderos? Para andar entre los montes y los dichosos bichos. Ella sí que es un bicho raro. Parece que solo le gustan los sitios sin huella humana.

El día fue laborioso. Había que revisar las diferentes clases de sensores y contrastar los datos parciales de cada zona con los registros que conservaba el guardián. Hicieron un alto a mediodía para comer. El inspector se reunió con el guardián de la siguiente demarcación, para ir preparando la inspección de su tramo. Por la tarde, remontaron las tuberías de los afluentes de ambas

riberas, hasta completar el trabajo.

La inspectora regresó cuando ellos ya llevaban mucho tiempo en la base. Oto la informó de que ellos habían terminado su trabajo, y ella estudió los datos, echó en falta algunas referencias, y dijo que, al día siguiente por la mañana, deberían revisar los datos que faltaban.

Oto la miraba con evidente disgusto y adujo que tales datos eran secundarios, que podían deducirse de otros, y que además estaban perfectamente reflejados en los registros del guardián. Ella le replicó con sequedad:

–Mañana por la mañana revisarás eso, y yo aprovecharé para terminar mi trabajo, pues dejé algunas cosas pendientes. Al mediodía de mañana daremos por terminado este tramo, no antes.

Sin decir una palabra más, Oto se fue a su burbuja.

#### OTRA CHARLA NOCTURNA

Después de la retirada de Oto, el guardián encontró a la mujer mucho más tranquila, como si se sintiese cómoda en su compañía.

–Eres un buen guardián –dijo la mujer, y le llamó por su nombre propio, haciendo más confianzudo el tono de su relación–. No he encontrado nada que no esté en orden. Ni un fallo.

–Pero no te dio tiempo de revisarlo todo.

–Dejé cosas pendientes. Son lugares muy hermosos. Encontré cosas extraordinarias, mariposas, dos lagartos. Descubrí varias plantas odoríferas. Vi muchos pájaros.

Él la miraba con embeleso y ella dejó su asiento, se sentó junto a él y le pasó un brazo por encima de los hombros.

–Tengo ganas de celebrar este día. ¿No tienes nada para tomar?

–Tengo birras y esnicolas.

–Pues venga una birra.

Cuando se la ofreció, ella habló con el aire un poco burlón que a veces mostraba.

–Qué serio eres, veterano. No cabe duda de que estás hecho al lugar. Silencioso, exacto, natural.

Él no supo qué contestar, y ella le volvió a pasar el brazo por encima de



los hombros.

–Vamos, hombre, no te avergüences.

–Esta mañana me fijé por primera vez en el olor del monte. Es cierto que es agradable, aunque no sirva para nada.

–No hay que pensar solo en los conductos fluviales, veterano. Si vivieras en la capital, comprenderías la suerte que tienes de trabajar aquí.

–Nací en la capital y viví en ella de niño. Me gustaba estar entre la gente, los vehículos, las tiendas. Me costó mucho acostumbrarme a esto. Al principio, hasta tuvieron que tratarme. Hay muchos que no se acostumbran. Demasiada soledad. Por fin empecé a entender el sonido del río y ya no me encontré tan solo.

Ella le miraba intensamente.

–¿El sonido del río?

–Nunca suena igual. Yo conozco la época del año por ese resonar. Para mí, el río es un amigo, mi único amigo.

Ella le apretó los hombros con fuerza.

–Esta noche no vas a estar tan solo, veterano.

## EL ENFADO DE OTO

El guardián tardó mucho en alcanzar el sueño, pero no lo desazonaba el desvelo, porque sentía el cuerpo de ella, dormida a su lado. Al fin se quedó dormido también y, al despertar, la mujer ya no estaba. Cuando al amanecer se encontraron de nuevo, no hubo en ella más signos de reconocimiento de su abrazo amoroso que una sonrisa y el brillo cómplice en la mirada. Se despidieron y él regresó con Oto al tramo sur, mientras ella se alejaba hacia el norte en su aeromoto.

–No entiendo qué le pasa –se quejaba Oto, malhumorado–. Eso tan importante para ella hoy, muchas veces ni lo miramos, ni siquiera es preceptivo.

Decidió que harían un muestreo. Echaron un vistazo a una docena de válvulas, sin encontrar nada anormal, y regresaron a la base antes del mediodía. Sonia aún no había vuelto y pasó bastante tiempo sin que lo hiciese. Harto, Oto buscó la señal de su aeromoto y la encontró en la pantalla, inmóvil cerca del surtidor más oriental. Intentó buscarla a ella, pero resultó que el otro

visor de la zona estaba desconectado.

El inspector manifestaba su malhumor con bufidos y exclamaciones disgustadas. Otro día más de inspección les haría regresar a la capital en mitad del fin de la semana, y él perdería una jornada del descanso que le correspondía. El guardián intentaba ser conciliador, pero el otro estaba cada vez más furioso.

—No la voy a llamar, lo que voy a hacer es buscarla y obligarla a que termine su trabajo de una vez, se ponga como se ponga. Ya pasa bastante del tiempo reglamentario. Ven conmigo.

#### BUSCADA Y HALLADA

Estaba tan absorta en su tarea que sólo recuperó el sentido de la realidad cuando sintió sobre ella el bufido del aeromóvil. Habían alcanzado el punto del surtidor donde permanecía la aeromoto y, tras comprobar que la mujer no se encontraba allí, Oto remontó un poco el vuelo, hasta descubrir su figura, más allá del lomo del monte, en la explanada de la casa en ruinas.

Enseguida fue perceptible lo que estaba sucediendo: la luz del sol se reflejaba en forma de extraños brillos en la concavidad del estanque, donde se vertía la línea aún más brillante de un chorro de agua libre.

—¡Es una terro! —exclamó Oto, con asombro regocijado, como si el descubrimiento le resarciese de todo el peso de su rencor—. ¡Una condenada terro!

Aterrizó con rapidez en la explanada. La mujer permanecía inmóvil, desorientada, sosteniendo en las manos un cilindro oscuro.

—¡El arma, vamos, el arma! —gritó Oto al guardián—. ¡Mátala ahora mismo! ¡Liquídala!

Habían salido del aeromóvil. Oto palmeaba con insistencia las espaldas del guardián, e incluso intentó quitarle el arma. El guardián lo apartó de un empujón y empuñó el arma, pero no la sacó de su funda. Se acercó a la mujer, que no dejaba de mirarle, y contempló con desolación aquel chorro de agua que resonaba a sus pies con suave tono agudo. La derivación estaba ya oculta, pero era evidente que una cañería, acaso la misma que instalaron los antiguos constructores de la casa, llevaba el agua hasta aquel punto.

—Tengo que detenerte —murmuró el guardián.

–¿No la vas a matar? –gritaba Oto–. ¡Nadie va a molestarte, si lo haces!  
¡Mátala de una vez, no seas cobarde!

El guardián sacó el arma y apuntó a Oto.

–¡Cállate de una vez! ¡Cómo sigas gritándome, te mato a ti!

Oto guardó silencio. Movía la cabeza de un lado para otro, en una ridícula sacudida. El guardián se acercó más a la mujer, le quitó el cilindro que sostenía en las manos y la apartó del agua.

–Me entretuve demasiado –dijo la mujer, con serenidad.

## AGUA LIBRE

Aunque estaba consternado, el guardián vigilaba para que Oto no agrediese a la mujer. La patrulla policial llegó a media tarde, tomó declaración a los tres y se llevó a la mujer. Oto recogió el material de inspección, cargó en el aeromóvil la moto de la mujer y se marchó también, murmurando palabras insultantes.

El guardián permaneció durante mucho tiempo mirando el punto del cielo por el que habían desaparecido el vehículo de los policías, con la mujer, y el de Oto. El rumor del agua en libertad resonaba ante él, y sintió que era el mismo rumor del río, pero que su murmullo era más alegre, más vivaz. Agua libre, musitó, todavía muy desconcertado.

La instalación estaba perfectamente disimulada: penetraba en la parte inferior de la boca del surtidor y llegaba hasta el estanque a través de la vieja tubería, pero todo había quedado bien cubierto de tierra. Muy a su pesar, el guardián comprendió que si Oto no hubiese tenido tanta prisa por encontrarla, Sonia habría regresado a la base sin ser descubierta.

Era obligación del guardián anular inmediatamente la sangría acuática, pero no lo hizo. Se sentó a la orilla del estanque a contemplar los últimos momentos del atardecer. Recordaba con claridad la voz de la mujer, sus rasgos, sus ademanes. No se atrevía a evocar aún los abrazos de la noche, las oscuras palabras: la memoria del encuentro debía quedar guardada como una felicidad que le había sido regalada por el azar.

Lo que recordaría siempre es que el monte huele, que en la soledad se refugia un mundo vivo de plantas y seres pequeños, que las montañas forman parte de un cuerpo también vivo y palpitante, que todo ello es hermoso,

cuando se contempla con ojos propicios a comprenderlo.

## EL ESTANQUE

Al día siguiente se despertó muy pronto y se dirigió al manadero furtivo, pero antes de clausurar el surtidor ilegal y destruirlo, fue andando hasta la casa. El estanque estaba lleno. El barro que en la víspera enturbiaba el agua había reposado, y el contenido del estanque ofrecía una transparencia deslumbrante. En uno de los lados, un pequeño rebosadero dejaba escurrirse el agua hacia la vaguada. Descendió más abajo y descubrió que aquel agua rebosante acabaría llegando a un punto de muy difícil acceso, en el que podría formar un nuevo embalse.

Regresó hasta la casa y recogió del quicio de la puerta el pequeño cilindro que le había quitado a la mujer. Dentro había un líquido transparente, parecía agua, donde se movían diminutos cuerpecillos traslúcidos. Eran alevines, sin duda. Esos misioneros chiflados creaban lagunas y ponían en ellas crías de peces, huevas de anfibios.

Mientras el sol iba apareciendo tras la montaña, sentía el olor del agua impregnando la tierra, los bordes del estanque. Permaneció un rato contemplando las pequeñas ondas superficiales, viendo cómo la luz de la mañana convertía aquella masa acuática en una forma a la vez huidiza y consistente. Por fin, vertió en el estanque el contenido del cilindro.

## LA TENSIÓN DEL GUARDIÁN

No clausuró aquel día la fuente furtiva, ni lo ha hecho aún, tantos meses después. Los alevines han crecido y en el estanque nadan numerosos pececillos rojos. A veces llegan los pájaros a posarse en el borde. Muchas tardes viene aquí a sentarse, a contemplar el agua libre, a aspirar los aromas del monte.

Piensa que, antes de que llegue la nueva inspección, tiene que derivar el agua, y trasladar los peces, a la hondonada profunda que se encuentra al pie del monte, a espaldas de la casa, donde es difícil que el pequeño embalse pueda ser descubierto. Ha ajustado el flujo de agua robada hasta conseguir que

sea imperceptible para los sensores.

–Me he un convertido en un terro, en un maldito terro –exclama en voz alta, echándose a reír, y su risa resuena en el monte solitario.

## PLAYA ÚNICA

La playa merece la fama que tiene en todo el mundo. Es una de las pocas que se salvaron cuando la Gran Marea anegó todas las costas. Sus arenas, como si fuesen una proyección dorada del propio paseo costero, se ciñen suavemente al cuerpo de la ciudad, donde desde tiempos antiguos se dispersan enormes edificios y, delante de la gran extensión de arena, fulgura el agua limpia, siempre plácida.

A unos quinientos metros de la orilla se alza el muro, una construcción de treinta metros de altura, cuyo espesor y solidez quedan disimulados por una transparencia que deja ver el nivel más alto del agua exterior, su azul rotundo, oscuro, salpicado por los infinitos cuerpecillos multicolores de las medusas, contrastando con el azul celeste de las aguas interiores, donde esos molestos celentéreos que infectan todos los mares del mundo no pueden entrar. La transparencia del muro permite también divisar los cuerpos de las gentes que recorren su borde superior, o que utilizan los pequeños accesos externos para subir y bajar de las embarcaciones que, si la mar está en calma, como ahora, atracan allí, sus quillas también visibles desde la orilla a través del muro, en lo alto, en el nivel verdadero del océano.

Al parecer, la idea del muro, cuando surgió, había sido considerada un recurso tan desesperado como quimérico, pero resultó afortunada y consiguió proteger la playa y la ciudad de la crecida de las aguas del mar, cuando los polos se deshalaron. Había facilitado mucho la obra el que la ciudad se hubiese construido originariamente en la embocadura de un valle flanqueado por dos cercanas cadenas montuosas: ambas estructuras permitieron enlazar los dos extremos del enorme muro con la firmeza del terreno, rocoso y seguro.

El primer muro había sido fabricado con hormigón y acero, los materiales propios de la época, y sus imágenes, cierto aire de fortaleza propia de tiempos remotos, una enorme presa gris, con la forma y presencia de las auténticas murallas antiguas, con otras imágenes en las que se veían la playa y la bahía antes de la subida del nivel del mar, se conservaban en las paredes de algunos hoteles y restaurantes como señales y muestras de una tradición de varios siglos.

Con el tiempo, confirmada la inalterable prosperidad turística –en el mundo no quedaba ningún lugar como aquel– el muro había ido siendo

mejorado y transformado conforme a los nuevos usos constructivos, y su último diseño había conseguido aquella transparencia que le permite, durante el día, acotar abruptamente el océano para presentarlo como una inmensa pared tornasolada y misteriosa, y, durante la noche, servir de soporte para los extraordinarios espectáculos y conciertos visuales y sonoros que en él se realizan, juegos de luces y reflejos, cadenas y metamorfosis de colores y formas y sonidos innumerables, que embelesan a los espectadores, sentados en la arena de la playa o en los asientos de las terrazas.

Cuando había contemplado por primera vez uno de aquellos espectáculos, en la jornada misma de su llegada a la ciudad, sintió con certeza lo feliz de su decisión de intentar conseguir aquel trabajo. El día había sido luminoso, la temperatura era agradable, la larga playa mostraba sus arenas doradas como una presencia insólita en el mundo, el aire estaba razonablemente limpio, en la gente que se movía por las calles se advertía el júbilo de las vacaciones, nadie parecía tener prisa en ningún sitio.

La imagen de la playa y sus aguas mansas y claras, frente al acantilado azul del océano, cortado a lo lejos por la barrera invisible del muro transparente, había sido la primera noticia del lugar. Él trabajaba entonces en unas depuradoras del África congoleña, en un lugar demasiado caluroso. Era un empleo bien pagado, pero la vida diaria estaba impregnada del hedor de las aguas pardas y de las brumas del húmedo clima.

Unos años más tarde supo que en aquella playa lejana necesitaban alguien como él, especialista en limpieza de aguas, y aunque el empleo que se ofrecía no llevaba una mejora económica, resolvió responder a la convocatoria. Fue elegido y se trasladó a aquella ciudad del Mediterráneo occidental, que mantenía vigente la única playa natural de las que habían existido en el mundo.

El continuo aire festivo, la dulzura del clima, aquella visión de la playa dorada y las aguas transparentes frente al muro azul del océano bruscamente interrumpido, lo familiarizaron pronto con el lugar. Se sintió contagiado por el aire de vacaciones cuando comprobó lo sencillo de su trabajo, el control diario de unos indicadores que señalaban la acidez y la salubridad del agua en las pantallas de un robot que se ocupaba por sí mismo de ajustar todos los posibles desequilibrios.

Encontró también unos jefes sosegados. El director de todo lo correspondiente a la playa, Francis Pi, era incluso flemático, nada le hacía perder su reposada disposición, su modo lento de moverse y hablar. Llevaba unos lentes de diseño arcaico, aunque con cristales de color amarillo en los que a veces chispeaban súbitas irisaciones.

–En toda esta zona de levante, las potabilizadoras mantienen el agua tan salobre, que no pueden sobrevivir los peces, pero tampoco las bacterias – decía, riéndose, cada vez que recibía su informe, el viernes de cada semana.

Hacía muchos años que, tras inyectar la salmuera que resultaba del proceso de potabilizar el agua marina en ciertas rocas porosas del interior, hasta una saturación que originó nuevos problemas, se había resuelto volver a verter la salmuera en el océano, en tanto se trataba de encontrar un sistema más limpio y no más caro.

–Al fin y al cabo, afortunadamente, ya todo el pescado se cría en lugares adecuados.

Las gafas de curiosas formas y colores parecían ser un signo especial de todas las personas importantes. Las llevaban los cargos como Francis Pi, pero también sus superiores, en la administración, y toda la gente que cumplía funciones judiciales o representativas. Las gafas de la alcaldesa, Marcia Diva, eran rectangulares, anaranjadas, y las de Olmia Feri, la gobernadora del estado alicantino, eran cuadradas y de color salmón. Aquellas formas y colores parecían un modo de proclamar, sobre los lentes oscuros de los turistas, que había una responsabilidad avizor, gentes a quienes competía garantizar cada día la vigilancia del orden y la seguridad de las cosas.

El orden y la seguridad eran la norma de la ciudad, porque aquellas arenas áureas, aquel magnífico espacio playero, el enorme y tornasolado muro azul que lo encerraba, parecían exigir que se conservase un entorno apacible, sin estridencias, propicio al descanso.

Sin embargo, en la ciudad se mantenían pocas prohibiciones evidentes. Los lugares de diversión nocturna estaban correctamente insonorizados, el tráfico aéreo no agobiaba, el bullicio callejero era también fluido. La única restricción tajante recaía sobre las imágenes de aquella playa única en el mundo. Estaba expresamente prohibido tomarlas, aunque la prohibición solo era el énfasis retórico de una imposibilidad técnica, ya que ciertos dispositivos, señalados por las enormes antenas que ocupaban varios puntos sobre los rascacielos, impedían que quedasen fijadas o grabadas tales



imágenes cuando los turistas lo intentaban. El municipio se había reservado el derecho a la reproducción de aquella visión única, y lo guardaba con celo, aunque facilitaba gratuitamente copias a quien lo pedía.

Se encontró muy bien en la ciudad, hizo muchos amigos, tuvo numerosas aventuras sentimentales placenteras, dos matrimonios felices, dos hijos. En los días de asueto, en las vacaciones, disfrutaba durante el día de aquella playa bellísima, acotada por la masa vertical del océano, y asistía durante las noches a los juegos luminosos y sonoros que recorrían el movedizo horizonte.

Han pasado veinte años y su superior se retira. Le comunicaron que esa jubilación supone su ascenso, y con su flema acostumbrada, Francis Pi le ha explicado, meticoloso, sus tareas y deberes. Anteayer tuvo lugar el acto de posesión de su plaza, y la alcaldesa le entregó un pequeño paquete oscuro, de tacto suave.

—Ábralo en la playa —le dijo, con una sonrisa que no disimulaba una orden estricta.

Hoy es fiesta y está en la playa con Margot y el hijo de ambos, Alfi. Margot, la piel cuidadosamente protegida, toma el sol boca abajo. El niño escarba en la arena. En la orilla del agua Lino, el hijo de su anterior matrimonio, ya adolescente, juega a la pelota con los amigos. El océano, tras el muro casi invisible, hace ondular solemnemente sus aguas, suscitando una incesante conjugación de azules.

Desde el acto en que la alcaldesa se lo entregó, ese pequeño paquete oscuro ha estado en su bolsillo, alimentando una curiosidad que, a su pesar, y sin que sea capaz de explicarse el motivo, tiene más de inquietud que de alborozo. Lo abre al fin, para encontrar unas gafas ambarinas, de cristales ovalados. En el paquete hay también una pequeña placa registro.

Se coloca las gafas y siente un deslumbramiento súbito, un cambio de la luz y de las formas que lo desorienta, pero al cabo de unos instantes descubre que sus ojos ya no son capaces de apreciar el paraje habitual, la extensión dorada y luminosa de arena, el agua levemente azulada que a lo lejos queda interrumpida por un azul sólido, bajo el cielo también azul que señala el esplendor del día.

A través de los cristales de aquellos lentes, el lugar se ha transformado, ha adquirido el aspecto común a tantos otros espacios ribereños, desde que, hace siglos, ascendiera el nivel de los océanos. El paseo conserva la misma

forma, ceñida al paseo hay una larga orilla constituida por un material arenoso, pardo, y después está el agua, embalsada en lo que debe de ser una enorme piscina, un gigantesco recipiente artificial, pero luego la masa del mar no se interpone azul, retenida por un muro transparente, sino que se extiende sin interrupción hacia el horizonte lejano, en un largo trecho salpicado por los carcomidos restos de las antiguas edificaciones de pisos que formaron el cuerpo costero de la ciudad cuando se produjo el anegamiento.

La imagen, que en tantos otros sitios del planeta señala también un momento de inolvidable desolación y ruina, le hace estremecerse. Se quita las gafas y el paraje recupera la belleza deslumbradora de la arena dorada y los sucesivos niveles de azul.

Pone en marcha la pequeña placa registro. Aparece el rostro de la alcaldesa y siente en su interior su voz dulce, pero cargada de autoridad. La voz le saluda, lo felicita de nuevo por su ascenso, pero le advierte de sus nuevas responsabilidades: «La fundamental es conocer la realidad», dice. Luego explica que la playa desapareció para siempre con la subida del nivel de agua. Lo que todos creen ver es solo una figuración, una ilusión. «Hace mucho tiempo que nuestros antecesores compraron el invento capaz de provocar en todos los cerebros la unánime percepción de esa imagen mental. Somos los únicos poseedores de esa técnica, y acordamos secretamente hacer uso de ella». Añade que la comarca, el propio estado, subsisten gracias a esa playa imaginaria, que atrae a tantos visitantes durante todo el año. «Conocida la verdad, tu principal deber es continuar trabajando para que la figuración se mantenga», concluye.

Se coloca otra vez las gafas y contempla con tristeza los pisos sucesivos que emergen de las torres oscuras hundidas en el agua, las ventanas rotas, las barandillas desmoronadas, los aleros roídos, las excrecencias irreconocibles, las manchas orinientas que señalan el lugar donde hubo antenas y otros objetos desaparecidos.

Su mujer suspira, dice que da gusto estar así, al sol, en la única playa del mundo.

—¿Verdad que somos unos privilegiados? —musita.

Él se quita las gafas y las guarda en el estuche, con la plaquita.

—Claro que lo somos, cariño —responde, sintiéndose de repente extraño y desdichado.

## LA CONVERSIÓN

Yebra sabe que Helena no está tampoco dormida, porque se mueve demasiado y la siente respirar sin el sosiego habitual. Está seguro de que ese desvelo responde a la misma inquietud que a él tampoco lo deja dormir, aunque sea la hora más silenciosa de la noche, cuando ya muy pocos aeromóviles turban la calle con su zumbido.

El motivo de su desasosiego vuelve una y otra vez a su cabeza.

«Nadie te va a prohibir apuntarte a una iglesia», le había dicho su padre el día que cumplió los doce años, «pero no olvides que ya los padres de mis abuelos y los de los abuelos de tu madre fueron ateos».

Su madre había manifestado su disgusto por la palabra, que no correspondía a la buena educación pronunciar en público: «No le hables así al chico, llámanos agnos, como nos llama todo el mundo. Eso de ateos ya sabes que suena fatal».

«Entre nosotros no deberíamos andar con remilgos, pero está bien, agnos, como quieras, agnos de padres a hijos, por la parte de tu madre y por la mía.»

«Agnos y laicos», había puntualizado su madre.

«Pero que sepas que no vamos a reprocharte nada si te apuntas a una iglesia», insistió su padre, «aunque conviene que lo decidas cuanto antes, para ponerte al día en el padrón».

Y claro que se había apuntado como agno —en tiempos antiguos los habían llamado agnósticos, como habían llamado terroristas a los terros— y nunca había rectificado. Con los años, había conocido a Helena, que también pertenecía a una familia agna tradicional, y habían comenzado la relación amorosa que los seguía manteniendo unidos.

En este desvelo puede influir también la diferencia de temperatura del colchón, piensa, a Helena le gusta más caliente que a él, y las diversas temperaturas crean una zona extraña que no ayuda a relajarse.

Pero no es el colchón, es el dichoso asunto religioso.

La gente como ellos siempre había creído y defendido que lo religioso pertenecía a la intimidad, al espacio doméstico, que lo público no podía tener dioses ni religiones, que para conseguirlo la humanidad había luchado

denodadamente durante muchos siglos. Sin embargo, también hacía siglos que las religiones habían vuelto a imponer su presencia en la sociedad, y todavía no estaban tan lejanas las terribles guerras del siglo vigésimo primero, cuando en nombre de Dios, de Alá y de Yahvé, tanta sangre se había derramado en el mundo.

Por fin se había impuesto el Laicismo Reformado, que fomentó una convivencia pacífica consistente y duradera. La Constitución Planetaria de 2307 había reconocido que la religión pertenecía al ámbito íntimo del individuo, pero había determinado también el derecho de las iglesias a una presencia en la sociedad, que se manifestaba en tres principales privilegios: los Cultos Públicos, el Obligado Respeto y la Santificación Anual.

Los templos de todas las religiones celebraban sus cultos libremente, las campanas hacían sus toques, los muecines sus rezos, los cuernos sagrados lanzaban sus bramidos, y las fiestas respectivas de cada una de ellas llevaban a las calles las diversas procesiones y festejos. Además, la ley de Obligado Respeto, que controlaba una policía federal con autoridad para imponer fuertes sanciones, establecía que, fuese cual fuese la creencia de cada cual, había que inmovilizar el cuerpo un instante, para inclinar la cabeza en señal de saludo respetuoso, al pasar delante de cualquier templo, escuchar los sonidos diversos que avisaban de los distintos ritos, cruzarse con alguna dignidad religiosa que vistiese sus hábitos, o encontrarse con una procesión. Por último, la ciudadanía era libre de pensar lo que quisiese en materia religiosa, y la intimidad hogareña estaba exenta de la presencia de las religiones, salvo una vez al año, el Día de la Santificación. Ese día, que en cada religión resultaba de los diversos calendarios, los sacerdotes, los imanes, los rabinos, los santones, los pastores, los druidas, tenían derecho a penetrar en todas y cada una de las viviendas de los fieles y adeptos de su distrito para bendecir y consagrar todos los rincones hogareños.

Con el tiempo, este derecho se había puesto en relación con la norma de Obligado Respeto, y una ley había establecido que las casas de los agnos deberían abrirse también a los representantes de la religión cuyo templo estuviese más cercano a la respectiva vivienda. La ley fue impugnada por ellos ante los tribunales de justicia, pero estos no les fueron favorables en su fallo. Así, todos los agnos tenían que aceptar resignadamente, procurando mostrar en su actitud el Obligado Respeto constitucional, que la autoridad religiosa del culto más cercano a su hogar entrase en su vivienda una vez al

año, el correspondiente Día de la Santificación, y recitase las plegarias o realizase las aspersiones que correspondiesen al ritual.

Desde que eran niños, y cuando, ya adultos, lograron trasladarse a sus propios apartamentos, Yebra y Helena se habían acostumbrado a la presencia anual de la religión en sus casas, y procuraban no hablar de ello.

Su relación era fuerte, y tenían el propósito de anudarla más mediante el matrimonio. Solo la pequeñez de sus respectivos hogares les impedía contraerlo. A finales del verano del año anterior, un compañero de Yebra le había dado noticias de un apartamento de casi cuarenta metros cuadrados en el distrito del parque de las Aguas Corrientes, y a la pareja le habían interesado las condiciones de alquiler. Se trasladaron allí y empezaron a familiarizarse con las costumbres de la vida en común.

Cerca del edificio donde se encontraba el apartamento había una iglesia cristiana, una mezquita sunnita y una sinagoga, aunque la mayoría de los vecinos del edificio eran de religión islámica. Poco tiempo después de su traslado tuvo lugar el Ramadán, y cuando concluyó se celebró el Día de la Santificación, y tuvieron que abrir su puerta a un imán que recitó las correspondientes plegarias propiciatorias. Lo que no podían imaginarse era que, con motivo de la Epifanía de Cristo, el sacerdote de la iglesia católica romana tuviese también el propósito de bendecir su casa. Recibieron la comunicación y respondieron enseguida, para que se rectificase el error, aduciendo que ambos estaban registrados como agnos, que su apartamento estaba adscrito al distrito de la mezquita, y que ya el imán islámico había celebrado una santificación anual.

Su argumento no sirvió de nada, pues el edificio era al parecer equidistante tanto de la iglesia cristiana como de la mezquita, y el sacerdote católico tenía el mismo derecho que el imán a santificar aquel hogar agno que entraba en su distrito. Fue Helena la que permaneció en casa en aquella ocasión, para repartirse las ausencias laborales en tanto no se resolvía la duplicidad.

Pero no iba a haber dos, sino tres: en su momento les llegó la notificación de la sinagoga, pues también el edificio estaba equidistante de ella y, como agnos, deberían abrir las puertas de su casa a la oportuna santificación, con motivo de la pascua. Helena y Yebra intentaron solucionar el problema en el departamento religioso municipal, pero era evidente que los

agnos no suscitaban demasiada simpatía entre los funcionarios de aquel sector, y al final les aconsejaron llevar su caso a los tribunales, con lo que las perspectivas de que la proliferación de santificaciones se removiese en un plazo breve era poco previsible.

A la renovada humillación que todo buen agno siente cuando se le fuerza a asistir o soportar manifestaciones de religiosidad, se unía la complicación laboral: lo reglamentario en este campo era faltar al trabajo el Día de la Santificación correspondiente, pero bien Yebra bien Helena, aunque se turnasen, iban a faltar dos días. Esta vez fue Yebra quien lo hizo, esperando que durante el tiempo que faltaba hasta el otoño el problema quedase resuelto. Pero pasó el año, llegó el Ramadán, y su final, y una vez más les anunciaron que un imán de la mezquita visitaría su casa para el ritual santificador.

Puesto que alguno de los habitantes principales, por Obligado Respeto, debía recibir la visita santificante, Yebra decidió quedarse él en casa, juzgando que su puesto en la empresa donde trabajaba era más sólido que el de Helena en la suya. Sin embargo, después de que el robot de control informase de su absentismo injustificado, el responsable humano del personal lo llamó a su presencia. Yebra le explicó el problema y le aseguró que estaban poniendo todos los medios para resolverlo, pero aquel hombre, aparte de ser fiel ejecutor del reglamento, tampoco debía de simpatizar demasiado con los agnos.

–La empresa no tiene por qué financiar su indefinición religiosa –le dijo, muy secamente.

–Tengo derecho constitucional a mis creencias –repuso por fin Yebra.

–Eso yo no lo pongo en duda, pero la ordenanza solamente autoriza una jornada libre para la Santificación. Por esta vez, la empresa se conforma con la detracción salarial de los créditos proporcionales. Es lo más que puedo hacer en su favor. Si vuelve a faltar por esa causa, habrá que estudiar su continuidad aquí. Como sabe muy bien, una sola ausencia injustificada puede ser motivo de despido inmediato.

Cómo no iba a estar desvelado. Habían pasado varios días desde la entrevista y aún sentía la desolación de encontrarse ante la hostilidad y el poder de aquel hombre que llevaba unas lentillas refulgentes de color violeta, una coronita de último modelo, una enorme cruz en el pecho, y que lo

contemplaba con evidente antipatía. Tampoco Helena había encontrado una acogida más favorable en su empresa, y ante su consulta se le hizo la misma advertencia: una falta por aquel motivo carecía de justificación, y si ocurría, perdería su puesto de trabajo.

Al día siguiente, Helena había descargado de la Red varios auvis, e invitó a Yebra a que los viesan juntos en la telepared. Informaban sobre los ritos, las costumbres y las reglas de las distintas religiones. Yebra protestó, pero Helena se abrazó a él y le habló con serenidad:

–Yebi, ya no estamos en los tiempos de nuestros padres, ni de nuestros abuelos. Hay que convertirse, Yebi, hay que apuntarse.

–La Constitución nos protege –repuso Yebra, aunque sin demasiada convicción.

–Hay que apuntarse, Yebi, o nos echarán del trabajo. Vamos a enterarnos de lo que cuentan esos auvis.

Pasaron las tardes de los siguientes días enterándose del contenido de los auvis, conocieron las diversas ofertas cristianas, los atributos de Dios, supieron que los monoteístas pensaban que no podía darse, al menos por mucho tiempo, en una persona de sana razón «ignorancia negativa e invencible de Dios»: «Es decir», aseguraba el clérigo correspondiente, «que si una persona dotada de sana razón pasa mucho tiempo sin llegar al conocimiento de un supremo autor y legislador del universo, es por su culpa», se sintieron cada vez más desmoralizados ante la cólera de Jehová, y les produjo bastante temor que no hubiese más Dios que Alá y que Mahoma fuese su profeta. Conocieron también los aspectos más notables del mundo hinduista, del jainita, del budista.

Helena registraba algunas secuencias, pero Yebra se encontraba tan desanimado que apenas hablaban.

El desánimo se convirtió en el desvelo que le quitaba el sueño por las noches, y hoy siente transcurrir las horas vacías con Helena a su lado, sin duda también despierta, y no sabe qué determinación tomar. De pronto escucha, muy cercana, la voz de Helena.

–¿Estás despierto, Yebi?

–No puedo dormir. Yo creo que es por esa manía tuya de calentar tanto tu parte.

–Escucha, creo que tengo la mejor solución.

Yebra acerca más su cabeza a la de ella, besa a ciegas su cara, aspira su

olor y siente algo de consuelo.

–Yebi, vamos a apuntarnos al budismo. Yo creo que es lo que más nos conviene. Es abierto, no exactamente teísta, no busca la resurrección sino la disolución. Hay un templo junto al parque.

Se enciende la luz, y Helena se alza sobre él desde su parte del lecho.

–¿No me oyes? ¡Pero si estás llorando!

–No te puedes imaginar lo que me duele abandonar la fe de mis mayores.



## TERRANOÉ

Al escuchar la noticia sintió que lo volvía a herir un dolor inolvidable, un dolor de cuando era niño, aquella percepción de infortunio personal pero también general, difuso, que había sido una de las primeras decepciones de su vida. Y no se atrevió a contárselo a su hijo. También habían informado sobre las condiciones atmosféricas de la jornada, y aconsejaban llevar máscara respiratoria, de manera que, tras colocarse la suya, ayudó a Teo a ponérsela, antes de entrar en el aeromóvil.

La mañana depositaba sobre la ciudad la niebla invernal, sucia, grumosa, y en el tráfico de la aerovía, entre los enormes volúmenes de las viviendas de apartamentos que la rodeaban, los cuerpos de los vehículos eran sucesivas ráfagas oscuras e imprecisas. Todavía en la inercia del sueño, Teo iba su lado sin hablar. Él pensaba que convenía decírselo cuanto antes, que lo supiese de su propia boca, pero no se atrevía. El recuerdo de aquella pena infantil que tanto le había conmovido suscitaba en él una piedad cobarde, perezosa, como si el desconocimiento del terrible suceso pudiese proteger a su hijo un poco de tiempo más del dolor que él había sentido cuando tenía su misma edad, ese dolor que había resonado en él esta mañana, tantos años después, con el mismo redoble angustioso. Pues ahora era ya un hombre y descubría que el horror, inagotable al parecer, podía repetirse en la misma forma.

Teo era como él había sido, tenía la misma fe ingenua y la misma esperanza proyectada en Terranoé: coleccionaba todos los auvis sobre sus parajes, su fauna y su flora, sus tesoros naturales, con la certeza de tener en ellos la señal segura de un ámbito sagrado en el que se conservaba la hermosura del mundo, el signo sólido de la supervivencia. A muchos otros niños les había emocionado y les emocionaba también aquella seguridad, y sin duda Teo había heredado de él su actitud.

Para él, todo lo que trataba de Terranoé había sido uno de los asuntos más estimulantes de su vida, desde que empezara a entender las cosas de los adultos. Terranoé, Planeta Reserva, estaba en algún lugar secreto del sistema solar, en uno de los grandes satélites que acompañan a ciertos planetas, Io, Europa, Ganimedes, Calisto, Titán. La localización de Terranoé era uno de los secretos mejor guardados del universo, y parecía haber entre los habitantes de Tierra una aceptación unánime de tal ignorancia, porque solo si se desconocía

su paradero, según argumentaban los gobernantes, el astro podría estar seguro frente a la actividad incansable de los terros, que sin duda intentarían atacarlo, como símbolo de las posibilidades de supervivencia de la propia Tierra, tan exhausta ya tras tantos milenios de explotación, y de su estructura social.

Tierra había llegado, hacía poco más de cien años, a su peor momento biológico: el oxígeno de la atmósfera se había enrarecido, en los mares solo algunos espacios conservaban la vida suficiente para asegurar cierta cantidad de cultivos piscícolas, las grandes selvas se habían convertido en espacios de vegetación rala, el agua de todos los ríos del mundo se recogía desde sus fuentes mediante complicados sistemas tubulares, los mares habían subido de nivel haciendo desaparecer todas las playas, y se podía decir que los parajes diversos que la memoria humana guardaba mediante los paisajes pintados en los museos, las fotografías y otros antiguos sistemas de reproducción química y electrónica, habían desaparecido.

A los humanos les gustaba adornar las paredes de sus viviendas con las reproducciones de algunas de aquellas imágenes antiguas de la superficie del planeta: cataratas en la selva, bosques tupidos, lagos encajados en el verdor de la floresta, colinas cubiertas por el esplendor vegetal y florido de la primavera. Ahora, casi todos los lugares del mundo presentaban una perspectiva uniforme de tierras y montañas ocre y peladas, un aspecto desértico, y los espacios de verdor, dedicados a la producción de alimentos, estaban cubiertos por grandes bóvedas. Solamente en unos cuantos espacios muy escogidos y dispersos, se habían ido conservando los residuos del antiguo esplendor biológico.

Había sido en la época de los bisabuelos, poco después de que se instaurara el gobierno mundial, con su triple presidencia, cuando se había decidido escoger uno de los grandes satélites del sistema solar para reproducir en él las condiciones de Tierra en sus mejores momentos naturales. Al parecer, el astro elegido tenía condiciones apropiadas, agua y atmósfera, variaciones de temperatura semejantes, y lo demás lo fue haciendo el ingenio y la técnica de los seres humanos. El proceso resultó muy costoso: enormes impuestos, los más altos de todos, sufragaban los fondos necesarios para acometer aquella empresa, pero la mayoría asumía aquel sacrificio sin protestar.

Cuando él era niño, Planeta Reserva había llegado a ofrecer mucha de la belleza que Tierra tenía al parecer antes de su deterioro: lagos azules, playas

de arena dorada, sabanas cubiertas de vegetación, bosques que comenzaban a espesarse con un arbolado cada vez más voluminoso. Lo habían llamado Terra Noé en recuerdo de un antiguo mito que hablaba de un hombre que había guardado en un barco todas las especies animales posibles para salvarlas de una enorme inundación. Y allí habían sido trasladadas desde Tierra innumerables especies de insectos, aves, mamíferos y peces.

Los niños de su tiempo, como los de ahora, coleccionaban las imágenes sonoras y en movimiento donde aparecían los animales salvajes viviendo en plena libertad, amamantándose, empollando sus huevos, paciando en las praderas, sobrevolando majestuosos los valles, nadando en los remansos o escondiéndose presurosos en las madrigueras. Casi nada de aquello quedaba ya en Tierra, pero sabían que, en un punto seguro del sistema solar, todo estaba conservado, reservado, un patrimonio maravilloso que garantizaba la supervivencia de la belleza diversa del mundo.

Ante su entusiasmo, su padre se mostraba muy reticente. También aquella actitud de su padre era uno de los recuerdos amargos de su niñez: «¿Terra Noé? ¡Otro cuento para sacarnos los créditos!»

Su padre no creía en Planeta Reserva. «Esta mierda de mundo está en manos de avariciosos insaciables, criminales, que después de cargárselo han inventado eso de Terra Noé para pagarnos todavía menos y engañar a los niños y a los tontos».

Lo que su padre opinaba sobre el asunto le dolía como un golpe, como la herida que se hizo una vez al caer del volinete. Pero no osaba rebatir aquellas enormidades, aquellas palabrotas que, si fueran escuchadas por las autoridades, podían llevar a su padre a presidio. Por la noche se quedaba mucho rato desvelado, lleno de congoja, sintiendo que la rabia de su padre era dañina. Pues claro que era verdad Terranoé, sus parajes verdes, sus pájaros multicolores, sus leones y sus ranitas, una verdad mucho más firme y bella que las nieblas ácidas y las lluvias oxidantes que a menudo envolvían la ciudad con la negrura de una bolsa de desperdicios.

Al llegar al cole, el Estudioso de Teo vino a buscarlo. Cuando él era niño, los Estudiosos tenían aspecto humano, aunque con los rostros teñidos de diferentes colores, a tono con el de la cubierta del cuerpo. Los Estudiosos de ahora tenían la imagen de lo que muy antiguamente se llamaban robots, con una cabeza cilíndrica llena de pequeños focos luminosos, y en la parte anterior del torso la gran pantalla de aprendizaje. Gracias a los Estudiosos, en la

actualidad un solo maestro humano podía educar a más de mil niños, con lo que la formación escolar no resultaba demasiado gravosa para los presupuestos públicos. «Bienvenido, Teo, que viene a aprender», dijo el Estudioso con su voz aguda y cordial, y él dio un beso a su hijo y regresó al aeromóvil para dirigirse a su trabajo, sintiéndose culpable por no haberle contado el terrible suceso.

Al recoger a Teo por la tarde, advirtió desde el primer momento que el niño ya conocía la noticia, pues se acercó corriendo al aeromóvil y había en sus ojos mucha desolación.

—¡Los terros han destruido Terranoé! —exclamó Teo, casi gritando.

—Anda, sube.

—¡Dicen que han puesto muchas bombas, que han quemado los bosques, que han matado a todos los animales!

Teo se echó a llorar.

—¿Por qué son tan malos?

También sus ojos se estaban llenando de lágrimas. El horror se repetía. Cuando él tenía la edad de Teo, había ocurrido otro atentado. A pesar del secreto de su localización y de la coraza de seguridad que debía proteger Planeta Reserva, los terros habían conseguido llegar hasta allí y lanzar una docena de bombas aniquiladoras. Los rostros de los presidentes se habían mostrado lúgubres en la telepared: se estaban evaluando los daños, aunque los culpables del atentado habían sido descubiertos y exterminados, al ofrecer resistencia. También él había llorado, porque con la destrucción de Terranoé perdía algo que le pertenecía directamente, que le atañía como una parte de sí mismo, pues desde que era muy pequeño se había familiarizado con aquel mundo silvestre y bullicioso, lleno de vida, que la telepared acercaba cada día a todos los pequeños espectadores del planeta en sus programas vespertinos.

Algunas noches más tarde, el noticiario había ampliado la información: los daños en Terranoé eran enormes, cuantiosos, pero Planeta Reserva podía ser rehabilitado en todos sus aspectos. Para no herir la sensibilidad de los espectadores, no se ofrecían imágenes del desastre, pero la ministra de Vida Futura pedía a la ciudadanía que fuese consciente del esfuerzo que iba a ser necesario, por parte de todos, para afrontar la reconstrucción: una contribución impositiva especial, el mantenimiento de los salarios en los mismos niveles durante el próximo quinquenio. Su padre había protestado a

voces, manifestando una vez más aquel riguroso escepticismo que a él tanto lo turbaba. Él, ahora, intentó tranquilizar a su hijo.

–Es una tragedia, Teo, pero ya verás como lo arreglan. Cuando yo era niño pasó lo mismo.

El niño se separó de él para mirarlo con asombro.

–¿Pasó lo mismo? ¿Los terros bombardearon Terranoé?

–Doce bombas, más que ahora. Todos pensamos que habían conseguido destruirlo completamente. Pero ya ves cómo se logró rehacerlo. Costará muchos créditos, pero se rehabilitará. Anda, no llores más.

Acabó de colocar el respirador sobre el rostro de su hijo y se puso el suyo. Al espesor de la niebla sucia se unía la falta de luz propia de la hora, y los aeromóviles proyectaban por encima de ellos los súbitos flogonazos de sus focos. Escuchó la voz del niño, sofocada por la máscara respiratoria.

–¿Tú crees que lo arreglarán? ¿Lo crees de verdad?

–Estoy seguro. No hables.

Teo estuvo mohíno hasta que los políticos aparecieron en la telepared para hablar de Terranoé, unas fechas después. A él le pareció que se repetía, en todos sus detalles, aquella comparecencia que había contemplado de niño: los terros causantes del atentado habían sido localizados y muertos en su encuentro con las fuerzas de seguridad, y el equipo técnico que había evaluado los daños aseguraba que Terranoé podía ser rehabilitado. «Tendremos que sacrificarnos durante algunos años», decía el responsable ministerial de Vida Futura, ahora un hombre de rasgos polinesios, «pero Terranoé volverá a ser una hermosa reserva de la vida planetaria».

«Para financiar la rehabilitación», añadió más tarde el portavoz del gobierno, «se propondrá al congreso una nueva ley fiscal, y habrá congelación salarial durante al menos un trienio».

–¿Qué quiere decir eso? –preguntó Teo.

–No subirán los salarios durante los próximos tres años.

–¿Y qué pasa?

–A lo mejor el año que viene no podemos ir al Recreo de vacaciones.

En los ojos de Teo hubo un parpadeo de desilusión, y él recordó otra vez el enfado paterno, sus abruptas manifestaciones de rechazo, su seguridad en que todo era falso.

–Un niño dice que su papá no cree en Terranoé –dijo de repente Teo, con

aire entre confuso y avergonzado.

Él sintió que su incomodidad se convertía en angustia.

–No le hagas caso, hay gente muy rara. Cómo no va a existir Terranoé.

El niño le miraba tristemente, sin hablar.

–Y ya verás lo bien que va a quedar. Yo me disgusté mucho la otra vez, pero luego consiguieron que renaciese todo.

Hay que creer en Terranoé, pensó, hay que creer en Terranoé, y esperar que con este salario podamos llegar a fin de mes durante los próximos tres años.

# EL MEJOR TERRO

*Para Adolfo García Ortega*

## 1

En la selva llena de brillos y sombras de un divertidor, ante simulaciones de jirafas, elefantes, rinocerontes, leones y otros animales salvajes del pasado, mientras su grupo de caza intentaba hacerse con la pieza más importante, Benedeti descubrió el rostro de Pep Claus entre los cazadores del grupo competidor. La visión le produjo tanto desasosiego, que se retiró del juego inmediatamente, con el pretexto de que no se encontraba bien. Era un día de asueto y regresó a su granja. Las cuatro grandes bóvedas brillaban en la noche y el robot de vigilancia le informó de que no había novedades, como era lo habitual. Entró por rutina en una de las bóvedas y echó un vistazo a los espesos matorrales que, en los sucesivos pisos, producían los enormes papites, esos frutos verdes, pardos, rojos y amarillentos que los ingenieros genéticos habían logrado a través de ingeniosas hibridaciones, integrando muchas de las antiguas solanáceas para conseguir una sola clase de alimento que agrupaba en un solo cuerpo macizo las virtudes de todas, con un sabor sin matices ni estridencias.

Dejó enseguida la bóveda y se fue a su apartamento, el lugar que lo cobijaba desde hacía varios años, se sirvió una dosis de soma y permaneció echado en la tumbona durante largo rato, ante la telepared desconectada. Al fin movió sus manos sobre los mandos y entró en la Red. Aunque ya estaba muy alejado del mundo de la navegación espacial, y hasta evitaba las noticias que tenían que ver con ello, esta vez dominó esa aversión, ese rechazo impulsivo, mientras el desasosiego inicial se iba transformando en una repentina inquietud investigadora. Estaba reciente la voladura de la *Bucentauro*, y uno de esos avisos de la intuición que no sabemos cómo se producen le hizo buscar el rol de tripulantes del último viaje de la nave, para acabar encontrando el nombre de Claus, como primer oficial.

Su intuición se fue transformando en sospecha. La voladura de la *Bucentauro* se había atribuido a los ecoterros –la nave transportaba ferrulio, el mineral indispensable para la producción de energía tan aborrecido por los conservacionistas y los ecólatras– y la acción destructora se había producido,

como en otras ocasiones, con la nave estacionada en un punto del espacio sobre el puerto de arribada, en este caso Maragatos, en espera de ser autorizada a acceder al muelle de descarga, cuando la tripulación humana la había abandonado con permiso y solamente permanecía en ella un retén de robots.

Todas las circunstancias del atentado coincidían con la voladura del *Narcissus*, tres años antes, sobre Puertomadrid, y también entonces había figurado Pep Claus entre los oficiales, aunque la carga no había sido ferrulio sino sisdoma, otra de esas sustancias cuya transformación en energía los conservacionistas y ecólatras consideran nefasta para el medio ambiente. En aquella ocasión, la presencia de Pep Claus, su figura aborrecida descubierta en el noticiario entre las imágenes de los tripulantes antes de cambiar de canal, le había parecido una casualidad propia de la vida de los navegantes. Ahora, mientras visualizaba en la telepared la apariencia de la *Bucentauro*, el largo cuerpo de la sección principal, los cilindros de sus vagones, la estructura segmentada del convoy, recordaba la nave que había sido el escenario de su último viaje como astronauta, diez años antes, la *Minerva Janela*, lugar en el que había conocido a Pep Claus, y que permanecía en su recuerdo como el escenario de su mayor y más desasosegante claudicación moral, una memoria vergonzosa que latía dentro de él sin que pudiera arrancársela y que sobresaltaba a menudo su conciencia.

Sin acostarse, dedicó el resto de la noche y todo el día siguiente a repasar atentados similares. Descubrió, sorprendido de estar confirmando una certeza que al parecer había permanecido incrustada entre sus secretos imperceptibles, que en la última década había al menos otros dos, los que habían destruido la *Pequod* y la *Hispaniola*, que tenían similar forma de ejecución, las naves estacionadas en el área de fondeo sobre sus respectivos espaciopuertos en espera de ser autorizadas al atraque, con grandes cargas de material energético acumulado en sus vagones, y la tripulación humana disfrutando de su primera jornada terrestre de descanso. Y en ambos también figuraba, entre los nombres de los tripulantes o relacionado con el flete, el de Pep Claus.

Otras noticias fueron ampliando los datos, y encontró un aspecto al parecer misterioso de los atentados, sobre todo en cuanto a la naturaleza del explosivo utilizado, capaz de volatilizar, acaso por consunción, todo el material energético que las naves acarreaban. Solo una materia arenosa



calcinada se había depositado, en una copiosa lluvia, en los alrededores de los espaciopuertos sobre los que las naves habían sido destruidas. Él mismo había podido contemplar, mientras se acercaba al divertidor, la superficie de la tierra que rodeaba el espaciopuerto teñida de un inhabitual tono rojizo.

Al final de la jornada, Benedeti se puso en contacto con el divertidor en el que había reconocido a Claus, en un intento azaroso de tener más datos sobre él, y supo que se hospedaba allí mismo, como solían hacer muchos miembros de tripulaciones en sus primeros días de holganza, después de un viaje largo. Consiguió al fin que Claus accediese a comunicarse con él, y su emoción no lo traicionó en ningún momento mientras volvía a reconocer sin dudas aquel rostro que el paso de los años había afilado un poco y aquella voz que seguía siendo ronca y seca. Le recordó el lejano viaje desde Puertomarte a Isclacerta en la *Minerva Janela*, que ambos habían compartido, y le propuso un encuentro, pues quería contarle algunas cosas importantes.

Pep Claus le reconoció también, aunque se mostraba inquisitivo, poco simpático, como en aquellos recuerdos que él llevaba impresos de modo indeleble. Quería tener más información sobre esas cosas importantes a las que aludía, y Benedeti dejó entrever que se trataba de asuntos relacionados con los terros: «¿no recuerdas que en aquel viaje creímos identificar a uno, que nos lo cargamos?, creo que tengo una hipótesis sobre el asunto». Entonces Pep Claus accedió a que tuviesen una charla, y quedaron citados en uno de los bebederos del divertidor tres días más tarde, al anochecer.

## 2

Benedeti empleó esos días en reunir toda la información posible sobre aquellos atentados y las sucesivas tripulaciones, y por fin se presentó en la comisaría del espaciopuerto para hacer una declaración y una denuncia. Lo recibió un polirrobot grande y acucioso, pero Benedeti se negó a hablar con él y exigió ser atendido por un humano. «El caso lo requiere», repetía, una y otra vez, ante las objeciones del polirrobot. «Espero que la cosa merezca la pena» le dijo abruptamente el poli humano, un Galón Rojo, que al fin accedió a recibirle y se lo quedó mirando con fijeza. Benedeti reconoció en el poli a uno de los compañeros de partidas de caza, en las ocasiones que había ido al divertidor. «El rifle número tres», dijo el poli, extendiendo la mano para

saludarle. Había depuesto su altanería y lo trataba con cierta confianza. «La última vez te marchaste enseguida», añadió.

«Lo que vengo a declarar tiene que ver con eso. Y todo está aquí». Benedeti había ordenado sus recuerdos cuidadosamente en un auvi, pero al comenzar a exponérselos al poli percibía que sus sentimientos estaban a punto de traicionarlo, pues por primera vez, después de tantos años, confesaba su malestar por aquel remordimiento que le había hecho cambiar de oficio, para empezar, y que nunca se había aplacado dentro de él. «Creo que enseguida podrás juzgar si el asunto merece la pena o no», y empezó a hablar mientras iba transfiriendo al telecasco del poli sus recuerdos y testimonios.

La *Minerva Janela* había salido de Puertomarte aprovechando un momento de extraordinaria energía solar, con una carga enorme de raolidio, un energético de tanto valor como los otros, cuya explotación se seguían disputando varias compañías. Ocho tripulantes atendían el servicio de la nave, tres mujeres y cinco hombres, y al mando estaba un marciano de pura cepa, como él mismo solía decir, acaso para justificar su aire un poco desmañado y provinciano.

«Aunque haya pasado solo una década, entonces en los transportes de larga distancia se valoraba el tiempo mucho menos que ahora, y no digamos la comodidad de las tripulaciones. Más de mes y medio tardaba un carguero entre Marte y Tierra, y la gente iba sin sedar, haciendo jornadas normales. Todavía siento aquel olor que ningún fungicida conseguía eliminar, y que se te quedaba agarrado dentro de la cabeza durante meses y meses», añadió Benedeti.

También en la nave viajaba un pasajero de pago, uno de esos que, por ahorrar, prefieren perder el tiempo trasladándose en un carguero, mejor que hacerlo en una nave regular de viajeros. Era un tipo silencioso, que no compartía ningún momento con la tripulación, ni siquiera la comida o los ejercicios, pues se llevaba a su camareta las raciones del dispensador alimentario y había conseguido del capitán autorización para sustituir los ejercicios en la sala gimnástica por paseos y carreras a lo largo de los vagones, que llevaba a cabo un par de veces cada jornada.

En aquellos viajes, salvo el despegue y los momentos previos al estacionamiento o al atraque final, nada sugería el movimiento. Parecía que la nave estaba detenida en el espacio, en algún punto perdido, lejos de cualquier poblamiento humano, mientras el sucederse de las rutinas de la navegación y

de la pura biología marcaban el paso del tiempo con una rigidez que parecía impregnarlo todo de un marasmo absurdo, entre el olor a mohó, los purés de subsistencia, las estrecheces de los pañoles y de la camareta.

«Los turnos de guardia y servicio hacían que coincidiésemos en los mismos asuetos Castorina, primer oficial, Pep Claus, responsable de comunicaciones, a quien he venido a denunciar, un joven maquinista llamado Doi Usida, y yo. Aquellos largos tiempos muertos los dedicábamos a hacer ejercicio en la sala gimnástica y a otros entretenimientos. Doi Usida estudiaba en su telecasco las antiguas formas de la vida vegetal terrestre para ordenarlas por lugares y familias en auvis y luego mezclarlas con otras imágenes. Pep Claus también solía ensimismarse en el telecasco, acaso en programas de humor, porque a menudo se reía con grandes carcajadas, aunque no nos comunicaba los motivos de su regocijo. Castorina tenía mucha habilidad para construir pequeñas reproducciones de las antiguas naves marinas cuyos nombres han venido heredando las naves espaciales, una afición para la que utilizaba objetos que apenas suponían carga en su equipaje y que, por lo que pude comprobar, podía proporcionar buenos momentos de embeleso y mucha práctica de la habilidad manual. En aquel viaje fue construyendo una copia de la original *Minerva Janela*, un carguero que, a principios del siglo veintiuno, enlazaba en Tierra dos de sus más grandes océanos. Le gustaba recordar los nombres de las piezas de aquellas naves cuando navegaban por el océano terrestre: trancaniles, cabilleros, roldana, escandalosa, tambucho, cangreja, escotas, palabras tan raras que nunca las he olvidado. Yo la contemplaba trabajar y escuchaba música, que es mi principal afición.»

El poli humano repuso, con amabilidad nacida de aquella coincidencia de grupo en las partidas de caza, que no tenía toda la mañana para escucharle, que aquello se lo podía haber contado al polirrobot, o haberlo transmitido virtualmente, y Benedeti le aseguró que enseguida entraría en el asunto, que lo que le estaba explicando era necesario para entender bien el caso, que era muy grave, porque en su relato podía estar la clave de unas cuantas voladuras de naves cargadas de energéticos en los últimos años.

### 3

Fue Pep Claus quien comenzó a censurar el aislamiento del pasajero, que

atribuía a una actitud despectiva hacia la tripulación. Lo contemplaba con hostilidad mientras salía de su camareta y echaba a correr, sin saludarles, por el corredor que llevaba a los segmentos, o cuando extraía las raciones del dispensador sin pronunciar una sola palabra dirigida a sus compañeros de viaje. También criticaba ciertos encuentros privados entre el capitán y el pasajero, que le parecían demasiado confianzudos. Solía denominarle, con acritud, «el pasajero de primera», y mostró su sorpresa, y hasta su escándalo, ante aquella autorización del capitán para que pudiese correr a través de los corredores de los sectores de carga.

Las jornadas se sucedían, largas e iguales, y las críticas de Pep Claus fueron calando en sus compañeros, que miraban al pasajero con bastante antipatía. Una vez, Pep Claus volvió muy alterado de su servicio: en la verificación de la temperatura y condiciones de la carga en el último segmento, había encontrado al pasajero, pero no haciendo ejercicio, no corriendo a lo largo de las cámaras, sino «merodeando, metiendo las narices», dijo. «A ver qué hacía ese tipo estudiando con tanta atención el indicador, como si buscara algo». Castorina repuso que estaría descansando de su carrera, que se habría detenido allí y le habrían llamado la atención los registros, con tantos colores, parpadeos luminosos y oscilación de dígitos y claves. Pep Claus lo negó tajantemente: «Estaba fisgando, espiando. Ese tipo esconde algo».

A partir de entonces, para Pep Claus el pasajero se convirtió en sospechoso. En cierta ocasión, aprovechando una de sus carreras vespertinas hasta los extremos del convoy, entró en su camareta, descargó su telecasco y revolvió entre su equipaje. Sus hallazgos confirmaron sus sospechas de una forma que resaltó dramáticamente: entre las pertenencias del pasajero había algunos instrumentos y medidores que no parecían propios de alguien dedicado al comercio de abastos, como les había informado el capitán, y, sobre todo, el pasajero llevaba en los archivos de su telecasco una historia meticulosísima de las actividades de los terros, principalmente de los que ejecutaban sus atentados en los sectores industriales relacionados con el medio ambiente.

«Castorina, Doi Usida y yo también quedamos muy alarmados, y pensamos que lo más propio sería hablar con el capitán e informarle de aquellos hallazgos, pero Pep Claus no se mostró conforme, y hablaba con seguridad. Dijo que si el pasajero era un terro infiltrado en la nave, y tenía

permiso para andar por toda ella, sus contactos en los niveles de alta decisión debían de ser seguros y firmes. Nada de hablar con el capitán, pues aunque no tuviese nada que ver en el asunto, podía ser una forma de advertir al terro. Aquello teníamos que resolverlo nosotros mismos. Quisimos saber cómo pretendía que lo resolviésemos, y citó, mirándonos sucesivamente con mucha intención, eso tan repetido de que “*el mejor terro es el terro muerto*”. Yo sentí una imprevista mezcla de temor y congoja, y Castorina protestó, dijo que no sabíamos de verdad si se trataba de un terro, podía ser un aficionado a la historia de los terros como Doi Usida lo era a los documentos sobre plantas, y ella a la reproducción de antiguas naves marítimas. Doi Usida y yo apoyamos lo que Castorina decía, y Pep Claus repuso que ningún comerciante de abastos necesitaba aquellos medidores que el pasajero llevaba en su equipaje, pero que él acabaría probándonos que se trataba de un terro. “¿Me apoyaréis si os demuestro con certeza que se trata de un maldito terro? ¿Me ayudaréis a liquidarlo?”, preguntaba. Otra vez objetamos que para eso estaba la gente de la seguridad, la de la justicia, pero nuevamente nos aseguró que los terros eran escurridizos y estaban muy bien apoyados, y que si aquel pasajero era realmente un terro y nosotros hablábamos con el capitán, y este ponía en marcha todo el dispositivo de advertencia y denuncia, corríamos el peligro de que el terro se enterase con la misma celeridad y destruyese la nave con todos nosotros dentro, si es que su objetivo era ese, como él suponía. Al cabo, aunque renuentes, tuvimos que darle la razón, y asegurarle que colaboraríamos con él en la eliminación del terro, si es que ciertamente se trataba de un terro».

#### 4

Quedaban nueve días para la llegada al puerto de Isclacerta, cuando tuvieron un encuentro con un convoy que al parecer se había cruzado por error en la ruta del *Minerva Janela*. La coincidencia estuvo a punto de haber ocasionado un accidente, y según contó luego el capitán, Pep Claus trabajó con mucho acierto en la aclaración del asunto a través de sus comunicaciones, por lo que se anotó su comportamiento en el registro de bitácora. «Actuaciones de ese tipo debieron ser las que lo han hecho ascender tanto», señaló Benedeti. Por entonces, Tierra brillaba ya bastante cercano, como el destino seguro que confirmaba el movimiento de la nave y les hacía salir de aquella apariencia de

inmovilidad estupefacta.

Al regreso de una patrulla en la que coincidieron otra vez Castorina, Usida y Benedeti, Pep Claus les anunció un hallazgo que, según él, confirmaba claramente sus sospechas: escondidos en un pequeño alvéolo de la camareta del pasajero, había descubierto dos cilindros explosivos de enorme potencia, que mostraba en su mano, y que podía identificar cualquiera que estuviese algo informado de lo que era la industria extractiva en Marte. El indudable terro, disimulado tras la apariencia de un pasajero modesto, podía haber sembrado ya todo el convoy con aquellos cilindros. No había más remedio que actuar, aseguró, tal como habían acordado, y los demás se mostraron conformes, aunque muy turbados.

«Pep Claus nos dijo que no nos preocupásemos, que lo había pensado bien y que no habría derramamiento de sangre ni ninguna acción violenta. El terro moriría como consecuencia de una avería muy concreta, en un pasadizo de comunicación entre segmentos, al regresar de alguna de sus pretendidas carreras. El súbito cambio de presión afectaría a su máscara respiratoria, la alarma estaría desconectada, y diez minutos serían suficientes para que quedase asfixiado. Aunque el propio Pep Claus prepararía el ajusticiamiento, y esa sería su forma de participación, el ejecutor sería uno de nosotros tres, Castorina, Usida y yo, porque la avería sería consecuencia de la interferencia azarosa entre la clave de acceso de cualquiera de los tres, la del pasajero y los elementos de habitabilidad del pasadizo. El accidente se produciría en uno de sus paseos, a lo largo los próximos tres días.»

El Galón Rojo escuchaba ya con bastante atención.

«El pasajero falleció en su paseo de la tarde del día siguiente. Cuando al fin sonó la alarma, no se pudo hacer nada por él. Yo me sentía inquieto, nunca antes había causado la muerte de nadie, pero pensaba que aquella muerte, aquel asesinato, tenía al menos la justificación de haber conseguido evitar una catástrofe. Por eso quedé muy afectado cuando el capitán, en el momento de las exequias que se celebraron a bordo, dijo que en aquel accidente, que se atribuyó a un error cibernético, habíamos perdido a un importante agente antiterro, que viajaba con nosotros para familiarizarse con las costumbres y rutinas de los cargueros energéticos. Comprendí que aquello aclaraba todo lo que antes nos había parecido tan sospechoso, pero no me atreví a hablar, ni siquiera a mirar, a mis cómplices. Y cuando tocamos Tierra, dejé la nave muy desazonado, y me prometí buscar un oficio que me alejase de esas largas

soledades espaciales que son capaces de inducir a tanto delirio».

Sin embargo, aquel día de la caza de elefantes en la selva del divertidor había vuelto a encontrar el rostro de Pep Claus, y tras reflexionar serenamente sobre los lejanos sucesos, había hecho una pequeña investigación, y creía estar bastante seguro de que el auténtico terro, ese que en una jugada maestra había conseguido su colaboración y la de otros para eliminar en aquel viaje a un agente de la seguridad, era, precisamente, Pep Claus. Trasladó al poli todas las pruebas y le informó de que él sabía dónde se encontraba el supuesto terro, y que estaba citado con él en un día próximo. Inmediatamente antes del encuentro les informaría del lugar donde podrían detenerlo o ajusticiarlo, dijo. «¿Por qué no nos dejas actuar ya directamente a nosotros solos?», preguntó el poli. Benedeti sacudió los hombros sin contestar, y luego se levantó. Antes de que actuase la policía, quería ajustar las cuentas con aquel tipo que lo había convertido en un asesino.

## 5

Estaba citado con Pep Claus a última hora de la tarde en aquel bareto de la terraza del divertidor Sur, muy cerca del espaciopuerto. Fue al lugar en aeromoto, recuperando desde la conciencia la visión de la enorme mancha rojiza que rodeaba el paraje, y se detuvo en la terraza. Cuando entró en el bareto, el lugar estaba muy bullicioso, y tardó unos minutos en descubrir a Pep Claus sentado en un rincón, delante de un gran acuario donde se movían esas especies de peces y crustáceos que ya es imposible encontrar en sus antiguos espacios de vida.

Pep Claus bebía un euforizante y él pidió una birra. Se miraban en silencio, y por fin Pep Claus habló:

–Benedeti, no has cambiado mucho en todos estos años.

Claro que he cambiado, pensó él, pero repuso que tampoco encontraba muchos cambios en el aspecto del otro. Claus quiso saber cómo lo había encontrado, y él le contó la aventura cinegética en la selva del divertidor.

–Te vi en el equipo rival. Luego tuve que marcharme, me sentí indispuesto.

Entonces añadió que se había encontrado mal al verlo, precisamente. Y contó cómo el asesinato de aquel falso terro, tantos años antes, le había

obligado a cambiar de vida, a aborrecer la navegación, claro que había cambiado, todavía estaba indignado, y fue recordando aquel viaje en el *Minerva Janela* como la peor experiencia de su vida. Intentaba mantenerse sereno, pero la emoción contenida tantos años hervía en él y se derramaba a través de sus palabras: me convertiste en un asesino, matamos a aquel pobre hombre por tu culpa, eso me ha reconcomido sin parar.

Pero en su emoción había también un júbilo reparatorio, había llegado el momento de que Pep Claus conociese todo lo que él había descubierto sobre sus actividades:

–Durante todos estos años no quería ni oír nada que tuviese que ver con la navegación espacial. Pero el otro día, al encontrarte en la selva, se me reveló una sospecha que seguramente había estado dentro de mí durante todos estos años, volví a mi casa y fui repasando los atentados a cargueros de los últimos años, los de la *Bucentauro*, la *Narcissus*, la *Pequod*, la *Hispaniola*, seguro que hay más, y en todos estaba tu nombre, en la tripulación, o en la organización del viaje».

–Los veteranos somos muy pocos ya –repuso Claus, displicente–. No es difícil que repitamos rutas y tipos de carga. Uno se acaba acomodando a las rutinas que conoce.

–Será como dices, pero se me ha ocurrido que el maldito terro eres tú, tú el autor de todos esos atentados.

Pep Claus se echó a reír. Dijo luego que debería liquidarlo, entonces, sin pensárselo más:

–Entonces mátame, Benedeti, *el mejor terro es el terro muerto*.

–Yo no soy un asesino –repuso él, y añadió que había hablado con la poli y que ellos se ocuparían del asunto.

Estaba a punto de lanzar la señal para ser localizado por el comisario, pero no lo hacía aún, para que la rápida llegada de los agentes no le robase ni un solo segundo del regocijo restaurador, del gusto de la venganza.

Pep Claus no mostraba haber perdido la calma, aunque podía ser por efecto de la bebida.

–Benedeti, no sabes nada de terros, ni de minerales energéticos. No sabes nada de la guerra entre compañías, de los sabotajes recíprocos, de la lucha por la hegemonía. Los terros vienen muy bien para cargarles la culpa de todo. Si los terros no existiesen, habría que inventarlos. No sabes de lo que estás hablando, y ya que te habías retirado, hubiera sido mejor que te quedases



donde estabas. Te has metido en un juego peligroso, y eso te va a perjudicar mucho, va a resultar nefasto para ti.

Pep Claus alzó una mano, y una pareja de polirrobots apareció junto a ellos. Benedeti descubrió que el poli humano, el Galón Rojo con quien él había hablado, vestido con toda la ropa reglamentaria, había llegado también, aunque no le hubiese mandado todavía la señal para la localización. Los polirrobots sujetaron a Benedeti. La irrupción de las fuerzas de seguridad no había modificado el bullicio del bareto, y en la pequeña pista bailaba con entusiasmo un grupo de gente.

Pep Claus siguió hablando sin perder la calma.

—Ya que te has metido en esto, quiero que sepas que en esos accidentes nunca hubo terros. Se trata solamente de un negocio. Hay demasiadas compañías extractoras, demasiadas restricciones mineras, demasiados impuestos. Ferrulio, sisdoma, raolidio, todo eso forma la materia más valiosa del universo en estos momentos. De vez en cuando, hay que desviar un cargamento. Los expertos lo llaman liberalizar. ¿Recuerdas aquel convoy que se acercó tanto al *Minerva Janela*? Hubiera habido una sustitución de la nave, con el pretexto de una avería. A partir de entonces nadie se habría enterado de que llevábamos un convoy cargado de pura arena marciana, y al llegar a puerto toda la tripulación habría recibido una gratificación suculenta para que se olvidase del encuentro y la sustitución. O un tiro, si no quería olvidarlo. No es que el explosivo sea tan potente como para hacer desaparecer el energético, es que la carga se ha esfumado, ha seguido otra ruta, otro destino. ¿Comprendes, Benedeti? Esos convoyes volados no tenían ningún valor.

Benedeti no era capaz de hablar.

—Efectivamente, el pasajero del *Minerva Janela* que eliminamos, y que tanto te ha afectado, me obligó a abortar la operación aquella vez. Te has metido en un juego fatal, te has pasado de listo. La poli avisó a la compañía, y ellos me han advertido de todo. Ahora resulta que vas a ser tú el maldito terro, y te aseguro que ya están todas las pruebas preparadas para demostrarlo.

Pep Claus había sacado un arma y ni los polirrobots ni el Galón Rojo impedían que la acercase a su cuerpo.

—Adiós, Benja Benedeti. *El mejor terro es el terro muerto.*

Benedeti pensó que aquello era lo último que escuchaba en su vida, pero el Galón Rojo disparó antes, y Pep Claus cayó al suelo.

—¡Vivo y entero! —exclamó el Galón Rojo, mientras los polirrobots

soltaban a Benedeti, agarraban a Claus, lo alzaban y se alejaban con él hacia la puerta del bareto.

–A veces un hombre tiene que elegir, rifle número tres –dijo el Galón Rojo–. La mordida era muy succulenta, pero esto me valdrá el ascenso. Solo está sedado, y cuando despierte podrán sacar de él lo que quieran. Y para mí el galón dorado. Y mi rostro en la Red planetaria. Esto sí que ha sido cazar una buena pieza. Vamos a celebrarlo.

## EL VIAJE INEXPLICABLE

Un libro es un objeto en forma de paralelepípedo tetragonal, compuesto por un conjunto de láminas, hojas, páginas, rectangulares, finas, flexibles, de textura seca, no sé expresar de otra manera su insólito tacto, cubiertas de signos gráficos, la mayoría en desuso, una especie de mancha no homogénea, hecha de pequeñas partículas agrupadas, que ocupa casi toda la superficie de la lámina, u hoja, generalmente por su haz y por su envés. Las láminas, hojas, páginas, están sujetas todas ellas por uno de los extremos más largos, y el objeto se cubre, o protege, en su parte anterior y en su parte posterior, con dos láminas de material más rígido que el resto. Es un objeto curiosamente movedizo, que puede permanecer estable, en su forma de paralelepípedo, o abrirse en tantas posiciones como láminas, que, como he dicho, tienen todos sus lados exentos de sujeción, excepto el que las une a las demás, de forma que giran sobre él, adelante y atrás, como las puertas de las construcciones históricas de Tierra.

Yo vi el primero, y lo tuve en mis manos, en Puertomarte, durante un retraso parecido a este que hoy sufrimos, hace muchos años, más de quince. También aquella vez había fallado la nave que debía transportarnos, aunque no por una avería, como ahora, sino por causas mucho más dramáticas: un meteorito inadvertido, nunca se supo cómo fue posible aquel fallo en la detección, la destruyó mientras se acercaba.

Los pasajeros en espera, que tardamos bastante en conocer las causas del retraso, estábamos concentrados en una de las salas subterráneas del puerto espacial. Éramos una docena, y entre nosotros había otro par de bioingenieros, una psicotensora, algunos animadores de ambos sexos, gente de negocios, y un hombre de más edad, un arcantero, uno de esos profesionales de tan extraña denominación, que llevaba con él el libro que había detectado y recogido en la colonia.

Ya os he descrito lo que es un libro. Un objeto de aire vetusto, que se manipula con dificultad, que se tarda en descubrir cómo podía ser descifrado de corrido, el grado de atención, de esfuerzo y destreza visual que requería, que requiere, para identificar y poner en palabras, con un sentido sucesivo y coherente, ese conjunto innumerable de rasgos diminutos. Pero aquel hombre lo hizo. En un momento de la espera, que se iba alargando allá abajo, y ya

sabéis lo aburrido que puede llegar a ser esperar el embarque en un espaciopuerto, sacó el objeto de su mochila, nos lo mostró mientras hacía pasar sus láminas, o páginas, con sorprendente habilidad, y nos preguntó si sabíamos lo que era.

«¡Un libro!», exclamó por fin, triunfalmente. «¡Un libro del siglo 21, que acabo de descubrir en un almacén de este polvoriento y bárbaro planeta!»

Nadie resistió la tentación de tocar ese objeto legendario y primitivo que requiere tanta concentración y sabiduría para ser desentrañado. La textura, como dije, era rara, he dicho seca, bueno, tal vez no sea lo certero, no es áspera, más bien suave, pero sin la sutileza de cualquier material moderno. Y pensar que esa materia fue tan popular en aquellos siglos. Las láminas, u hojas, son mates, claras, aunque los infinitos signos acumulados en ellas las oscurecen. En aquella ocasión me pareció que no debía de ser fácil de manejar, pese a la destreza que mostraba el arcantero, porque tienes que utilizar todos los dedos, cada uno de una manera diferente, peculiar.

Le preguntamos cómo resultaba el discurso que se acumulaba en tantos signos, y se puso a descifrarlos con naturalidad, con una fluidez admirable, que nos hizo comprender que se trataba de un sabio: «*Cuando Celina regresó a casa, el profesor Souto estaba dormido en su sillón, con el libro en el regazo*», empezó a leer, en una de las primeras páginas.

Yo lo fui grabando con mi anillo, es uno de los archivos que conservo, a pesar de que ha transcurrido tanto tiempo, lo busco en un momento, «primer encuentro libro», aquí está, voy a proyectarlo ahí delante. Ahora podéis ver la sala de pasajeros de Puertomarte, aquel día tan lejano. Fijaos en el objeto, el libro, primer plano, claro que se ve vetusto, ese es el arcantero manejándolo, mirad sus manos, qué soltura, mirad cómo empieza a descifrarlo, escuchad esos nombres raros, Celina, profesor Souto. Ved cómo guarda silencio, es que se ha dado cuenta de que le estoy grabando, ved cómo me pide que no siga haciéndolo, que le pone nervioso, y desconecté el anillo, ya no hay nada más grabado, pero lo recuerdo todo con claridad.

«Este libro representa un hallazgo asombroso», aseguró el arcantero.

Parecía muy conmovido. Después añadió, como si revelase un secreto importantísimo, que era preciso estudiar aquel libro con mucho detenimiento, por los admirables asuntos que parecían desprenderse de su lectura:

«En él parece mostrarse un modo de viajar asombroso, que no podemos ni siquiera imaginar en esta época nuestra, que creemos tan avanzada en lo

tecnológico».

Entonces le pedimos que nos hablase de aquel modo extraordinario de viajar. Éramos un puñado de viajeros perdidos en el espaciopuerto de un lejano planeta, sometidos a este irremediable olor a hongos y burgas, no teníamos ni idea de cuándo llegaría la nave que había de devolvernos a Tierra, si todo iba bien nos esperaban casi dos semanas de navegación, y aceptábamos como un regalo cualquier suceso capaz de entretener nuestra espera.

«Viajes a través de los libros», repuso, poniendo en la voz un eco misterioso. «Los libros como vehículo, y a la vez como espacio, del viaje. Algo muy extraño, difícil de comprender en estos días, cuando hace ya tanto tiempo que los libros han desaparecido de nuestra cultura. Pero en este libro todo eso está expuesto con verosimilitud, de forma bastante clara».

Luego nos contó la historia que estaba desarrollada en los signos de las páginas, u hojas, del libro. Un viaje extraño de esos personajes llamados «Celina» y «profesor Souto». Antes nos había explicado que, en los signos de muchos libros, se contaban historias inventadas, como en los auvis de hoy día: héroes y heroínas vivían, en esos signos impresos, ciertas aventuras ficticias, aunque según el libro descubierto por el arcantero en la colonia, algunas pudieran ofrecer características que apuntaban a técnicas de transporte hoy imposibles de imaginar.

«Celina es un personaje femenino», dijo el arcantero. «Al parecer, era la compañera académica, y también afectiva, de otro personaje, el profesor Souto. Ya no podemos saber si se trata de puras invenciones, o si el libro recoge la crónica de algo que sucedió históricamente, porque además nos faltan muchas de las referencias que presenta el propio libro, entre otras la mayoría de otros libros a los que en él se alude, que también contenían ficciones. Ahora utilizamos la expresión *no me cuentes una novela* para prevenir una justificación falsa, un pretexto mentiroso. Las verdaderas novelas, lo que ha dado nombre a la expresión, eran aquellos libros, libros como este, en los que se narraban sucesos imaginarios. Como las ficciones en serie que hoy se ven en las telepantallas, pero escritas, impresas en forma de palabras sucesivas».

También es cierto que entonces la lengua no había sido simplificada hasta el límite en que ahora lo ha sido, cuando hemos conseguido una escritura con un código muy reducido de términos, que jamás usamos para narrar

ficciones, y cuando, incluso en la comunicación verbal, hemos llegado a tanta economía expresiva. Yo ahora estoy utilizando a propósito un lenguaje que ya no es de nuestro tiempo, muchas palabras perdidas, también se decía obsoletas, y compruebo cómo me miráis con sorpresa, hasta con burla. Pero es que intento acercarme a la forma de comunicarse que tenían aquellos libros.

No he vuelto a encontrarme con ese arcantero, y parece que, aunque ya es muy viejo, sigue buscando libros, ahora en un enorme almacén de desperdicios que acaban de encontrar en la colonia Solysombra, en Luna. Aquella vez nos dijo que ya había leído el libro una vez completamente.

«Ahora sólo las máquinas leen textos complejos», continuó «pero entonces los seres humanos se pasaban muchas horas leyendo, descifrando innumerables conjuntos de signos como los que figuran aquí» y apoyaba la afirmación con un gesto de autoridad.

Pero vamos a la historia que contaba el libro que el arcantero había encontrado.

Cuando Celina regresó a la casa en la que vivía con el profesor Souto, se lo encontró dormido en el sillón que usaba por costumbre, precisamente con un libro en el regazo. Al final de cada jornada, el profesor tenía la costumbre de pasarse algún tiempo leyendo libros, muy a menudo novelas. Parece que el período de las novelas que los estudiosos llaman clásico comienza con un libro de aventuras de un hombre de cierta edad que, en un delirio producido precisamente por la lectura de novelas, se cree héroe novelesco y recorre los alrededores de su pueblo realizando falsas y ridículas hazañas. Ese período clásico concluye al parecer con otro libro, la historia de un joven que visita a su primo, internado por enfermedad en un establecimiento sanitario de las montañas, que contrae la enfermedad y debe quedarse allí encerrado durante muchos años. Esta segunda novela era la que el profesor Souto estaba leyendo, o mejor releendo, pues en aquellos días se conmemoraba cierto aniversario de su aparición, y la novela había sido muy celebrada por sus contemporáneos.

Celina no había sido capaz de sacar de su sueño al profesor Souto y, ante su rotunda ausencia, avisó a los médicos, que tampoco consiguieron despertarlo. Sin embargo, nada indicaba que el profesor Souto estuviese sufriendo una experiencia patológica, aquel extraño embeleso no era debido a ninguna anomalía de su cerebro, que funcionaba con normalidad, como

pudieron comprobar, por lo que, tras varias hipótesis clínicas, Celina intuyó que el absoluto ensimismamiento de su compañero, su incomprensible sueño, debía de tener otras causas, y acaso estaba relacionado con la lectura de aquella novela que, desde hacía más de un mes, absorbía cada tarde su atención con tanta intensidad.

«Está perdido dentro de esa novela», intuyó Celina de repente, mientras contemplaba aquella inmovilidad del profesor, tan semejante a un sueño apacible, y durante muchos días, sentada en el hospital ante el cuerpo de aquel durmiente que no había forma de despertar, pensó en el modo de hacerlo.

Hoy no podemos comprender que alguien pueda perderse en una ficción, porque las ficciones se crean en un espacio diferente del real, e incluso mientras experimentamos aventuras virtuales en los divertidores, una partida de caza, una inmersión oceánica, una batalla en el espacio, sabemos que podemos salir de ellas en cualquier momento, sin más que desearlo. Hoy, solamente a algún niño raro, psicológicamente perturbado, se le ocurriría confundir el espacio del juego con el de la realidad. Pero en los pequeños signos que se multiplican en las láminas, u hojas, de los libros, creando innumerables palabras y oraciones, había sin duda cierta singular posibilidad de alucinación, lo que no es raro en un sistema de entretenimiento cuyo ejemplo inaugural fue, según contaba el arcantero, la historia de un héroe que se vuelve loco por culpa de la lectura.

Lo cierto es que Celina expuso a los médicos su conjetura, y que a ellos les pareció aceptable. Celina, ante lo difícil que estaba resultando despertar al profesor, había tenido una idea que también contó a los médicos, la de intentar ser ella misma quien rescatase a Souto de su ausencia, mediante algún tipo de contacto mental.

Tampoco hoy puede llevarse a cabo ese tipo de conexiones, al menos entre cerebros humanos, aunque sabemos mucho más sobre el funcionamiento de la mente de lo que se conocía en aquellos tiempos, y no cabe duda de que poder interconectar nuestros cerebros sería una técnica utilísima en muchos aspectos: el pilotaje de las grandes aeronaves, el control de ciertas máquinas, el trabajo en algunos campos de la investigación científica, y sorprende que, en una época en la que el cerebro era una gran incógnita en muchos aspectos, pudiera llegar a realizarse una conexión de ese tipo.

El caso es que el libro, la novela, si es que lo es, que encontró el arcantero, no aclara cómo pudo llevarse a cabo la operación, y abre un

interrogante más sobre el verdadero grado de conocimiento científico de nuestros antepasados, pero la puesta en contacto se ejecutó, pues lo sustantivo de lo que se cuenta en ese libro es, precisamente, el viaje que Celina y el profesor Souto realizan juntos, a partir de la conexión de sus cerebros.

Para poder seguir ese viaje sería preciso conocer los lugares que los viajeros recorren, pero eso ya no hay nadie en el mundo, creo yo, que pueda saberlo en su totalidad, ni siquiera aquel arcantero, pues los territorios y ciudades visitadas por ellos son espacios de aquellas ficciones llamadas novelas, que Celina y su compañero van atravesando en busca del despertar, muchas de ellas perdidas para siempre, con los libros donde se encontraban escritas.

La aventura comienza, pues, con esa conexión inexplicable, e inexplicada, de los cerebros de Celina y del profesor Souto. A partir de ahí, solo un lector de novelas, como los que había en la época en la que ese libro fue escrito e impreso, podría comprender en todo su alcance lo que va sucediendo. Celina, acoplada mentalmente al profesor Souto, consigue encontrarlo. Como ella se figuraba, el profesor está en el sanatorio de la montaña, no sé por qué llamada al parecer mágica, que es el espacio de la novela cuya lectura tanto le apasionaba en los últimos días. El profesor vive allí como uno más de los pacientes anónimos, y Celina lo descubre en el comedor, en una mesa cercana a otra en la que se sienta la hermosa mujer de rasgos orientales, que suele entrar dando un portazo, que tanto fascina al personaje central de la novela.

Celina habla con el profesor, le descubre el propósito de su llegada, pero comprende que el profesor está tan absorto en la vida del sanatorio que no la puede hacer caso. Pasan allí los días en las rutinas de las conversaciones, las comidas y los tratamientos. Cae la primera nevada y Celina propone al profesor Souto hacer una excursión, como pretexto para escapar de allí. Pasean por el exterior, pero tras un rato Celina comprende que la nieve que los rodea no cubre la montaña de aquella novela en la que el profesor se había abismado, sino la estepa de otro libro diferente, y que, además, transcurre en otra época.

Ambos cruzan la llanura en un trineo arrastrado por caballos. Arrecia la nevada, se convierte en una verdadera ventisca, anochece bruscamente, y una luz les señala una pequeña iglesia. En el interior hay una mujer con trazas de encontrarse en una espera desasosegada, pero unos pasos más adentro el lugar



ya no es una iglesia, sino uno de los hospedajes del camino que servían de escenario a las peripecias de aquel hombre que vio trastornado su juicio por la lectura de novelas. En aquel lugar permanecen bastante tiempo. El profesor Souto asiste, deslumbrado, a todo lo que allí sucede, la llegada de viajeros que dan ocasión a muchas novedades, la lectura en público de otras novelas, el relato de emocionantes experiencias, las sorprendentes conversaciones, mientras Celina mantiene su firme propósito de rescatarlo.

Celina sospechaba que no conseguiría despertar a su compañero si no lograba llevarlo a espacios relacionados con lo familiar o cotidiano de su vida. Mas quien disponía mentalmente los escenarios de su viaje no era todavía Celina, sino el propio profesor Souto.

El libro seguía contando que de aquel albergue de carretera pasaron con brusquedad a navegar en balsa por un enorme río, cercanos a otra balsa en la que viajaban un muchacho blanco y un hombre negro, y de aquel río, desbordado por una riada, pasaron a las aguas quietas de un canal en una ciudad de anocheceres interminables.

El haber llegado a una ciudad animó a Celina: aquel escenario urbano podía indicar ya un rumbo seguro. En la ciudad, en el calor del verano, conocieron a un estudiante de vida mísera que empeñaba su reloj de plata con una vieja prestamista. De aquella ciudad pasaron a otras. El sistema de viaje era una traslación automática, una especie de transferencia instantánea de moléculas entre dos campos de fuerza similares, como la que, desde hace tanto tiempo, están intentando inventar los científicos de nuestra época: Celina y el profesor Souto se encontraban en el escenario de un relato novelesco y, sin mayores explicaciones, al atravesar una puerta o cambiar de habitación, e incluso mientras recorrían una calle o un paraje, eran trasladados al escenario de otra.

Como digo, recordando lo que nos contó el arcantro, pasaron por varias ciudades, y al fin se encontraron en una novela que transcurría en la ciudad donde vivían ellos habitualmente, aunque un siglo antes. También vivía cerca de ellos un prestamista sin escrúpulos, entonces muy afectado por la enfermedad de su único hijo.

Según nos explicó el arcantro en el espaciopuerto, aquel libro que había encontrado en la colonia no contenía el único relato en el que aparecían como personajes Celina y el profesor Souto, y Celina hizo lo posible por convencer al profesor para que se trasladasen al escenario de otra de las historias en que

ambos estuviesen escritos, y propuso una en la que al profesor Souto lo confundían con una persona distinta, sin que él deshiciera el equívoco. El profesor no quería revivir aquella historia, pero al fin lo hizo, y se encontró, junto con Celina, dentro de ella, hablando de un libro académico que, al parecer, estaban preparando juntos.

Entonces Celina se llevó al profesor a casa, lo hizo sentarse en su sillón de costumbre y le pidió que despertase, y el profesor abrió los ojos en la cama de al lado del hospital y dijo que tenía mucha sed, mientras los médicos se felicitaban por el éxito de aquella estimulación mental llevada a cabo directamente desde otro cerebro.

«Ya lo ven», dijo el arcantero, «traslaciones instantáneas, viajes mentales simultáneos, interconexiones cerebrales. ¿Se imaginaban ustedes todo eso en aquellos tiempos?»

Yo le pedí el libro y me puse a descifrarlo con paciencia. Desde que hemos reducido los signos y utilizamos un lenguaje escrito tan conciso, ya no hay nadie que no se divierta utilizando solamente las ficciones virtuales, ya sea transmitidas por vía mental, en telecasco, ya sea en telebulto, o en telepared. Sin embargo, aquella vez, en Puertomarte, tuve tiempo de sobra para descubrir que allí dentro, en aquellas láminas, u hojas, cubiertas de signos innumerables, había también una especie de certeza virtual, las palabras y las oraciones concentraban imágenes capaces de adquirir volumen y presencia en la imaginación.

Entonces nació mi curiosidad por esos viejos objetos y por las palabras que guardan, y mi afición a leerlos. Con los años, he ido adquiriendo bastante habilidad en el desciframiento, y a veces me encuentro yo también viajando con la imaginación a lugares insólitos. Por ejemplo, el libro que estoy leyendo últimamente, que guardo en mi casa, pues el objeto es demasiado valioso como para llevarlo encima en estos viajes tan largos y complicados, tiene como escenario una playa en la que se enfrentan muchos guerreros en torno a una ciudad sitiada.

Y hay momentos, cuando me absorbo demasiado en la lectura, en los que me parece estar delante de un viejo y solemne narrador que me cuenta la antigua historia y, a la vez, entre los guerreros cubiertos de brillantes corazas que agitan sus lanzas, sus espadas, sus escudos, debajo del sol.

Una experiencia misteriosa, un viaje de verdad inexplicable.

## LA HISTORIETA DE SU VIDA

Mucho tiempo antes había tenido la idea de los calamares, o sepias, espaciales. No una trama, solo una idea, una imagen, gigantescos cefalópodos inteligentes, mitad orgánicos mitad pétreos, que vagaban en naves ovoides y podían resistir sin protección particular el vacío entre los astros. Como no se le ocurría otra idea diferente, la nueva historieta debería tener como personajes centrales a esos seres. Buscó los antiguos bocetos y reconoció los cuerpos alargados, suavemente geométricos, en los que la sugestión de la textura cartilaginosa de los calamares terrestres había sido transformada, mediante ciertos sombreados, en una apariencia algo geológica, que se hacía más pronunciada en el aspecto de los tentáculos, más o menos estalagmíticos.

El recuerdo de la vieja idea había vuelto a él al entrar en el despacho de Hache Be aquel lunes, acudiendo a su cita. Hache Be estaba de espaldas frente a la ventana, observando acaso su coche, estacionado en la calle. La cabeza un poco inclinada y su cuerpo alto y ancho, el esquema trapezoidal, lo claro de su traje, despertaron la evocación. «Es un calamar, un jodido calamar espacial» pensó, recobrando la memoria de aquellos esbozos. Hache Be se volvió y, sin preámbulos, quiso saber si había pensado en la nueva historieta. Él respondió que estaba dándole vueltas a una cosa y asumió la instantánea evocación de los calamares espaciales como un asunto realmente meditado.

–Una aventura espacial, con extraterrestres extraños –añadió.

–Pues que sea interesante –contestó Hache Be con sequedad, antes de decir que sería mucho mejor si en la historieta había algo de informática, «para ir preparando el terreno».

–Estoy dándole vueltas a una cosa, ya te digo –repitió él–. Espero tener algo que enseñarte dentro de pocos días.

Hache Be lo miraba fijamente. Apuntándole con un dedo como con un arma, disparó una advertencia: el siguiente número de la revista se cerraría el doce, como había dicho en la reunión, pues era necesario cambiar el ritmo de trabajo. Su voz se hizo imperiosa:

–El próximo número quiero que termines con las aventuras de ese supercapullo, me traes el episodio final. Y antes de que pasen quince días, tengo que ver el principio de lo nuevo y conocer el argumento. Si no me gusta, deberás buscar otro sitio para esas cosas tuyas, aunque sigas haciendo la

maqueta de la revista.

En la mirada de Hache Be no había nada de simpatía, sino esa inquisición altanera del superior que no concede ningún margen de confianza al inferior. Productor televisivo muy conocido años antes, hacía poco tiempo que se había hecho cargo de la revista, después de comprar la cabecera, y en aquella primera reunión ya les había dejado claros sus objetivos: multiplicar por cinco la difusión en tres o cuatro meses.

–Si funciona con la línea de ahora, eso de lo fantástico y el cómic, seguiremos en ello, aunque exijo más garra, más *best sellers*, más entrevistas a famosos. Si no, la replantearé completamente y haré una revista dedicada a las nuevas tecnologías, a lo cibernético, a lo virtual. En cualquier caso, lo cibernético tiene que empezar a ocupar un sitio importante. Y aquí tendrá que haber algunos reajustes.

A él le había dado la puntilla en la misma reunión:

–Por cierto, la historieta, o cómic, o como lo llaméis, de ese superhéroe que no da ni una, será muy graciosa para vosotros, pero tiene que terminar ya, en el próximo número. Para el siguiente necesito ver algo nuevo, que tenga más garra. Y si tampoco me gusta, pues habrá que ir pensando en suprimir la sección.

Hache Be se había ido nada más terminar la reunión, como para propiciar los comentarios y el desasosiego de todos. Allí quedaba el equipo, bastante desconcertado. Inma, la jefa de redacción, hablaba muy rápido, con los ojos un poco desorbitados, ella creía que Hache Be quería cargarse la revista, pensaba que deberían ir haciendo las maletas. Melecio, el Redactor Universal, como él mismo se proclamaba, aparentaba estar más sereno, aunque fumaba su cigarrillo entre ansiosas caladas:

–Si la ha comprado, no será para perder el dinero, mujer. Vamos a ver qué pasa. Para empezar, sus contactos nos van a traer publicidad, y esa es la base para poder mantenernos.

–Pasar de la ciencia ficción, el cómic y los cuentos fantásticos a eso del ciberespacio es acabar con la revista. Además, yo de eso no sé nada –repuso Inma.

Él no hablaba, porque había sido el más afectado por las palabras del nuevo director-propietario y aún no era capaz de reaccionar. Llevaba tres años publicando cada mes en la revista las aventuras de *Super Ávit*, dos páginas, y se había acomodado tanto a la facilidad de su desarrollo que no podía

imaginarse otra cosa. Aquella historieta, otra de carácter infantil que le vendía a una agencia, un chiste semanal para una cadena de periódicos de provincias y otra maqueta que preparaba para el boletín de una mutualidad de funcionarios, le permitían ir tirando, aunque con una administración muy estricta de los ingresos. Por eso sentía, como la inminencia de una catástrofe, cualquier amenaza a la integridad de sus entradas monetarias mensuales. Sin embargo, lo que más le había desazonado fue la reacción de Alicia: dijo que a ella el tal Hache Be le había caído muy bien, le había parecido un hombre que sabía lo que quería, con ideas, con energía, dinámico, resolutivo, y no como el pobre Telmo, cada día más indeciso, más débil, que así había acabado.

—Seguro que a peor no podemos ir —concluyó.

Aquellas palabras de Alicia le dolieron, porque intuía que anunciaban un cambio importante. Hasta entonces iba teniendo con ella cierta amistosa familiaridad, una comunicación cada día más calurosa y cercana, habían salido un par de tardes a tomar unas copas, habían ido juntos al cine. Alicia convalecía de una relación amorosa desdichada y él sabía que aún era pronto para intentar mayores aproximaciones, pero estaba seguro de que el tiempo le favorecía, y hasta pensaba proponerle hacer un viaje juntos en el verano, durante las vacaciones.

Que el tal Hache Be había impresionado a Alicia quedó claro enseguida, porque ella cumplía sus labores con un entusiasmo inédito, con una entrega evidente, y a veces hasta bajaba al bar para subirle un café a media mañana, lo que jamás había hecho en la época de Telmo. Cuando se cerró el número que publicaba el brusco final de las aventuras de *Super Ávit*, Hache Be y Alicia empezaban a marcharse juntos al terminar la jornada, y era evidente que entre el nuevo director-propietario de la revista y la secretaria de redacción empezaba a haber una amistad especial. La tarde que apareció el nuevo número, en el que *Super Ávit* concluía sus aventuras tan abrupta como chapuceramente, los vio besarse en la boca.

Para entonces él ya estaba muy metido con el primer episodio de la nueva historieta, y Alicia, que había dejado de aceptar sus invitaciones a salir con pretextos poco convincentes, era solo una ligera desgarradura en su corazón. Las amenazas de cambiar el contenido de la revista y las sugerencias de Hache Be le habían hecho imaginar una trama muy simple y la redactó en una pequeña sinopsis a la que el otro dio su displicente conformidad: una estación espacial colocada en la órbita de Saturno deja de enviar información

a la Tierra, y una patrulla de investigación descubre que todos los programas informáticos han sido borrados, y encuentra a los habitantes de la estación muertos, con aspecto terrorífico, los ojos desencajados y muecas espantosas en sus rostros. Solo ha sobrevivido, en una pequeña cápsula estanca situada en el almacén de mineral, una doctora, que tiene registrada en el ordenador de su ropa de faena la terrible llegada de un ser gigantesco, como un monstruoso calamar, que se había colocado sobre la estación, causando la destrucción de todos los sistemas informáticos, el enloquecimiento de la gente y enseguida su muerte por asfixia, al fallar la generación de aire. La patrulla, tras rescatar a la doctora, decide buscar al extraño atacante y por fin descubre el gran huevo que transporta a los enormes seres en forma de calamar.

Mientras dibujaba a la doctora recuperada con vida, Cila, se le ocurrió ponerle la boca de Alicia, y por fin hacer un retrato de ella en todos sus rasgos, cubierta por esa vestimenta ajustada que se supone ropa del espacio y que hacía su cuerpo aún más atrayente. El parecido de Cila con Alicia le hizo atreverse a imaginar sus propios rasgos en el rostro de Jero, el director de la patrulla de investigación, y el rostro de Alicia y el suyo propio fueron cobrando certeza a través de varias viñetas en las que la pareja dialogaba, o aseguraba las rutinas de la navegación. También en la imagen de los ominosos calamares puso su visión metafórica de la figura de Hache Be: gran cuerpo amenazante, aire prepotente, huraño, cierta asimetría entre la parte superior y los apéndices tentaculares que sugerían una deformidad sustancial.

El diseño y sucesivo desarrollo de aquellas figuras principales le entusiasmó como nada lo había hecho antes. Dedicaba muchas horas a perfeccionar las viñetas y a tomar anotaciones para el guión. Como si se le fuese revelando desde una fuente misteriosa, imaginó con facilidad que aquellos seres con aspecto de gigantesco calamar, que podían nadar en el espacio, consumían, como una forma de energía, la memoria de los ordenadores y la memoria de los seres humanos. Signos y símbolos, contraseñas genéticas, señales de cualquier naturaleza, eran fuente alimentaria importante para aquellos seres, que conseguían agotar los depósitos que los contuviesen y con ello desactivar o aniquilar a sus portadores.

Desde tal idea, hizo que los miembros de la patrulla fuesen deduciéndolo por medio de algunas pistas. Que la doctora Cila y su equipo informático individual hubiesen quedado incólumes les había llevado a estudiar el mineral que se encontraba depositado en aquellos almacenes bajo los que ella estaba

trabajando en el momento del ataque, un mineral de poca dureza, parecido a la galena pero desconocido en la Tierra, al que llamaron Calion, hasta descubrir que aquel mineral podía servir como capa protectora ante la acción de los monstruosos extraterrestres.

La elaboración de la historieta se convirtió pues en el centro de sus actividades. Mucho antes de que se cerrase el número donde debía aparecer el primer episodio, había preparado casi dos episodios más, tres páginas dobles que iba desplegando una tras otra sobre su mesa de trabajo y que fulguraban en su viejo y desvencijado apartamento más allá de la blancura del papel. Aquellas viñetas de las que era autor ofrecían una vigorosa belleza en los dibujos y composiciones; así, su historieta, un secreto que solo él conocía, le hacía sentirse cargado de seguridad y de firmeza.

En la primera reunión de redacción para preparar el número que iba a iniciar la nueva etapa bajo la dirección de Hache Be, se encontraba tan convencido del valor de la historieta que lo esperaba en su casa que, como una provocación burlona, se permitió algunos juicios sarcásticos sobre ciertas entrevistas con gente famosa del mundo político que el jefe proponía. Aquellos comentarios, ante los que de ordinario Hache Be habría reaccionado con malhumor y exabruptos, fueron recibidos solo con una repentina mirada huraña. Más adelante, Hache Be respondió indirectamente a sus sarcasmos, informando de que ya tenían cinco páginas de publicidad. Añadió que, si conseguía siete, el cómic no se incluiría, pero casi sin mirarle, de un modo menos frontal de lo que era su costumbre. Sin embargo, él no sintió ninguna desazón, lo que le sorprendió, como le sorprendió que no le desasosegase tampoco el saludo muy afectuoso de Alicia, cuando salían, y sus extrañas palabras:

–Ya no me llamas nunca, con lo bien que lo pasamos aquellas veces.

Estaba tan ensimismado en la historieta, que todo lo demás le parecía accesorio, banal: aquel Hache Be que iba a cargarse la memoria de la revista no podía compararse con sus grandes devoradores espaciales, ni la dengosa, un poco cursi Alicia, tenía equiparación posible con la doctora Cila, de labios frutales y ojos incandescentes.

La semana antes del cierre, uno de los grandes calamares espaciales había llegado en avanzadilla hasta el planeta Tierra. La patrulla de exploración, convertida en el equipo de especialistas más avezado del sistema solar sobre la condición del intruso, estaba ya pertrechada con armaduras de

Calion. El inmenso ser calamaresco, que descendió sobre Madrid, causó estragos en muchas partes del centro: destruyó los registros de los ministerios que tenían su sede cerca de la Gran Vía y Alcalá y la memoria de casi todos los funcionarios, causó daños irreparables, tanto técnicos como humanos, vaciando archivos cibernéticos y cerebros, en la Real Academia Española, paralizó los transportes, los bancos y los grandes almacenes, hasta que se detuvo encima de la Biblioteca Nacional, sin duda atraído por el enorme cúmulo de signos que allí se almacenaban.

La idea de enfrentar los libros a los calamares gigantes se le había ocurrido por casualidad, observando, al pasar, el escaparate de la librería Fuentetaja, que quedaba cerca de su casa. «Los libros son memoria», pensó, «memoria conservada en forma de palabras escritas».

Aquel mismo día, mientras perfilaba una viñeta en la que Jero, ya ascendido a Director General del Proyecto Europeo de Defensa Espacial – PEDE–, abrazaba con fuerza a la doctora Cila y besaba sus sabrosos labios antes de que ambos despegasen para un vuelo de reconocimiento en torno al intruso, recibió una llamada telefónica de Telmo, el antiguo director de la revista.

Al principio se sintió incómodo, los cambios en la revista, su ansiedad ante el futuro, su obsesión con la historieta, le habían hecho casi olvidar al antiguo compañero y amigo, aunque había utilizado su rostro para caracterizar a uno de los miembros más activos de la patrulla. Pero Telmo no le llamaba para buscar el consuelo de la amistad. Le explicó brevemente que estaba incorporado a la sección de cultura de un periódico de difusión nacional, y que también colaboraba en la publicación que acompañaba al periódico cada domingo.

–¿Cómo va eso? ¿Ese tipo ha conseguido acabar ya con la revista?

–Bueno, quiere hacer una cosa de cibernética y realidad virtual.

Telmo se echó a reír. Habló luego con tono seguro y alegre, para decirle que tenía dos cosas que le iban a interesar:

–Primero, necesitan ahora mismo alguien con experiencia en el equipo de diseño y arte. Segundo, quieren meter un cómic en el suplemento dominical.

Aquella misma tarde fue a visitar a Telmo al periódico, llevando una carpeta con lo que había hecho sobre los calamares espaciales, *Los devoradores de memoria*. Lo que hasta entonces había realizado de la historieta gustó mucho, y alguien quiso saber cómo continuaba.



–Esos bichos encuentran en los libros una trampa, porque no pueden hacer desaparecer los signos. Leen y leen, archivan en sus registros, no sé si alimentarios, energéticos, todo aquello, pero las páginas siguen impresas, no pueden consumirse físicamente, y ellos no pueden dejar de leer. Bueno, estoy dándole vueltas, creo que los calamares van a buscar las bibliotecas del mundo y que van a intentar vaciarlas de los signos impresos, pero que en esa empresa imposible acabarán quedando ellos mismos inmovilizados para siempre. Con el tiempo, encima de cada gran biblioteca de la tierra va a permanecer flotando la figura inerte y absorta de uno de esos calamares, como un monumento.

En el equipo de diseño y arte fue bien recibido, e incluso encontró a una antigua compañera de estudios de la que había estado enamorado. Lo que iba a ganar era mucho más que todo lo que ganaba en sus otros trabajos, y cuando regresó a su casa se consideraba un hombre afortunado.

Al día siguiente, antes de la reunión de cierre, habló con Hache Be para decirle que aquel era el último número que componía, y advirtió en la mirada del director-propietario lo que le pareció una sombra preocupada.

–¿Es por lo que te pago? Si es por eso, puedo subirte el sueldo, es cuestión de hablarlo.

Él respondió que no, que le había salido una cosa más interesante y que no tendría tiempo. La actitud de Hache Be ya había dejado de ser altanera y hasta se teñía de cierta camaradería.

–Venga, hombre, esto de aquí lo resuelves tú en un par de mañanas. Si es preciso, te dejo que lo hagas en el ordenador, desde tu casa. Al fin y al cabo, llevas aquí muchos años, eres parte de la revista, un veterano.

No quiso discutir y prometió que lo pensaría. Luego, en la reunión de cierre, cuando Hache Be le pidió el cómic, dijo que no lo iba a publicar allí. En la actitud de Hache Be, el desconcierto tenía también algo de consternación.

–Pero ¿se puede saber por qué? ¡Ya estaba previsto, y señaladas las páginas!

–Me pareció muy probable que consigueses esas otras dos de publicidad que decías.

–¡Claro que las he conseguido! ¡Pero tu cómic es fundamental, es uno de los ganchos de la revista, no puedes hacerme esto!

El resto de la redacción miraba con sorpresa a aquel Hache Be inédito,

suplicante, y luego con estupefacción al antiguo maquetista, que les anunció que no solo no iba a publicar la historieta, sino que era muy probable que dejase de componer los números de la revista. Hache Be quedó un rato en silencio, con aspecto de calamar espacial desactivado. La reunión terminó enseguida y él prometió que se cuidaría de todo hasta que el número quedase cerrado definitivamente. Al salir, Alicia vino a su encuentro y volvió a recordarle, zalamera, que nunca la llamaba:

–¿Qué tengo que hacer para que te acuerdes de mí?

Él le preguntó si ya no salía con Hache Be.

–Es un hombre de muchas chicas –balbuceó ella.

Era evidente que lo directo de la pregunta la había desazonado. La doctora Cila jamás pondría esa mueca de víctima ingenua. De viajar con alguien en el verano, viajaría con la doctora Cila, iría a contemplar los cráteres de la Luna, los crepúsculos de Marte, las tormentas carbónicas de Venus.

–Adiós, Alicia, que te vaya bien –dijo al fin, aceptando un beso en la mejilla sin demasiado entusiasmo.

El éxito de *Los devoradores de memoria* se reflejó en las numerosas cartas de lectores que su publicación iba suscitando. Las cosas le fueron muy bien, y cuando acabó la aventura de los calamares espaciales la pareja constituida por Jero y Cila continuó viva en otras historietas. Él siempre decía, al recordar aquella, que había sido la historieta de su vida.

## EN LA ISLA DE MORÓ

*Para Carmen Norverto, naturalmente*

Mi nombre es Liliana Bolaños, doctora en biogenética por el Instituto Bio-Zoo del Estado de León. En los tiempos que corren, que una persona tan reconocida y respetada en su trabajo como yo lo he sido haya abandonado los laboratorios para marcharse a los secarrales, a los páramos, a las montañas, que me dedique a la polinización al aire libre, con la colmena de electrabejas a la espalda, es al parecer muy sospechoso, y sin duda por eso me encuentro imputada en la muerte del empresario Moró.

Esta declaración expondrá los sucesos tal como yo los presencié y viví, y dejará claro que al empresario Moró lo mató uno de sus robots secretarios, y que el mismo robot se destruyó a sí mismo, con los laboratorios y los archivos del difunto.

Ahora se han puesto de moda, sobre todo destinadas a los niños, telistorias que sitúan sus tramas en el siglo 22, cuando tuvo importancia cierta ética caballeresca y los robots eran fieles escuderos de sus amos héroes. Como sabe cualquier persona culta, entonces los robots estaban programados con los tres principios, o pautas, o normas de Doc Asimov: primera, no dañar a ningún ser humano ni permitir que ellos se dañasen a sí mismos; segunda, obedecer a los seres humanos, salvo que sus órdenes fuesen contradictorias con la norma primera; tercera, proteger la propia existencia, excepto cuando ello se opusiese a la primera y segunda normas. Todavía se encuentran antiguos modelos en los museos que responden a ese programa, y por eso les resultan tan simpáticos a los niños y son tan apropiados como personajes secundarios de esos auvis de aventuras de siglos pasados. Pero las ideas del Liberalismo Total predominantes acabaron proscribiendo tal programación, con el pretexto de que la responsabilidad de la tenencia de un robot debe atribuirse exclusivamente a su dueño. Estoy segura de que, si ese robot que mató al empresario Moró perteneciese a aquellas primeras generaciones, yo no me hubiera visto enredada en este asunto.

Para mí, estas complicaciones lamentables comenzaron el día en que mi agente se puso en contacto conmigo para anunciarme que el empresario Moró reclamaba mi colaboración durante dos semanas para un asunto importante. En la voz y en los gestos de mi agente había habido desde que comenzó la conexión un interés fuera de lo ordinario, y pareció crisparse un poco cuando me eché a reír al oír el destino: los mares del sur. Le pregunté si se había vuelto loca, que qué se me había perdido a mí en los mares del sur, e insistió en recordarme quién era Moró, una de las mayores fortunas del sistema solar, y repetía una y otra vez la cantidad de créditos, efectivamente muy abultada, que nos iban a pagar por mi trabajo, un asesoramiento, un sencillo dictamen.

Pero yo opinaba que, me pagasen lo que me pagasen, a mí lo que me gusta de verdad es lo que hago desde que dejé los laboratorios, hace ya más de diez años: el aire libre continental, secarrales o montes, dehesas o vegas, esa soledad de la naturaleza, lejos de las ciudades con su bruma sucia y sus olores a agua putrefacta. No cambio por nada el silencio de los páramos, el susurro de las ramas en los árboles, cuando los hay, el color y forma de las flores y los matorrales, la contemplación del vuelo de los insectos y de los pájaros. Además, aborrezco los aeroviajes, y los mares del sur son para mí el fin del mundo.

Ella me aseguró que me transportarían en nave de lujo y clase especial, que estaría allí en ocho horas, y como continué negándome, acabó por suplicar, hablaba casi llorando, no puedes hacerme eso, repetía, rechazar ese montón de créditos por un trabajo que no te va a llevar más de dos semanas, viviendo en una residencia de multimillonario, y tanta era su insistencia, que la idea de los muchos créditos que iba a ganar se fue convirtiendo en mi imaginación en cosas sólidas, tangibles, la reforma del almacén de mis insectos, una aeromoto de último modelo, un viaje, acaso tan comfortable como el que mi agente me prometía, para contrastar experiencias con los polinizadores que están empezando a trabajar en las tierras árticas.

Acepté por fin. Me transportaron en una nave de lujo, y las horas del trayecto fueron un reposo magnífico en un lugar refinado, muy lejos de esos paquetes en los que, para viajes tan largos, y mucho más lentos, son envueltos, almacenados unos sobre otros, con máscara respiratoria y la sedación suficiente, los pasajeros de las naves ordinarias.

La vivienda del empresario Moró en los mares del sur es lo que se conoce por un robinsonario, una de esas islas a donde se retiran los más

poderosos de la tierra para disfrutar de una soledad de paraíso, una isla que, vista desde el aire, parece de otro tiempo: hasta la rodea un atolón blanco, reproducción exacta de los que existían antes de la Gran Marea del siglo veintidós. Una arena también blanca se ciñe al denso arbolado, y en el centro destaca la vivienda, que en su forma exterior y visible recuerda los vistosos edificios de los antiguos nativos.

Desde el aeropuerto de la isla mayor del archipiélago me había transportado hasta allí una nave particular de Moró, y en la pista de aterrizaje de la isla me recibió un robot, al parecer su segundo secretario, un espécimen de último diseño, una de esas máquinas ya no exactamente androides pero con los rasgos y los miembros humanos estilizados, armoniosos, y un asombroso cuerpo andrógino carmín mate.

Por lo que pude conocer, Moró vivía totalmente solo en la isla, servido por muchos robots, y tenía dos asistentes directos en los asuntos industriales, financieros, contables y de investigación, aquel segundo secretario que me recibió y un primer secretario que era muy parecido al otro en todos sus rasgos, aunque de color verde. En algún momento de mi estancia descubrí en las terrazas de la parte trasera de la enorme vivienda ciertas figuras femeninas de diferentes etnias, pero sus cuerpos y sus rasgos eran tan perfectos, y sus adornos corporales tan ricos –plumas o hilos de oro en lugar de cabellos, incrustaciones de diamantes en algunos lugares de la piel, pezones dorados– que estuve segura de que también se trataba de esas maquinas de compañía tan valoradas, como luego se confirmó. De modo que los únicos seres humanos en la isla éramos Moró y yo.

Moró era un hombre muy arrogante. Me recibió al día siguiente de mi llegada, muy temprano, y en sus ojos no había ninguna cordialidad, solo la pura evaluación de mi aspecto, acaso preguntándose si yo valdría tanto como le habían informado. Le dije, por pura cortesía, que vivía en un lugar muy confortable, y repuso, con sequedad que tenía también un tono ejemplarizante, que no estábamos allí para apreciar el paraje, sino para trabajar.

Me llevó directamente a sus laboratorios, en un subterráneo cercano a la playa, y cuando nos encontramos entre las máquinas brillantes de suave zumbido y los robots auxiliares pareció humanizarse un poco, y me dijo que, a pesar de todo, siempre habría tiempo para que pudiese darme algún baño en el mar. Luego me llevó a su despacho y, sin que ni Verde ni Carmín nos abandonasen, me explicó su proyecto.

Yo no podía imaginarme que Moró estuviese trabajando en crear una nueva especie de árboles resistentes a la sequía pero en los que la fotosíntesis redujese extraordinariamente la producción de oxígeno, nada menos. Le dije que, tal como estaban las cosas en el planeta, comprendía que se intentase fijar una especie arbórea que necesitase muy poca agua para sobrevivir, pero que no comprendía el objetivo de que se redujese la producción de oxígeno, cuando además estamos viviendo una época en la que, por la extinción del plancton y la desertización, el oxígeno se está enrareciendo de modo tan rápido.

Entonces me miró con cierto enfado y repuso que había una industria del oxígeno, y que la investigación en nuevos modos de paliar naturalmente su escasez debían partir de la aceptación de tal industria como uno de los equipamientos fundamentales del planeta.

Yo sabía que las empresas de Moró son las más importantes productoras de oxígeno en la tierra a partir de la descomposición gaseosa del agua del mar, igual que controlan la mayor parte del agua marina depurada para usos agrícolas que se consume en el mundo, pero el esfuerzo de investigar en producción de oxígeno natural partiendo de tales restricciones me pareció asombrosamente cicatero con el medio ambiente, y así se lo dije.

Mi crítica era tan dura que creo que el propio exceso le resultó divertido a Moró, y se puso a explicarme, con aire pacienzudo, su visión de las cosas en ese campo.

Para empezar, Moró parecía sinceramente convencido de que todos los problemas del ecosistema planetario son motores de progreso. Gracias a la escasez del agua dulce de ríos y manantiales, ha habido que controlar toda la producción desde el poder federal, concediendo a las empresas privadas el derecho de explotación que, aparte de constituir uno de los negocios más firmes y productivos del planeta, ha permitido economizar al máximo en el consumo, ha creado numerosos puestos de trabajo y ha hecho avanzar la industria en muchísimos aspectos. Lo mismo ha sucedido con el aumento del nivel del mar, que ha permitido el desarrollo de la construcción para formar las nuevas capitales que sustituyen a las sumergidas, fomentando un importantísimo juego financiero en cuanto a los valores de los nuevos terrenos, y una expansión de la construcción inédita en la historia del planeta.

«Toda catástrofe es anuncio de negocio, Liliana», me dijo, llamándome por mi nombre «y los empresarios verdaderos, como yo lo soy, estamos aquí

para convertir los supuestos desastres naturales en fuentes de riqueza, trabajo y progreso. Si no hubiese un desastre ecológico global habría que inventarlo, para seguir creciendo económicamente», añadió, con un humor que a mí no me hizo nada de gracia.

«Fíjese en la cantidad de playas artificiales que se han creado en el mundo para sustituir a las que el mar arrasó, y cuánto volumen de dinero y negocio ha traído consigo y trae todo eso. Los ecólatras, y no digamos los malditos ecoterros, pregonan continuamente el fin el planeta, pero son unos estúpidos, que no comprenden que no solo todo tiene solución técnica, sino que cada problema natural planetario, es una fuente segura de generación de dinero y empleo. Lo ha sido la creación de nuevas especies para la alimentación, piense en los famosos lubines. En cuanto a la producción de oxígeno para paliar la escasez de aire natural, a partir del agua marina, una fuente prácticamente inagotable, es un extraordinario negocio en marcha, y otro negocio de inimaginables alcances lo será la repoblación forestal de los desiertos con especies perfectamente adecuadas, pero hay que procurar que ambos negocios sean complementarios, que no compitan entre sí.»

El testimonio de Verde dice que yo repliqué muy airadamente a esas declaraciones de Moró. Yo soy solo una polinizadora que anda por lo que queda de los espacios naturales con una colmena artificial a cuestas, pero cuando era jefa del laboratorio biológico más importante de Europa tampoco entendía esas razones de los empresarios, y creo que sus especulaciones se miden en un plazo que no puede compararse con los plazos planetarios, y que muchos de los daños que se han causado al medio ambiente son irreparables, y pueden acabar terminando con todas las especies vivas tal como ahora las conocemos, incluida la nuestra, por muchos beneficios económicos que produzcan las soluciones industriales de los desastres a corto plazo.

No sé si estuve muy airada, pero eso no puede presuponer que en mí naciesen ideas homicidas.

El caso es que me incorporé al laboratorio y me puse a trabajar, y que en los días siguientes pude comprender que la investigación que había financiado Moró en su proyecto de conseguir una fotosíntesis «de baja oxigenación», como él decía, había avanzado muy poco, que necesitaría una investigación mucho más compleja y, según mis primeras impresiones, carísima.

Mientras tanto, había empezado a tener relación cotidiana con Carmín. Hablaba con voz muy dulce, y muchas veces yo le oía mientras trabajaba y me

olvidaba de que era un robot. Moró me lo había adjudicado como compañero permanente porque tenía bastante formación en materias genéticas, pero también era quien se ocupaba de controlar ciertas empresas de Moró, y no tardé en descubrir que, pese a su condición de robot –claro que yo nunca había conocido robots de generaciones tan avanzadas como la suya– expresaba a veces quejas contra su amo, precisamente por la supuesta falta de rigor con que se embarcaba en negocios de mucho riesgo que podían afectar gravemente a los balances y a la cuenta de resultados de las empresas que Carmín administraba.

Al parecer, Moró había dividido la administración y control de sus negocios entre Verde y Carmín, pero así como a Verde le correspondían las empresas florecientes, de continuos beneficios y permanente pujanza, Carmín debía hacerse cargo de las empresas raras, oscuras, las que se veían de repente vaciadas de su patrimonio, las que continuamente quebraban por maniobras que permitían enriquecerse más a las de Verde. Las de Carmín pagaban los seguros de las otras, sus costosas campañas de publicidad, los sobresueldos de sus ejecutivos.

Lo sorprendente de aquellas quejas es que no expresaban sentimientos humanos, sino lo que pudiéramos llamar advertencias sistemáticas de una máquina que no se siente bien utilizada. Carmín mostraba la protesta del buen contable que ve perderse sus empresas por una administración ineficaz o interesada en perjudicarlas para beneficiar a otras. Yo le oí varias veces quejarse ante Moró, pero este se echaba a reír y le decía que no pensase en esas cosas o se acabaría convirtiendo en humano, pues menuda suerte tener solo una cabeza de robot, exclamaba. Déjame a mí los negocios y ocúpate solo de las cuentas, añadía, y Carmín respondía siempre: a mí me han programado para no tolerar irregularidades, y aquí hay demasiadas.

Al final de la primera semana de mi estancia en la isla de Moró, asistí en el laboratorio a una gran polémica entre Moró y Carmín. Al parecer, una nave que transportaba ferrulio desde Marte había sido destruida por un atentado sobre Puerto Maragatos. La noticia había traído a Moró una euforia bastante paradójica, si tenemos en cuenta que la nave era de una de las empresas que gestionaba Verde, y que el seguro le correspondía pagarlo a una de las aseguradoras administradas por Carmín.

Aunque yo no me enteré demasiado del negocio que había detrás de todo aquello, el robot aplicaba a sus argumentos la implacable lógica de las



máquinas, lo que le daba una pasión no humana pero violenta, marcada por lo que podría calificarse como furia cibernética, algo que no tiene nada que ver con el tono ni con el volumen de la voz, sino con una especie de vibración dentro de la regular apacibilidad del discurso. La controversia llegó a un momento de tanta tensión, que Moró advirtió a Carmín que, si continuaba con esa actitud, ordenaría que lo desactivasen.

De manera que había una situación de fuerte tirantez entre el empresario Moró y su segundo secretario robot, y si los laboratorios no hubiesen sido destruidos, con todo lo que contenían, los registros auvis mostrarían claramente la mala relación entre aquella máquina y su amo.

El argumento de que yo debía aborrecer a Moró es una especulación sin fundamento. Claro que los empresarios como él no me resultan nada simpáticos, y es cierto que abandoné en su día los laboratorios y mi profesión para no tener que trabajar para gente de su clase, en una ciencia al servicio de la depredación de los despojos de este pobre planeta. Pero juzgar a partir de eso que yo estuve implicada en la muerte de Moró, a quien yo ni siquiera conocía antes de aquellos días, es calumniarme gravemente.

Mas voy a continuar mi declaración. A mediados de la segunda semana, mi análisis del proyecto me hizo estar segura de que su viabilidad sólo se podía asegurar por medio de fortísimas inversiones, para conseguir estabilizar y mantener los nuevos diseños genéticos requeridos. Como tenía a Carmín siempre a mi lado, en calidad de ayudante, así se lo dije, e incluso le confesé que dudaba de que aquella nueva especie de árboles tuviese alguna rentabilidad, si es que llegaba a existir, considerando que el escaso oxígeno que se pretendía producir con ellos iba a resultar bastante caro, en relación con el agua que los árboles iban a necesitar, por poca que fuese. El robot no dijo nada, porque una de las características de estas máquinas es su impasibilidad, y cuando tuve preparado mi dictamen, el viernes de la segunda semana, me acompañó en mi comparecencia ante Moró.

A Moró no pareció preocuparle nada de lo que yo exponía en mi informe. Es más, casi sonreía, como si le hiciese feliz aquella inversión gigantesca para conseguir un producto cuyo éxito parecía bastante dudoso. Grabó mi informe y le dijo a Carmín que se preparase para financiar el proyecto. Entonces Carmín repuso que la situación financiera de las empresas que administraba no lo permitía, y que no se haría cargo del asunto. Moró se levantó y vino junto al robot, y su habitual mirada arrogante reflejaba una profunda ira. Agarró al

robot con los dos brazos y se puso a zarandearlo, y en la cabeza de Carmín se encendió esa lucecita roja que anuncia que una máquina no está siendo bien manipulada.

No puedo describir cómo se produjo exactamente la agresión, pero ví uno de los brazos del robot alzarse súbitamente y golpear en medio de la cabeza de Moró. No puedo decir tampoco que fuese un golpe violentísimo, o al menos a mí no me lo pareció, la mano afilada del robot no llevaba una velocidad excesiva, pero sonó un ruido seco, evidente, de huesos rotos, y creo que solo la piel del cráneo impidió que la masa encefálica de Moró se desparramase. Moró cayó fulminado sobre la mesa, sin una gota de sangre.

Me quedé inmóvil, conmocionada por lo que acababa de presenciar. En ese momento los registros, que debieron transmitir la agresión, hicieron sonar las alarmas. El robot me agarró con fuerza de un brazo, me obligó a salir del laboratorio y me aconsejó que me alejase, con su dulce voz. Cuando llegaron Verde y los robots de vigilancia, las puertas del laboratorio estaban cerradas. Y yo me encontraba ya ante la puerta de la residencia, cuando la enorme explosión destruyó el laboratorio y anuló los registros.

No he tenido nada que ver en la muerte del empresario Moró, y mi agente no sólo ha interpuesto reclamación para que se me paguen los honorarios que por mi dictamen se me deben, de acuerdo con lo prometido, sino una indemnización suficiente para reparar el daño que ha sufrido mi buen nombre como consecuencia de estos sucesos tan violentos y tan desagradables para mí.

## POCA CABEZA

A la gente como yo nos van estos empleos, cosas fáciles de hacer, conducir un aeromóvil sobre los secarrales durante muchos días, apretar el sensor rojo de los registros ante las pantallas de las unidades de control, nada complicado, además la gente que no es como yo, la gente como usted, por ejemplo, no puede estar fuera de casa tanto tiempo, tiene familia, sus trabajos requieren mucha cabeza. Me lo decía mi Estudioso, y luego los doctores, no le des vueltas, Lauro, pues ya sabe que yo me llamo Lauro, lo tuyo no es ser astronauta, ni investigador, ni guardián del agua, ni siquiera agente de seguros, la gente como tú, con tu cabeza, tiene que dedicarse a cosas muy sencillas, siempre las mismas, fáciles de recordar y de hacer, que no requieran pensar mucho. Soldado raso, o vigilante de nivel cero. Me gustó más lo segundo.

Así que la gente como yo tiene este tipo de empleos, ya sabe usted, andar mucho tiempo por los secarrales, el aeromóvil se orienta solo siguiendo el rumbo de las unidades de control, sin parar, para repasar la red cada cincuenta días, y luego ir al centro local a llevar los resultados. Cuando llego se ríen, dicen cosas que no entiendo, ya está aquí Lauro con los registros, como no coincidan con los del ordenador se va a armar una, ¿verdad? pero en algo tenemos que entretenernos, Lauro, valiente, ¿verdad?

Claro que hay que saber estar solo, pero la gente como yo parece que eso lo tiene más fácil, al menos eso dicen ustedes, los doctores, y además yo no estoy tan solo como se puede pensar, yo me entretengo imaginando cosas, observo correr un bicho, encuentro una colocación curiosa en varias piedras, la forma de un ramaje me recuerda una figura fantástica. Nunca llevo el telecasco, porque es cierto que me confunde, no soy capaz de entender muy bien lo que cuentan los locutores, me equivoco enseguida con los personajes de las ficciones, hasta con el fútbol me hago un lío, al cabo de un rato ya no sé cuál es el equipo que va ganando, ni qué pasa con el balón, me resulta confuso ver un simple partido de tenis, no le digo más, de manera que para mí la tele no existe, aunque todo el mundo ande continuamente con sus telecascos y sus coronitas puestas, yo soy en eso un caso raro, pero no me aburro, no me siento solo, al ver los montes lejos me imagino que son animales tumbados, las viejas carreteras me parece que hacen dibujos sobre el secarral, caras, cuerpos, a lo mejor hay un grupo de arbustos y parece una boca.

Además no estoy tan solo, me reúno, no sé si decir me reunía, con gente de vez en cuando.

Una tarde cada mes, en ese almacén subterráneo se congrega un grupo de gente. Sus turnos de guardia y relevo, los plazos de vencimiento de sus trabajos, venían a cumplirse en fechas cercanas, pero todos han hecho lo posible para que el día sea el mismo, y en la tarde de ese día, el último del mes, llegan al almacén –un espacio bastante pequeño, atiborrado de repuestos de todo tipo– para charlar un poco, lamentando siempre que no haya un bareto lo suficientemente cerca de la zona como para que las reuniones pudiesen remojarse con algo más que la birra que la gente trae en sus propios macutos. Yo no puedo beber nada que tenga estimulantes, claro, solamente agua, pero no les parece, o al menos no les parecía mal mi presencia, y aunque todos tienen más cabeza que yo, y trabajos mucho más complicados, siempre me trataron bien, sin reírse ni hacer comentarios sobre mí de esos que no entiendo.

En aquella reunión todos se quitaban o desconectaban los telecascos, las coronitas. Era como si descansasen de entretenerse, a ver si me entiende. Y fíjese que son capaces de hacer su trabajo sin desconectarlos, de estar cumpliendo lo que deben sin perder de vista la serie o el noticiario, cómo voy a tener yo cabeza para eso. Pero en aquella reunión se quedaban como yo estoy siempre, sin tele, y yo creo que se relajaban, era como una vacación, una fiesta.

Cada dos meses también concurría yo. Había descubierto aquellas reuniones casualmente, y para mí eran la manera de relacionarme con gente, personas hechas a la vida al aire libre, un poco como yo, a las adversidades del clima, que llevaban encima su casa, su ajuar y sus herramientas, pero con mucha más cabeza y responsabilidad, a dónde vamos a parar.

Aquel día estaban Liliana, una polinizadora que sólo en aquellos momentos de descanso se desprendía también de la gran mochila en la que guardaba sus insectos artificiales; un par de ecólatras, creo que está bien dicho, llamados Luismi y Nuria, que dejaban en tal fecha su eremitorio, también se dice así, ¿verdad?, para traernos la palabra verdadera, según decían; Darío, uno de los geólogos que trabajaban en la búsqueda de nuevos pozos acuáticos; Camino Way, una bióloga especialista en ofidios, esos bichos sin patas que se mueven en zigzag, y el encargado del almacén, Patricio, que era quien más celebraba la reunión, pues su vida en aquel lugar –uno de los más desérticos del Secarral Sur, y además bajo tierra– era al parecer la más

aburrida de todas, aunque era parecido a mí, un chico con un trabajo apropiado a su poca cabeza, que usaba también un registro con botones para copiar la información de su unidad de control. Patricio no llevaba telecasco, pero tenía una telepared en el almacén, y esa tarde la desconectaba, no me mire así, ya sé que va contra las ordenanzas, pero la desconectaba para que todos estuviésemos igual, solos nosotros mismos, charlando lejos del mundo. Un poco más tarde, después de mí, llegarían un par de patrulleros de la aeropista sur, el Cientodos y el Ciontonueve.

A través de Liliana yo había conocido el trabajo de los polinizadores, que transportan a los lugares necesarios sus pequeños enjambres para ayudar en sus tareas a los pocos insectos que van quedando. Los insectos de Liliana son metálicos, con una pequeña hélice en lugar de alas, una larga y diminuta trompa retráctil y una programación segura que, repito casi de memoria, tampoco tengo tan poca cabeza como para no recordarlo, les permite ejercer su labor con mucha más rapidez que los insectos naturales, ya que no recolectan eso que se llama el néctar. De Luisimi y Nuria me encantaba la seguridad con que se sentían formar parte de lo que ellos llamaban los procesos naturales: vivían en una cueva que muchos años antes, ellos decían siglos, había servido para almacenar algún producto agrícola, bebían el agua de las lluvias que eran capaces de recoger en una cisterna de la propia cueva, y comían los granos del cereal disperso por las tierras peladas, que recolectaban sin cansarse. Flacos, desgñados, aunque estaban siempre al tanto de lo que pasaba en el mundo, les gustaba todo lo que no fuese obra humana, pero nunca he sabido por qué. Los patrulleros, que a veces no eran los mismos, hablaban poco, aunque no de los asuntos relacionados con su trabajo en las rutas aéreas. Eran los únicos que mantenían sus cascos, claro que lo que hacen lo requiere. Tampoco los especialistas, geólogos o biólogos, hablaban de su trabajo, para ellos aquella reunión subterránea resultaba muy divertida, y pedían a Patricio que les contase alguna de sus ocurrencias, ya que Patricio aprovechaba sus largas horas de soledad para inventar pequeñas historias que yo no entendía muy bien pero que a todos les hacían mucha gracia.

Aquella tarde llegué con retraso. Había bastante gente, pero algo llamaba tanto su atención que no advirtieron mi llegada. El interés del grupo se centraba en un hombre pálido, muy pálido, con ropas oscuras que parecían de aeronauta, muy polvorientas, que se encontraba de pie en medio de la

conurrencia. Tenía los brazos un poco doblados, las manos extendidas y repetía una y otra vez las mismas palabras: «pasado mañana», pero no con el mismo tono, sino como si estuviese contando alguna historia, cambiaba la voz, el modo de pronunciarlas, pero seguía diciendo una y otra vez «pasado mañana» y aquellas dos únicas palabras, tantas veces repetidas, acababan sonando como si fuesen distintas y él estuviese contando algo con un número abundante de palabras diferentes. El hombre modificaba la entonación y el ritmo de aquellas dos palabras, hacía pausas, miraba a la concurrencia con los ojos muy abiertos, sacudía enérgicamente la cabeza, repetía, como si se tratase de alguna afirmación indiscutible: «¡pasado mañana pasado mañana!».

Me sorprendió que el interés de la gente fuese tan grande, pues estaba claro que había en todos una atención enorme. Yo también me sentí muy atraído hacia aquellos ojos que parecían chisporrotear, hacia aquellas palabras repetidas que, al componer una serie de sonidos tan diferentes, simulaban contar alguna cosa que al cabo resultaba inexistente. Y yo comenzaba a imaginar que aquella interminable retahíla de las mismas palabras tenía algún sentido, que mi poca cabeza no me permitía comprender, cuando el hombre dejó de hablar, cerró los ojos y se quedó inmóvil, como dormido.

«Pasado mañana, pasado mañana», exclamó Liliana, con tono de burla, y luego preguntó «¿pasado mañana pasado mañana?», a lo que todos respondieron repitiendo las dos palabras entre carcajadas, y yo también me eché a reír, encantado de comprobar que el parlamento de aquel hombre no tenía sentido, y que eso era lo que despertaba la hilaridad de la gente.

En ese momento entraba en el almacén la patrulla saliente de la aerovía, como dije. Los dos agentes parecían un poco apurados, y se acercaron al hombre. Patricio sacudió la cabeza, a ellos sí les habló, les dijo que cuando le había visto llegar, arrastrando los pies entre el polvo, había imaginado que era uno de esos viejos que huyen de los Campos de Retiro. Pero no era un viejo, y parecía venir de muy lejos. A Patricio le parecía muy extraño que hubiese resistido una caminata larga por el secarral. Patricio miraba al forastero como si se lo hubiese apropiado, como si fuese suyo y se hubiese convertido en un objeto más en la soledad de su almacén. A mí no me parecía un hombre, y me atreví a decirlo: no será un hombre, dije, ningún hombre puede quedarse dormido así, sin caerse al suelo, debe de ser uno de esos robots de compañía, y acaso haya tenido algún accidente, a lo mejor está averiado.

La gente me miró como si me diesen la razón, y todos continuamos observando aquella figura de ropas polvorientas, que de repente abrió los ojos y se puso a contar algo que, por la expresión de la mirada, tan intensa, debía de ser extremadamente importante, sin dejar de mover las manos y repitiendo sin cesar aquellas dos únicas palabras: pasado mañana.

Uno de los patrulleros habló a su casco, informando de la extraña aparición, y poco tiempo después se oyó en el exterior una señal de alarma y una voz nos ordenó que saliésemos del almacén. Fuera había un aeromóvil del ejército, y unos soldados con ropa de guerra se acercaron con aire decidido a la figura que seguía repitiendo las dos palabras, la sujetaron con firmeza y se la llevaron. El que mandaba agradeció a los dos patrulleros su aviso y apuntó sus números, nos explicó que aquel robot, pues resultaba que era un robot, como yo había supuesto, se trataba de una propiedad federal que había quedado sin control, y nos pidió que siguiésemos disfrutando de nuestro descanso.

Bueno, pues en mi siguiente visita al centro local, mientras almorzaba en el aerotel donde duermo las noches de esos días, y le aseguro que, acostumbrado a las raciones de subsistencia, esas veces me doy verdaderos atracones de lubín, descubrí en la telepared al mismo tipo pálido del almacén, pero ahora bien vestido y hablando con mucho aplomo, que repetía una y otra vez «pasado mañana» con toda tranquilidad.

Le pregunté al encargado qué era eso. Ya digo que me admira ver cómo la gente puede llevar el telecasco, seguir lo que transmiten a través de él y hacer al mismo tiempo su trabajo. El encargado llevaba un telecasco de esos pequeños, una coronita, mientras tecleaba en su aparato cosas relacionadas sin duda con el aerotel, al lado tenía los identificadores de crédito de los clientes, entre ellos el mío, y además me contestó sin detenerse, me dijo que el tipo de la tele era un persuasor ¿está bien dicho?, que esos persuasores eran robots muy especializados en el tratamiento de la información, al parecer el estado federal llevaba años trabajando en su fabricación.

Yo no me había enterado, claro, pero desde hacía unos días las noticias oficiales importantes eran transmitidas a través de persuasores para todo el sistema planetario, un persuasor a mediodía y una persuasora en la última hora, había sido un acuerdo entre todos los grupos políticos para que la información fuese muy objetiva y veraz, menuda palabra, veraz.

¿Pero qué dice?, pregunté yo, pues seguía entendiendo solo «pasado

mañana, pasado mañana». Él me miró sonriente, hace mucho que me conoce y sabe de sobra que tengo poca cabeza, y me dijo hombre, Lauro, no me digas que no entiendes lo que está diciendo, que si se cumplen las previsiones económicas te van a subir el sueldo un tres por mil el próximo presupuesto. No contesté nada, pero de verdad que yo solo entendía esas dos palabras, pasado mañana, pasado mañana, repetidas machaconamente.

Anduve otra vez por los secarrales haciendo mi trabajo, hasta que llegó la fecha de la reunión en el almacén de Patricio. En aquella visita descubrí que la gente ya no hablaba de sus cosas, de la pérdida de valor de los créditos, de cómo estaba subiendo el precio del ferrulio y lo caro que salía el transporte, de lo difícil que resultaba financiar una vivienda y la seguridad necesaria para cuando nos jubilásemos, sino de lo bien que lo estaba haciendo el gobierno, la firmeza con que había desarticulado la banda de terros que había atentado contra Terranoé, lo racional que resultaban las nuevas medidas de restricciones de agua, pero lo que me pareció más raro es que nadie se había quitado el telecasco y que la telepared del almacén estaba conectada.

Yo no decía nada, oír, ver y callar, como me enseñó mi Estudioso, y a última hora de la tarde todos guardaron silencio de repente y se quedaron absortos, pendientes de sus telecascos y coronas, y ví que en la telepared aparecía una cara similar a la de aquel mismo robot que un día había llegado al almacén lleno de polvo, aunque de aire femenino, y empezaba a hablar. Ya no decía «pasado mañana», sino «disfunción superable», lo recuerdo bien, «disfunción superable», y lo repitió innumerables veces, en todos los tonos y gesticulando mucho. Disfunción superable. Aunque lo recuerde tan bien, yo no sé lo que significa disfunción, ni superable, de modo que ni siquiera de eso me enteré. Pues cuando terminó el noticiario, todos los asistentes a la reunión estaban encantados, se estrechaban las manos, y cuando les pregunté qué pasaba me miraron extrañados: al parecer, no me había enterado de que el gobierno, a la vista de las buenas expectativas económicas, había decidido que nuestros sueldos no se rebajasen tanto como habían hecho temer las primeras previsiones, como consecuencia del atentado contra Terranoé y la necesidad de restaurarlo.

Al principio pensé que estaban gastándome una broma, pero al cabo de un rato me di cuenta de que no era así, de que en aquella sarta interminable que repetía una y otra vez «disfunción superable» habían entendido realmente eso que me contaban. Además, les había resultado convincente y hasta les



había llenado de satisfacción. Yo me encontraba fatal, y menos mal que nadie se dirigió a mí para preguntarme nada, aunque la verdad es que yo nunca hablaba demasiado en aquellas reuniones, pues me gustaba sobre todo estar con ellos, escucharles. Aquella vez me fui pronto, porque hasta los ecólatras, tampoco está mal esta palabra, digo que hasta los ecólatras, que fueron los últimos en llegar, hablaban con entusiasmo de lo bien que lo estaba haciendo el gobierno.

Unos días más tarde me tocaba llevar los registros al centro local y me encontré con un panorama muy parecido: todos estaban encantados, la reducción de plantillas que el gobierno había al parecer anunciado les parecía una medida oportuna, decían entre risas que a la gente con mi cabeza nos iban a hacer más larga la jornada laboral y a incrementarnos los itinerarios. Cuando supieron que yo no me había enterado, por mi costumbre de no llevar telecasco, me hicieron ver una grabación donde el robot de costumbre repetía una y otra vez «talante talento», ustedes lo recordarán, talante talento mil veces, y yo me sentía muy mal al ver que, sin embargo, ellos lo entendían como un discurso sobre los empleos de la gente digno además de aplauso, y me dio rabia que se riesen tanto cuando yo seguía diciendo que solo entendía dos palabras, y que no sé lo que son el talante ni el talento.

Lo mismo me sucedió en el aerotel con el encargado, que decía estar encantado de que subiesen los impuestos hoteleros, mientras ese robot repetía las palabras «sentido común», y otra vez me ha vuelto a pasar cuando he llegado al hospital, justo a la hora del noticiario, mientras el persuasor repetía una y otra vez «retablo maravilloso» en la telepared de la recepción. ¿Qué es retablo?, ¿qué es maravilloso?, le pregunté al enfermero de admisión, y me dijo que debíamos estar de enhorabuena, pues la subversión minera de Puertomarte ha quedado anulada sin disparar un solo tiro, y ya hay designado un gobierno provisional.

Claro que puedo repetir también yo pasado mañana, disfunción superable, talante talento, sentido común, retablo maravilloso, sin que se me trabe la lengua, una y otra vez, hasta cansarme, pero no sé lo que estoy diciendo, aunque piense que les estoy contando todo esto, y si ustedes me contestasen pasado mañana, disfunción superable, sentido común, talante talento, retablo maravilloso, no entendería nada de lo que me quieren decir.

¿Es problema de mi poca cabeza?, ¿esto tiene cura? Por favor, doctor, dígame la verdad.

# SOLYSOMBRA

*Para Eduardo Larequi García*

La Terraza es el lugar principal de recreo de la estación, el punto de observación directa del universo. Durante el tiempo que vivió en Luna, entre los nueve y los catorce años de su edad, subía muchas veces aquí, se reclinaba en alguno de los bancos paralelos a la enorme cristalera, contemplaba este crepúsculo inmóvil. Los niños llamaban al fenómeno Solysombra; los mayores, El Tajo.

Quienes no están de servicio suben a La Terraza en la conciencia de que la contemplación de ese inmenso ámbito exterior es el único premio verificable del aislamiento, de la soledad, de tantas horas de trabajo subterráneo tan lejos de casa en el tiempo y en el espacio, el mejor pago por su trabajo, una retribución que muy pocos seres humanos pueden alcanzar: momentos, como este mismo, en los que el cráter queda cortado por la sombra de Tierra, a un lado la oscuridad y al otro la blancura, pero también otros momentos: las diferentes visiones del planeta, sus progresivos modos de eclipsar al Sol, el enorme círculo de la tierra nueva con su radiante corona roja y dorada. Y, envolviéndolo todo, el negro mate moteado por los brillos menudos de los astros innumerables.

Ya en los tiempos infantiles le interesaba la precisión con que La Terraza y el entorno quedan partidos en dos por el misterioso contraponerse de claridad y tiniebla. Nunca se cansó de verlo. El fenómeno tiene los matices y las perspectivas de lo real, de lo que sucede en verdad, con certeza, resultado del juego planetario y no de los simulacros electrónicos. Pero advierte ahora algo que no sentía hace tantos años, como si ese tajo no fuese solo externo y profundizase dentro de su cuerpo, contraponiendo dos mitades enfrentadas, y reconoce con sorpresa que el espectáculo también ha llegado a formar parte de sí mismo.

Lleva aquí dos semanas de trabajo con el equipo de revisión y mañana se

irá otra vez a Tierra, a la ciudad en que nació, el lugar donde transcurre su vida, desde que regresó al planeta. El doctor Vallín, después de designarlo para la inspección, le había hablado sonriente: «¿Usted vivió allá arriba bastante tiempo, verdad? ¡Pues ya nos contará si ha habido muchos cambios!».

Han pasado ya quince años desde que se fue, pero no ha habido cambios, solo ese desvencijamiento que origina el deterioro. El gasto que se hizo al construir la estación fue muy alto, y luego el Consejo se ha ido conformando con mantenerla con el menor desembolso posible. Casi todos los elementos están aprovechados hasta ese límite que denuncia la escasez de los medios: las pantallas y los instrumentos de trabajo, los muebles, los objetos para la vida cotidiana, los uniformes, las manijas de las compuertas, los pulsadores del inodoro. Todo está ajado, sobado, reparado con modestos dispositivos, aunque sean ingeniosos. El arreglo sólido pero levemente desfigurador se encuentra en cualquier parte, en lo más insignificante, y sólo la vigilancia de los bomberos, que sin duda se mantiene alerta para prevenir fallos, que aquí serían catastróficos, permite que las cosas sigan funcionando.

El informe del equipo: todos los circuitos, y en especial los de aire y agua, deben sustituirse con urgencia por otros nuevos. Debe renovarse todo el instrumental, todo el mobiliario, todo el ajuar. También hay que reparar muchas partes de las antenas exteriores y las pantallas que reciben la energía del sol. Únicamente la estructura arquitectónica puede mantenerse tal como está, con esta cúpula transparente que aquí llaman La Terraza, que sobresale en la superficie, desde donde se pueden contemplar las estrellas, los planetas del sistema, los juegos de luces y sombras que originan Sol y Tierra.

Salvo un olorcillo sutil a agua estancada, a aire sucio, y esas señales de envejecimiento, que no advirtió al primer vistazo, todo estaba igual. También el número de personas instaladas en la estación, adultos y niños, era el mismo que cuando él vivía aquí. Por eso su impresión inicial ha sido de familiaridad: nada más entrar en la Torre, encontró un niño acompañado de su Estudioso, y recordó al suyo, Sanpa.

Cuando él residía en el satélite había otros cinco niños que se fueron haciendo muchachos con él, dos varones y tres hembras, y aunque estaban tutelados por una doctora, a cada uno se le había asignado un autómatas antropomorfo, dos brazos, dos piernas y el rostro sonriente pintado de colores, que los acompañaba cuando estaban solos, repasaba sus lecciones, les

aclaraba dudas y les permitía ver programas instructivos, aventuras o historias divertidas en la pantalla incrustada en su pecho. Los llamaban Estudiosos.

Tampoco los Estudiosos se habían renovado, y Sanpa estaría asignado a alguno de los niños y niñas que vivían ahora en el satélite. Cada uno le ponía al suyo el nombre que quería, y él le había puesto el del ayudante de un héroe ridículo, que perdía todos los combates, personaje en una antiquísima serie de aventuras. Los autómatas mantenían en la voz un eco metálico, para que los niños no pensasen que eran humanos, pero nunca perdían su solícita disposición.

Los niños eran huérfanos de padre o de madre, o hijos de matrimonios divorciados, y estaban allí con el otro progenitor. Él acompañaba a su padre. Un año antes de venir a la estación lunar se había quedado sin madre en un choque de aeromóviles cerca de la ciudad natal, y había resultado muy malherido. Perdió un brazo y un ojo, y ambas pérdidas habían sido restituidas por medio de implantes, injertos y prótesis que le habían hecho sufrir intervenciones durante varios años, hasta recuperar las funciones y sensaciones originales. Lo más grave había sido el daño en el corazón, que obligó a colocar en su lugar una víscera sintética.

Lo oscuro se confunde con la negrura del espacio, y un violento reverbero de luz marca el contorno y el horizonte de la zona luminosa. Podría pensarse que la única materia sólida es ese medio cráter, un brocal derruido que a lo lejos muestra los extremos carcomidos de la mitad de su pared. Podría imaginarse que La Terraza está colgada al borde del cráter, sobre el abismo del universo.

Él nunca ha conseguido acostumbrarse a sus mutilaciones. No es una sensación física, pues ninguna de las piezas que se acompañan en su cuerpo con la sustancia orgánica le causa molestia, ni siquiera las percibe, pero las operaciones le han hecho reconocer periódicamente que su cuerpo está incompleto, y dentro de él se alberga una extrañeza que lo ha hecho sentirse distinto de sus semejantes.

Desde los tiempos del accidente ha alcanzado a conocer esa extrañeza. La pérdida de la madre, tan trágica, estaba a menudo en las conversaciones de los allegados, una compasión hacia su orfandad donde se manifestaba la seguridad de la pena que el niño sufriría privado del amor materno. Él disimulaba, perplejo de no sentir pena, sino solo la voluntad de no recordar, la

apatía de quien asume un hecho que no tiene remedio y que nunca se ha propuesto modificar. Con el tiempo, fue desvelando los matices de aquellos sentimientos de los que oía hablar. Al parecer, tenían su fuente en el corazón. La gente hablaba de tener mucho corazón, de amar con todo el corazón, de corazones ardientes, de corazones solitarios, de corazones rotos. El corazón era, al parecer, lo que hacía que la gente sintiese pena y se pusiese triste, pero él no era capaz de entristecerse por ninguna causa.

Al llegar a Luna supo que en los demás niños no era difícil que aflorase su condición de huérfanos o separados del progenitor ausente, una añoranza, la persistencia de una herida moral que no acababa de cicatrizar. Él no percibía nada de eso, y llegaba a pensar que si su padre muriese, o si lo hiciesen sus pequeños compañeros, o todos los residentes en la estación, no sentiría ningún dolor, ninguna tristeza lo invadiría, acaso únicamente la incertidumbre y el miedo de encontrarse solo, porque su corazón no sabía lo que era la tristeza, como no sabía lo que era la alegría, algo que sin duda estaba bastante más allá de la diversión de los juegos, los deportes o los entretenimientos.

Imaginó que aquella carencia podía estar relacionada con la lentitud de movimientos que era obligado mantener en aquel lugar para evitar caídas o golpes, las sorpresas de quienes no estaban acostumbrados a la fuerza de gravedad del satélite. Pero a nadie más parecía ocurrirle, y había pasado mucho tiempo, se había acostumbrado a la tensión muscular que aquel mundo exigía, y sin embargo su falta de afectos y emociones no se modificaba.

Entre la zona oscura y la zona clara apenas hay un límite tenue, en el que parece moverse una materia fugaz, ni luminosa ni sombría, donde se sospechan ciertos colores cambiantes, sin que se pueda estar seguro de su presencia. En La Terraza hay un silencio cargado de admiración, impregnado sin duda de sentimiento.

Él llevaba sin turbación ni malestar su indiferencia, hasta una vez que, en el exterior de la estación, dos investigadores que regresaban en La Oruga con muestras minerales sufrieron un accidente. Sus ropas se desgarraron y ambos habían muerto asfixiados y quemados por el sol. Todos los habitantes del satélite reconocieron en aquella pérdida una amputación personal, la gente gritaba, se abrazaban entre lágrimas, los niños lloraban también a voces y el dolor se propagó al planeta, y en las imágenes de los noticiarios podían verse multitudes apenadas y crespones negros en las ciudades de Tierra. Sin

embargo, él no pudo encontrar en sí mismo ninguna mudanza. La muerte de la doctora Delma y del ingeniero Perida le parecía un hecho más, que no era capaz de conmoverlo, tan falto de importancia como el polvillo que los meteoritos levantaban al estrellarse contra la corteza del satélite.

Inmerso en el dolor palpable de la gente de la estación, pensó mucho acerca de su insuperable frialdad. Fue entonces cuando comprendió que no tenía corazón. Aquello que le habían instalado dentro, la víscera que, según le enseñaban la doctora Matura y el Estudioso, impulsaba la sangre a todas las partes de su cuerpo, no era en su caso un verdadero corazón.

No se atrevía a confesarle a nadie su sospecha. Un día, en aquellos de luto y consternación, se lo dijo por fin a Sanpa. Y Sanpa, con su voz siempre cordial, le repuso que aquello no era posible, claro que tenía corazón. «Pero no un corazón como el de los demás», repuso él. «Claro que lo tienes», replicó Sanpa, «aunque tu corazón no sea biológico, eres un ser humano de los pies a la cabeza, un ser humano completo, chico, no le des más vueltas».

En este viaje, un impulso antes inimaginable en él, una pequeña sacudida interior, como si regresar a estos lugares de la infancia hiciese brotar en una parte secreta de sí mismo curiosidades y sentires distintos de los conocidos hasta entonces, lo había llevado a intentar reencontrar a Sanpa.

Fue al gimnasio una hora en que los niños estaban saltando, corriendo, casi volando entre los grandes protectores verticales. Mientras los niños se divertían en sus ejercicios, los Estudiosos permanecían de pie, alineados a un lado de la sala. Se acercó a ellos, dijo el nombre de Sanpa, y todos volvieron hacia él sus rostros de colores, sin responder nada pero con esa disposición servicial que es el distintivo de todos los autómatas. Al cabo de unos instantes, uno se separó del grupo con los andares un poco tambaleantes que forman también parte de sus signos de identidad, y cuando llegó a su lado dijo que tenía archivado el nombre de Sanpa, que había sido Sanpa hacía tiempo, y con la amabilidad exacta de las máquinas, preguntó con quién estaba hablando.

Puso sus manos sobre aquella pantalla que forma el pecho de los Estudiosos y el autómata pronunció su nombre, recordó con seguridad el tiempo en que lo había acompañado, las notas de sus evaluaciones finales y otros datos de su persona cuando abandonó la estación. «El chico que pensaba que no tenía corazón», añadió, y él sintió de nuevo aquella curiosa vibración interior. Una niña se había acercado a ellos y les miraba un poco confusa.

Murmuró que aquel era su Estudioso, que se llamaba Roldín, y él asumió la información con una sonrisa, respondió que también había sido su Estudioso cuando era niño, que él le llamaba Sanpa, y le encomendó que lo cuidase bien.

Otro lugar muy visitado por los niños eran Los Cultivos, el subterráneo más grande de todos, donde los bancales transparentes se superponían en numerosos pisos bajo la fuerte iluminación. Las raíces extendidas en el líquido y las hojas que brotaban de los tallos, alzándose unas sobre otras hasta ocultar la altísima techumbre, sugerían el espesor de las antiguas selvas de Tierra, cuyas imágenes y sonidos se conservaban en los archivos. Los niños visitaban los cultivos para conocer las diferentes clases de plantas, pero también para imaginar, entre las plataformas ascensoras y las intrincadas escaleras, que corrían aventuras en un lugar exótico y misterioso. A veces, aprovechando alguna ausencia breve de la doctora Matura, jugaban al escondite entre los bancales.

Entre las niñas había una, Diana, que mostraba hacia él mucha simpatía. En los juegos de dos siempre quería estar a su lado, y en los repasos llegaba con su Estudioso como si no hubiese otro niño que pudiese ser su compañero, émulo, decía la doctora Matura usando una palabra ya entonces rara. Diana lo buscaba en los asuetos, le pasaba un brazo por el hombro, lo cogía de las manos, aunque a él le incomodaban todas aquellas muestras de amistad.

Una vez, ya tenían entonces catorce años, Diana le hizo sentirse más fastidiado de lo que solía ante sus familiaridades. A menudo Diana le confesaba su afecto, le decía halagos cariñosos, pretendía aparentar ante los demás que entre ellos había una relación más profunda de la que unía al pequeño grupo. Aquella vez, en una de las visitas a Los Cultivos para recoger muestras, logró aislarse con él en uno de los pasadizos superiores, y de repente le dio un abrazo y lo besó con vehemencia. Hablaba entrecortadamente y le decía que ya faltaba poco para que volviesen a Tierra, que tenía que prometerle que continuarían siendo amigos muy cercanos, que seguirían encontrándose. No se atrevió a responderle que él no sentía lo mismo hacia ella porque dentro de su pecho no había un corazón normal sino una máquina, y se separó como si aquel abrazo y aquel beso hubiesen sido un incidente sin importancia.

Dejó de verla cuando regresaron al planeta, pero después de estos quince años Diana está otra vez en la estación, incorporada al departamento de

biología después de sus estudios. Fue capaz de reconocerlo enseguida y le dio un apretón de manos, pero sin aquella dulce cercanía de la niñez y de la adolescencia. Inesperadamente, el reencuentro despertó en él otro de los peculiares desasosiegos que su regreso al satélite parecía suscitarle, una ligera sensación de vértigo, como si el cambio de gravedad le afectase de modo diferente del habitual tantos años antes, una conciencia de vacío interior, de pérdida y olvido de algo muy valioso que no acababa de recordar.

Durante las dos semanas que ha durado la inspección, a veces ha tenido el impulso de acercarse a ella, pero la inercia de una vida sin emociones ni afectos le ha hecho retraerse. Además, ha podido descubrir que a Diana, en los momentos que no está de servicio, la suele acompañar un hombre del mismo departamento, al que ella trata con risas y alegres palabras, como las que le dirigía a él cuando eran niños.

Ahora, Diana está sentada a poca distancia, un poco más cerca que él del ventanal. Mientras el tajo invisible corta La Terraza y la corteza del satélite, en una segregación abrupta, las manos de Diana se entrelazan con las manos del compañero. Todos están pendientes de la lejanía, el punto de negrura en que el espacio muestra su infinito despliegue estelar, el pedazo de cráter blanquísimo que reverbera bajo la luz que se extiende hasta el horizonte marcando un fuerte contraste con la oscuridad aterciopelada. La blancura se ha ido poniendo amarilla, hasta que el polvo reseco y muerto de la superficie adquiere un tono limón que convierte la corteza muerta en la piel de una fruta gigantesca relumbrando contra el negro mate del espacio. Alguien suspira cerca.

Se produce el cambio en la intensidad de la luz, la mutación de los colores, la invasión de las sombras. Hoy está aquí otra vez, y cuando los colores empiezan a superponerse y desvanecerse como líquidos densos que se derramasen sucesivamente, siente algo que nunca hubiera podido imaginarse, una congoja en su interior, mientras el juego de colores se sucede, primero naranja y muy pronto rojo, rojo de luz de alarma, rojo de fuego. Las sombras de las cumbres del borde del cráter se han ido alargando, invadiendo los colores cambiantes con zonas más espesas que también semejan corrientes de un fluido que siguiese el sentido opuesto al que lleva la luz.

El rojo empieza a azularse, se vuelve malva poco a poco, y por fin el malva se hará cada vez más morado, antes de perderse en la negrura mate que



lo envolverá todo de repente. Solo los brillos de las estrellas distinguirán la parte del cielo.

Acaso en este momento de violenta y multicolor separación de luz y de sombra, sea él el único que está observando cómo Diana y su compañero se besan. Debe de haber en Diana la misma entrega que hubo cuando lo besó a él entre el claroscuro vegetal de Los Cultivos. Aquel tiempo lejano lo cubre como la sombra de otro planeta invisible, dándole la mitad de otra luz en la que están la doctora Matura, los ojos melancólicos de su padre, los estribillos que Sanpa repetía para recordarle ciertas lecciones, los saltos vertiginosos en el gimnasio.

El lejano choque de aeromóviles vuelve de repente a su memoria, su madre ha separado una mano del volante y extiende hacia el hijo un rápido brazo protector. La impresión de pérdida que sintió mientras Diana apretaba su mano en el primer saludo se hace ahora muy intensa, invade todo su cuerpo como un descenso súbito de temperatura. Los ojos se le llenan de lágrimas.

Está descubriendo que tiene corazón, que es un ser humano completo.

## TU ROSTRO EN LA RED

Las grandes aves sobrevuelan lentamente las lagunas, con los cuerpos equidistantes, alternando sus aleteos, como si se hiciesen señales. De vez en cuando, una parece desplomarse, pero es la trayectoria de un vuelo rapidísimo, hacia algún lugar de la orilla. El atardecer pone amarillenta la superficie del agua. Las depuradoras no han conseguido eliminar del todo el olor fétido, que los súbitos golpes de brisa intensifican o aplacan, de acuerdo con su dirección. El lugar, el mayor parque de la ciudad, tiene un aire suburbial, con las últimas construcciones de los vertederos, a la derecha, y el horizonte quebrado por los enormes edificios de apartamentos.

Ha vuelto hace apenas un año, y es como si no se hubiese ido nunca, porque imágenes como las de estas lagunas, el parque de rala vegetación, el decorado urbano del fondo, tienen la consistencia y el poder de lo que ya no puede abandonarse, y debilitan, hasta hacerlos casi increíbles, los recuerdos de otros lugares y otros parques.

A pesar de todo, este es el único sitio de la ciudad donde puede encontrarse un gran espacio abierto, al aire libre, con la visión de árboles, plantas, flores, y la tranquilidad de bastante vigilancia policial. Hacía mucho que no venía aquí, pero hoy su desazón le hizo buscar cierto desahogo, lejos del minúsculo apartamento.

Y hay momentos, como este, cuando todo está muy silencioso, hasta los niños que juegan parecen ponerse de acuerdo para guardar silencio, y solo ese escuchan los aleteos de las grandes aves y los chapoteos de sus posibles presas.

Como en una huida, ha venido aquí para alejarse de su conversación de este mediodía, el rostro inesperado de Stibil en la pantalla y su propuesta de hacerle una entrevista.

«¿Una entrevista? ¿A mí?»

«Fuiste mi descubridor. Les he hablado de tu programa. Les ha hecho gracia. *Tu rostro en la red.*»

Estuvo unos instantes indeciso.

«Me sorprende que a alguien le pueda interesar eso.»

«Y luego el éxito tremendo de aquella ficción tuya, y por fin tu silencio.»

Un caso humano. Vas a volver a la fama.»

«No me interesa.»

«¿Cómo que no te interesa? ¿Te has vuelto loco?»

En la pantalla, Stibil le miraba con los ojos desconcertados.

«Te doy hasta mañana para que te lo pienses. Pero mañana no me digas que no. A no ser que te hayan chiflado los gases de esa ciudad maloliente.»

Su programa, *Tu rostro en la red*. Hasta él lo había olvidado, aunque ahora hubiese una gran compañía que seguía explotándolo, con centenares de miles de clientes. Su ficción. Siempre que, en los tiempos de su éxito, le preguntaban en alguna entrevista cuándo y cómo había comenzado a imaginar argumentos para ficciones, contestaba que ya desde niño sentía esa necesidad.

No era falso del todo: de niño inventaba excusas para disimular sus fallos y miedos, y era capaz de interponer entre él y sus compañeros ciertas apariencias distanciadoras, protectoras, mediante subterfugios y engaños. Pero lo cierto era que la primera ficción que había imaginado se le ocurrió muchos años después de la niñez, como un descubrimiento inesperado. Sin embargo, él entonces se sentía obligado a recuperar, como un mérito, y también como una justificación cuya necesidad no comprendía, un supuesto tiempo de infancia en el que habría narrado a sus compañeros aventuras imaginarias localizadas en la colonización de Marte o en la época de las guerras submarinas, aunque fuese mentira, aunque de niño su relación con las ficciones hubiera sido de mero espectador, embelesado como todos los demás ante los episodios imaginarios, virtuales, que las telepantallas transmitían, en aquel laberinto de apartamentos minúsculos, encajonados entre las vías de tráfico de los aeromóviles y los coches patrulla, donde muy pocos espacios, todos lejanos, permitían el juego al aire libre.

Entonces había ya en él una peculiar curiosidad imaginativa, que acaso tenía mucho que ver con lo que compone lo ficticio: en los barrios de apartamentos se formaban pandillas infantiles y adolescentes que jugaban y merodeaban entre los pasadizos y las escaleras, pero él fue un niño sin amistades, porque le gustaba demasiado escudriñar los comportamientos de sus compañeros, intentar conocer sus flaquezas y sus secretos, ya que muy pronto había sido capaz de comprender que el fundamento de su propia seguridad estaba en conocer esos sentimientos profundos que la gente disimula.

En su juventud no pudo pensar en dedicarse a imaginar ficciones, porque tuvo que ponerse a trabajar muy pronto, acuciado por la necesidad de alimentar a un padre en el paro, al que le quedaban muchos años antes de pensar en ingresar en un campo de reposo, y porque, además, no podía pagar ningún contacto que pudiese garantizarle la indispensable presentación en las productoras.

Tampoco inventar ficciones le interesaba entonces demasiado. Al fin se había especializado en el análisis y manejo de comportamientos humanos, y trabajó durante algunos años para el gobierno en la subdelegación de aquel pequeño estado suramericano, insatisfecho con la materia de su trabajo, que solo tenía algo de interés en las campañas de propaganda o en la ingeniería de resultados de escrutinios, en un centro urbano administrativo, mediocre en todos los aspectos, con un sueldo insignificante.

En aquella época aprendió muchas cosas de la gente, pero no por el conocimiento directo de las maneras colectivas de sentir y expresar apoyos o rechazos políticos o sociales, sino por el trato directo con sus compañeros y jefes.

Como en cualquier otro espacio habitado, en aquella ciudad de clima tan caluroso, rodeada por los grandes estanques donde se vertía el agua de las últimas depuradoras de la comarca central, que la llenaban de humedad y fetidez, en medio de un enorme espacio de tierra casi desnuda, que había sido selva pocos siglos antes, el principal entretenimiento de la gente seguían siendo los teleprogramas, donde se alternaba la publicidad, imprescindible para orientar los hábitos y las rutinas, las noticias del tiempo, tan imprevisible como un espectáculo de ilusionismo, muchas ficciones, y lo que se conocía como el cronicazo, los espacios de entrevistas y comentarios dedicados a personajes famosos.

La fama, la entrada en el cronicazo, solía alcanzarse mediante la carrera artística –sobre todo, la de intérprete de ficciones– la política o la deportiva, y el gusto general, apasionado, por ese tipo de informaciones, facilitaba continuamente la aparición de gente que se daba a conocer al margen de los espacios habituales de la fama: el asesino múltiple que, tras cumplir su condena, se hacía modelo de ropa erótica; el clérigo piadoso que aseguraba ser visitado por un arcángel de dos cabezas; la humilde pero preciosa muchacha que había subido al carrusel amoroso de los jóvenes potentados; la

niña superviviente a alguna catástrofe natural, convertida en cantante.

Había comprendido que para el sentir común existían dos tipos de gente: la que podía presentar un rostro real, contemplado por sus contemporáneos millones de veces cada día a través de todo tipo de telepantallas en el sistema solar, y la gente sin rostro, la gente ordinaria, como él y sus colegas y conciudadanos, que nunca encontraría ese espejo para poder mirarse, y que debía llevar su anonimato, como otra carga, sobre el trabajo insatisfactorio y el sueldo escaso. Toda la gente que le rodeaba habría dado con gusto su bien más valioso, tal vez incluso su vida, por encontrar alguna vez su propio rostro entre aquellas imágenes de los famosos. Él, sin embargo, no sentía su anonimato como una condena, como una gigantesca restricción, sino solo como el elemento fundamental de su pobre trabajo y de su escaso salario. Lo único que podía interesarle de la fama era ganar dinero, poder abandonar aquella atmósfera fétida, poderle regalar alguna joya a Nélica, una compañera de trabajo con la que vivía.

Una tarde, sentado en este mismo parque, ante las enormes lagunas depuradoras de las aguas sucias —a pesar del mal olor, un tópico de la ciudad afirmaba que era hermoso el reflejo del sol poniente en el agua, y que se sentía serenidad ante el chapoteo de las ratas y los súbitos aleteos de las grandes aves de presa que descendían para cazarlas— imaginó algo que ahora, en el recuerdo, puede tener la calidad embrionaria de lo ficticio.

Acceder a los centros productores y emisores de las imágenes que llegaban a las telepantallas era demasiado quimérico, pero no lo era entrar en otro espacio de información copiosa, el de la red informática, lo que tantos llaman Ciberia, Cyberland, en cuya complejísima estructura reticular se mueve de continuo una incalculable cantidad de información, y donde hay un número también infinito de publicaciones portadoras de anuncios y noticias.

Como una súbita revelación, consideró que mucha gente anónima, en busca de ese rostro certero y no borroso que otorga la fama, introduce en la red su propio rostro, las referencias particulares de su vida, noticias del mundo diminuto que la rodea. A pesar de ser conscientes de que se trata de un acto de ciego voluntarismo, al que los propios protagonistas reconocen su falta de resonancia, muchos vierten sus imágenes, sus datos y hasta sus reflexiones en ese innumerable flujo.

Aquella misma noche, ante la pantalla del ordenador, se le ocurrió reunir

en un nuevo documento, espigadas de varios sitios, las noticias que le parecieron más universales y trascendentes, para formar una especie de periódico virtual. Luego insertó en él uno de aquellos miles de rostros particulares, animándolo con un cuerpo en alguna actividad que hacía más espectacular la referencia que incorporaba.

En el fin de semana, mientras Nélide se embelesaba frente a la telepared, fue capaz de ordenar hasta cinco nuevos diferentes periódicos, y cada uno de ellos incluía, por lo menos, un par de aquellos rostros de gente sedienta del reflejo de la fama, convertidos en héroes puntuales y de una peripecia personal muy bien animada. Envío luego a la dirección de cada uno de ellos el resultado de su trabajo, con un mensaje escueto:

tu rostro en la red

tu nombre en ciberia

Añadía que, por una modesta cantidad mensual de créditos, las imágenes y noticias particulares que pudiesen interesarles, aparecerían incluidas en el mismo periódico virtual cada quince días:

SUSCRÍBETE AHORA

Cuando le contó a Nélide su proyecto, ella se echó a reír: por qué quieres meterte en enredos, le decía, te crees que es tan fácil poner una empresa en marcha, la gente como nosotros tiene que conformarse con lo que tiene. Los hay que están mucho peor.

Pero empezaron a suscribirse. En una semana, su idea había tenido tanto éxito, que se vio obligado a buscar dos jóvenes estudiantes para que, a cambio de unos créditos, le ayudasen a conformar aquellas publicaciones virtuales, cada una con un título diferente, en las que aparecían noticias de los sucesos del mundo y, entre ellas, como una noticia más, aquellas incrustaciones de rostros e informaciones particulares.

Registró la empresa poco tiempo después, y los inmediatos beneficios le permitieron dejar su trabajo en la organización gubernamental de aquel estado suramericano, y, no mucho más tarde, dejar la ciudad calurosa y fétida, y trasladarse a uno de los lugares limpios y animados del planeta. Nélide sentía mucha angustia ante la perspectiva de dejar el trabajo seguro que tenía, pero consiguió convencerla con las evidencias de sus beneficios. Instalado en la nueva sede, su negocio siguió prosperando hasta mantener un equipo fijo de

seis colaboradores. Nélica tuvo joyas, ropa elegante y hasta un pequeño aeromóvil en el que se desplazaba a los lugares de entretenimiento, para conocer nuevas amistades entre los ociosos de aquella ciudad de gente próspera.

Era tanta la necesidad de encontrar el rostro propio entre las imágenes del mundo, de hallar un reflejo en el espejo de la realidad, que su empresa podía haber crecido hasta convertirse en gigantesca dentro del sector de la comunicación, pero le puso límites, para alcanzar solo las ganancias suficientes como para vivir bien con Nélica, sin preocupaciones, con abundancia, hasta con lujo. Tampoco ella le pedía más. El porvenir se ofrecía favorable, y hasta estaban empezando a pensar en solemnizar la relación de pareja, y acaso en tener descendencia, algún día.

Llevaba tres o cuatro años en las rutinas de elaboración de aquellos noticiarios que intercalaban imágenes particulares, cuando un cliente se comunicó con él para hacerle una propuesta que modificaba su concepto del negocio. Era un tipo joven, se expresaba con mucho desparpajo.

«Le pagaré una cuota mucho más alta, multiplique por diez, por veinte, pero no me conformo solo con que mis imágenes de ascensos, viajes y bodas aparezcan dentro de un noticiario. Quiero la fama de verdad.»

«¿Qué tipo de fama?»

«Autor muy importante, extraordinario, de argumentos de ficciones. Con una vida llena de aventuras y éxitos.»

«¿Cadencia de aparición?»

«No hace falta que se hable de mí todos los meses, pero cuando se hable debe ser con motivos sólidos, entrevistas largas sobre mi trabajo, premios, asistencia a actos muy relevantes.»

«¿Nombre?»

«El mío verdadero, Francis Stibil.»

«¿Otros datos?»

«Puede inventarse todo lo que quiera, lugar de nacimiento, matrimonios, divorcios, manías, lo que le de la gana. Puede decir hasta que estuve colgado del soma.»

«Necesito imágenes.»

«Se las enviaré.»

«Tendrá presupuesto en breve.»

Así fue como comenzó a inventar el personaje de un autor famoso. En realidad, piensa que aquella fue su primera ficción, su primera y mejor trama, aunque todavía no lo supiese: atribuir a aquel cliente una vida llena de emociones y aventuras, en la que, además, la invención de argumentos para ficciones era lo más relevante. Se producían continuamente tantas ficciones para la industria del entretenimiento, era tan abundante el número de series dramáticas, tantas concurrían, que era fácil inventarse un autor, e incluso hasta darle cierto renombre, aunque en realidad no hubiese creado ni una sola.

No podía saber el lugar de residencia de aquel hombre, pero le pareció encontrar, en las letras y cifras de su correo, una resonancia acuática, e imaginó que vivía en alguna isla de los mares del Sur, entre las piscifactorías, los cultivos acuáticos y los robinsonarios que se habían instalado allí escapando del agobio industrial y continental.

*Nacido por accidente en la estación lunar de Solysombra, en una escala inesperada de la nave que transportaba a su madre a Tierra, se crió en Shanghai 2, fue delincuente juvenil –tráfico de soma– luego policía antiterro y por fin piloto espacial, antes de dedicar sus esfuerzos a los descensos deportivos a las simas submarinas. Ahora es uno de nuestros más respetados autores de tramas para ficciones.*

La primera noticia de Francis Stibil, con una enorme imagen animada del supuesto autor en la cabina de pilotaje de una nave espacial, ocupaba mucho en el noticiario. A la referencia biográfica se añadía que la Asociación de Espectadores Independientes había otorgado su galardón bienal a su última ficción. Stibil manifestó su complacencia y él se sintió también muy satisfecho: elaborar aquella biografía apócrifa lo había estimulado de una manera nunca experimentada antes, lo había llenado de regocijo y de una asombrosa sensación de descubrimiento.

Nunca dejó a otros ocuparse de aquel cliente. A partir de entonces, Francis Stibil aparecía en las noticias virtuales de su empresa de vez en cuando, pero con mucha relevancia: estaba a punto de presentar una ficción que prometía ser extraordinaria; había entregado a una gran cadena la crónica de un arriesgadísimo viaje a los Confines; se había infiltrado en un grupo de ecoterros que, paradójicamente, pretendían atentar contra el llamado «Planeta



Reserva», el satélite situado en un lugar secreto donde se conserva gran parte de la fauna y de la flora originarias de Tierra; había acompañado a una patrulla especializada durante la represión de los robots rebeldes del subsuelo de Venus; participaba, para contarla, en una inmersión a cierta fosa oceánica donde, al parecer, podía encontrarse el legendario Tesoro Graal.

Por el efecto eco, algunos otros noticiarios virtuales reflejaron las noticias sobre Stibil que él inventaba, lo que aceptó como una especie de galardón profesional, sobre todo cuando uno de aquellos noticiarios le pidió el correo de Francis Stibil, para entrevistarlo.

Las invenciones a propósito de Stibil le ocupaban mucho tiempo, pero se lo dedicaba con gusto, como un aliciente más de una vida cada vez más cómoda, en una ciudad de edificios despejados, amplias vías aéreas y terrestres, pequeñas lagunas de agua pura donde era posible bañarse entre peces de colores, rodeadas de palmeras y jardincitos. Nélide se mostraba encantada, había hecho grandes amistades, seguían pensando en casarse cualquier día, si las cosas continuaban así.

Imaginó que se creaba un premio nuevo y que se lo daban a la última ficción de Stibil, un argumento en el que se narraba el viaje de exploración, muy arriesgado, de una pareja de cosmonautas, descendientes de otros muertos en la exploración al mismo lugar.

Cuando anunció que aquel argumento había sido galardonado con el Premio Plutón de la Cadena de Cibernoticiarios Independientes, con imágenes en movimiento de Stibil sumergido, nadando entre enormes lubines de engorde, con la brevísima sinopsis, otros periódicos virtuales lo reprodujeron, y se multiplicaron las llamadas para entrevistar a Francis Stibil.

Aquella brevísima sinopsis significó el cambio más importante de su vida, el verdadero comienzo de su vocación de inventor de tramas para ficciones. Pues el pequeño apunte de trama que había imaginado para añadir a la nueva noticia sobre Stibil, empezó a crecer en su imaginación y a convertirse en un argumento.

Pero todavía no lo elaboró, porque de repente Stibil se hizo verdaderamente famoso, precisamente cuando una de las grandes cadenas de noticiarios descubrió su impostura. Su condición de autor apócrifo, la invención de su vida, de sus premios, de sus fabulosas aventuras, de sus inexistentes ficciones, aquella fama fingida, entusiasmó al director del

programa de mayor audiencia del sistema solar, y a miles de millones de espectadores.

En muy poco tiempo, el rostro y la voz de Stibil eran familiares en todas partes, y quedó en aquella cadena como uno de los presentadores más aplaudidos, realizador de entrevistas que ponían en la cercanía de la gente a los más extraños e inesperados personajes. Hasta Nélida mostraba enorme admiración por aquel presentador que había engañado a todo el mundo con su falsa biografía.

A raíz de su enorme éxito, de su salto a la fama, Francis Stibil, se comunicó con él.

«Ya ves lo que son las cosas. Rescindo el contrato tras alcanzar el objetivo. Pero no olvides que te debo una, y buena».

Así fue como despertó en él una sensación de vacío antes desconocida. Nunca había echado de menos esa fama que todos envidiaban, pero encontrarla de repente en alguien que, en cierta manera, era criatura suya, había sido modelado por su invención, lo desasosegó mucho. Y empezó a inventar el argumento de una ficción que pudiese gustar a la gente, siguiendo la línea de aquella de la breve sinopsis que había atribuido a Stibil.

Los protagonistas son Gabo y Alí, varones, y Mar y Carme, hembras, cuatro jóvenes cosmonautas que van a explorar el cometa Astúrica en su nuevo recorrido por las cercanías de Tierra, veinticinco años después de la anterior aproximación del astro. En aquella ocasión, los exploradores del cometa habían desaparecido en el desarrollo de su labor, sin que se hubiesen conocido las causas. Entre ellos había dos hombres que habían dejado en Tierra, embarazadas, a dos compañeras de la base cada uno, pues era una época de acuciante necesidad reproductora, y la gente estaba dispuesta a colaborar con las orientaciones gubernamentales. Sin saberlo, Gabo y Mar eran hermanos, como Alí y Carme, pero resultaba que entre los miembros de cada una de las dos parejas existía una fuerte atracción, y que ambas tenían el propósito de casarse en Astúrica, ante el ordenador de a bordo, solicitando – para dar mayor relieve público a su boda– la bendición y los buenos auspicios del capellán, el imán y el rabino de la base, pues Alí y Carme eran islamistas, Gabi cristiano y Mar, judía. Los tres religiosos, que estaban en el secreto de la relación biológica que unía a los jóvenes, no habían podido imaginar los instintos incestuosos que iban a consolidar, monstruosa y pecaminosamente,

aquellas parejas.

Continuó desarrollando aquella trama. Cuando, tras llevar el enredo a sus últimas consecuencias, logró desarticular los amores iniciales y enlazar a Gabo con Carne y a Mar con Alí, sintió una euforia que podía denominarse felicidad.

Estaba tan satisfecho de aquel argumento, que decidió ofrecérselo a alguna productora de ficciones. Con su empresa consolidada, residente en la ciudad donde vivían casi todos los miembros significativos de organizaciones de comunicación importantes, las limitaciones de sus primeros tiempos habían desaparecido y estaba ya muy bien relacionado.

Una productora de ficciones se interesó en el argumento, y tuvo que trabajar intensamente con guionistas y realizadores, pero al fin *El código Astúrico*, título definitivo de la ficción, se convirtió en una larga serie, que tuvo extraordinaria repercusión en la audiencia, y fue muy bien valorada desde muchos puntos de vista: por la multiplicidad de facetas sentimentales —el juego de amores y desamores entre las parejas era incesante—, por la aventura —en el cometa vivía un ser espantoso, de malévolos poderes mentales, causante de la muerte y destrucción de la expedición anterior, a quien los nuevos exploradores se enfrentaban con denuedo—, y por los aspectos religiosos —la presencia positiva del capellán, el imán y el rabino introducían en la ficción un aspecto que coincidía con la política federal para erradicar del universo la impiedad y el agnosticismo.

Su rostro aparecía en todos los noticiarios:

*LUC ALAS: EL ESPLENDOR DE LA FICCIÓN*

Así comenzó su período de fama, viajes y entrevistas.

«¿A qué edad empezó Luc Alas a inventar ficciones?»

«Ya de niño se las contaba a mis amigos.»

Al contemplar aquellas imágenes, sentía de verdad que tenía rostro, y nombre, y volumen, percibía en sí mismo lo que antes era solamente la intuición de un desposeído. Estar en la fama era, por lo tanto, vivir mucho más allá de las paredes de un apartamento, por muy comfortable que fuese, más allá de una ciudad, por muy agradable que resultase. Era como estar en el espacio, alrededor, sobrevolándolo todo. Por algo a los famosos se les llamaba estrellas.

Viajaba mucho, y los viajes lo fueron alejando de Nérida, que prefería

permanecer en la ciudad, en el ocio dorado que era ya su forma de vida.

Imaginó otra ficción nueva, la historia de un hombre que consigue ser famoso gracias a su habilidad y constancia para aparecer en los diferentes sistemas de acarreo de información, y que debe buscar desesperadamente ayuda cuando la resonancia de su fama le exige demostrar por qué la ha merecido.

Estaba seguro de que el argumento sería muy bien recibido por la productora, y decidió entonces traspasar su empresa. No podía ocuparse de ella, y las esperanzas de beneficio económico eran mucho mayores. El contrato con la productora de ficciones había estipulado un adelanto económico muy modesto, pero una rentabilidad periódica proporcional al éxito que pudiese alcanzar la serie. Había ganado en meses lo que antes ganaba a lo largo de varios años, y apostó sin vacilaciones por aquel nuevo rumbo que había tomado su vida, esta vez sabiéndose dueño de un rostro reconocible y con un fuerte sentimiento de plenitud. La empresa fue adquirida enseguida por uno de los gigantes de la comunicación.

Esta vez el anticipo fue mucho mayor, como las cantidades periódicas acordadas. Sin embargo, *La sombra del fin*, como se llamaba la nueva ficción, fue perdiendo tanta audiencia que, en el quinto episodio, la productora resolvió suspenderla.

En aquel fracaso encontró la mayor amargura de su vida e intentó recuperar en Nélida el necesario cobijo de afecto, pero Nélida llevaba una vida muy estimulante fuera de casa. Tras un breve tratamiento psicomédico, se propuso tranquilizarse e inventar otra ficción nueva. Los beneficios de la primera ficción, el anticipo de la segunda, le permitían afrontar el futuro cercano sin apremios monetarios. Se aisló para desarrollar su nuevo argumento, pero cuando lo concluyó, la productora de sus anteriores ficciones ya no se mostró interesada en realizarla, y tampoco otras a las que acudió, pues el fracaso de la anterior ficción parecía envolver su nueva ficción en un aura de malos augurios comerciales.

En poco tiempo, la vida de abundancia acabó agotando sus reservas de créditos. Su rostro se había borrado, su cuerpo carecía de consistencia, y Nélida había encontrado una nueva pareja que, al parecer, le devolvió las ilusiones del enamoramiento.

Cambió su lujosa residencia por un apartamento similar a los que ocupaba antes de ser empresario y autor. Al conocer su situación, la gente de

la empresa que había comprado la suya le ofreció un puesto de cierta relevancia. La ciudad estaba llena de gente como él, que habían tenido momentos de riqueza, de fama, y que podían continuar subsistiendo gracias a sus antiguas relaciones.

Sin embargo, tomó la decisión de marcharse de allí. En aquel estado suramericano, en la ciudad de las lagunas malolientes, había todavía compañeros que lo recordaban, y que le ayudaron a recuperar un puesto de analista electoral en la subdelegación, donde los restos de su efímera fama se mantenían como un fulgor en la memoria de los conocidos.

Muy cerca, uno de los gallinazos ha atrapado a una rata, que chilla mientras el ave se aleja con ella entre las garras. Un golpe de viento hace el hedor tan intenso que parece perfume.

—¡Nada de entrevistas! —le grita al gallinazo—. ¡Luc Alas ya no concede entrevistas!

Y se encuentra mucho más tranquilo, mientras el reflejo amarillento se va volviendo azulado, casi negro.

## LOS INVASORES

Filín Gra aborrecía las sorpresas dramáticas en su profesión, precisamente porque había elegido un oficio, el de inspector de archivos, que parecía apropiado para no tenerlas. Sin embargo, en dos ocasiones del pasado alguna de las piezas revisadas le había ocasionado problemas enojosos: poco después de empezar a ejercer, un auvi trasapelado y descubierto por él entre otros documentos, demostró que las extensas propiedades de Corporación Boscantártica estaban fundamentadas en una compleja falsificación de títulos de propiedad, y todavía no hacía cuatro años que los registros que tuvo que revisar entre los fondos de una herencia mostraron esconder un secreto delictivo, con vigencia legal, la prueba irrefutable de que uno de los miembros del gobierno planetario había financiado los preparativos para el atentado espacial que acabó con la vida de cinco importantes políticos de la oposición y que había sido atribuido a los terros.

Solo la responsabilidad en que podía incurrir si ocultaba estos datos le había forzado a informar sobre ello al juez, pues, como había temido, la repercusión de la noticia en los medios le dio a su persona, durante algunos momentos, una relevancia pública, que, siendo el sueño de casi todo el mundo –llevar el rostro a la Red, ser protagonista de los noticiarios– a él, en ambas ocasiones, le había producido un enorme nerviosismo, con vómitos y otros trastornos de salud. Porque a Filín Gra solo le tranquilizaba poder realizar su trabajo en el anonimato, al margen de todos los canales de comunicación, convencido de saber que resultaría imperceptible entre los demás ciudadanos del universo.

«Seguro y oscuro» le solía repetir su madre, viuda de un guardián del agua con la que había vivido, hijo único y cariñoso, hasta su muerte, y tales palabras sintetizaban un consejo sobre el modo para ella más recomendable de pasar por el mundo que él había asumido como una orden.

Cuando le asignaron la revisión de aquel archivo aparecido inesperadamente en el satélite Ros-FF como consecuencia de los preparativos para su desmantelamiento, tuvo una intuición desazonadora, y en el viaje hasta el lugar procuró sedarse con un poco de exceso, para no pensar. Lo acompañaba su robot lector, Te/gli, que en cuanto echó un primer vistazo al archivo hizo un informe muy desasosegante, pues a la máquina le parecía claro

que el conjunto tan copioso de viejas fichas registrales, provenientes al parecer de casi dos siglos antes, el tiempo de lanzamiento y puesta en órbita de aquel satélite astronómico, no estaban archivadas –pues en el conjunto no había ningún criterio ordenador– sino ocultas, escondidas, y lo inapropiado del lugar, la sentina estanca del observatorio principal, parecía demostrarlo con claridad.

–*Gato encerrado* –emitió el robot tras su inicial contacto con el montón de auvis.

Utilizaba una de las expresiones familiares jocosas para calificar aquel tipo de hallazgos irregulares, en este caso las numerosas fichas hexagonales que se amontonaban en el suelo, pero a Gra no le suscitó ninguna sonrisa sino que sintió que se acentuaba su prevención.

–Busca el índice –ordenó, intentando mantener la calma.

No aparecía ningún índice, como era de temer. Alguien, tantos años antes, había escondido allí todos aquellos registros por razones que ya no podían explicarse.

El robot, que estaba preparado para identificar incluso aquel tipo de auvis arcaicos, comenzó su lectura, y después de un rato Gra empezó a encontrarse más tranquilo, pues aquellos registros no parecían archivar otra cosa que imágenes de propiedades, iconos patrimoniales y cuentas, estados financieros, presupuestos, acaso la contabilidad paralela o furtiva de alguna corporación, tal vez la misma constructora y propietaria del satélite, que ya muchos años antes había sufrido sucesivas absorciones empresariales, de manera que era imposible que pudiese existir algún delito fiscal que no hubiese prescrito.

Filín Gra dejó a Te/gli trabajando en la primera lectura y clasificación de las fichas y subió al observatorio para curiosear la vetusta sala, el cuadro de mandos del observatorio, el de los servicios de apoyo, donde también se encontraban varios lectores adecuados a aquellas fichas halladas en la sentina. El artefacto todavía no había sido desmontado y parecía conservarse en muy buenas condiciones, a pesar del tiempo transcurrido desde su instalación.

Al cruzar una parte de la sala, su paso, por algún contacto, hizo aparecer súbitamente en el centro una holoestatua de gran volumen, y reconoció al punto la figura representada, mientras el pedestal susurraba con solemnidad «Gloria siempre al Vigía Previsor».

–Ya lo conozco, ya sé quién es –exclamó Gra para que el pedestal

guardase silencio, mientras consideraba con admiración que todavía debía quedar en el satélite alguna fuente de energía.

Quién podía desconocer al hombre que, doscientos años antes, en los mismos tiempos de la construcción de aquel satélite, había cambiado la historia de la humanidad. Quién no iba a conocer al detector de Los Invasores.

En la escuela se estudiaba la biografía de Kiko Páez casi con el mismo cuidado que la de los líderes históricos o la de los Salvadores y Profetas correspondientes a cada religión. Formado en el mundo auvi, director primero, y luego productor de programas que tuvieron millones de espectadores, Kiko Páez había llegado a ser uno de los hombres más ricos de su tiempo, aunque también un gran filántropo, y las instituciones religiosas y moralizadoras de todo signo continuaban beneficiándose del apoyo de Dilesispla –Dios, Ley, Sistema Planetario–, la Fundación por él mismo creada.

Rememorada su figura con el nombre de Vigía Previsor, su providencial intervención había sido fruto de una premonición feliz: en los mismos años en que las corporaciones que él dirigía estaban en su apogeo, cuando la mayor parte de los noticiarios y los programas de entretenimiento se encontraban bajo su dirección y control, se produjo el descubrimiento de los restos de una aeronave muy arcaica en Titán. El hallazgo se convirtió en un foco masivo de interés universal, cuando los científicos, tras analizar los extraños restos, hicieron público que el material con el que había estado construida, todavía fuertemente radiactivo, no pertenecía a ninguna forma o clase de las conocidas en el sistema solar.

Muy pocos días después de que tal noticia causase la estupefacción humana, todas las empresas propiedad de Kiko Páez, siguiendo sus instrucciones, lanzaron al mundo un mensaje cargado de alarma: sin duda aquella nave había procedido en su día del espacio exterior, pero encontrar sus restos materiales en la soledad muerta de Titán no significaba que los tripulantes, de quienes no quedaban restos, no hubieran cumplido los fines de su exploración, que habían podido ser principalmente de dos tipos, bien el de establecer relaciones comerciales o culturales con la especie humana, bien el de servir de cabeza de puente para una invasión. Hasta el momento, y desde el tiempo en que debió llegar la nave, otros doscientos años antes del hallazgo, ningún extraterrestre había entrado en contacto con el gobierno planetario para proponer acuerdos culturales o comerciales, luego el designio invasor,



perfectamente camuflado por la no perceptibilidad de sus agentes, era lo más plausible.

Los analistas de Kiko Páez, siguiendo sus intuiciones, habían estudiado la historia de los acontecimientos humanos desde la llegada de la misteriosa nave, y habían sacado conclusiones preocupantes, pues en aquellos doscientos años, y después de más de un siglo, el extenso período de estabilidad material y moral que había sucedido a las Guerras Santas, la moral de la humanidad estaba mostrando una relajación incipiente pero crecedera, se advertían síntomas de retorno al hedonismo pagano de ciertos tiempos históricos, confusión entre libertad y libertinaje, un progresivo renacer de algunas formas de sarcasmo irreverente, el tímido resurgir de modos de diversión y perversiones que parecían haber sido vencidas, indicios de comportamientos críticos, rebeldes y hasta casi subversivos en las clases trabajadoras.

La más genial de las intuiciones del Vigía Previsor fue que Los Invasores estaban entre los seres humanos, que ya se habían distribuido y multiplicado en el mundo, y que todos esos atisbos de corrupción moral y cultural, de corrosión del esquema familiar y de irreligiosidad progresiva eran fruto de su actividad, la manera más insidiosa y eficaz de acabar destruyendo la civilización y hasta la especie humana.

Muchos habitantes del mundo, por haberlo estudiado en la escuela, conocían de memoria el arranque del discurso, luego llamado Sermón, que, transmitido por todas las cadenas, llegó a los últimos rincones del sistema. Sentado bajo un árbol frondoso, símbolo del Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, del Árbol de la Vida, del Árbol Primordial, del Árbol de la Iluminación, del Eje del Mundo, rodeado por todos los signos sagrados, la cruz, la media luna, la estrella de David, el ankh... Kiko Páez, a partir de entonces conocido como el Vigía Previsor, habló con voz serena:

*«Están entre nosotros, han adoptado nuestra apariencia, nuestra materia, lo más rutinario de nuestras costumbres. No podemos identificarlos por su forma, pero sí por su conducta. Son los frívolos, los escépticos, los que incumplen, los que no respetan, los que se burlan, los que protestan, los que actúan al margen de lo normal, de lo adecuado, los depravados. Vigiladlos en vuestra vecindad, en vuestro trabajo, en vuestra familia, pues en verdad, en verdad os digo, que se promulgarán leyes para detenerlos, para apartarlos, para encarcelarlos. Si no podemos identificarlos, al menos podemos mantenerlos inactivos, paralizados, ineficaces. Esa es la gran*

*responsabilidad de todos. Todos debemos ser vigías previsores.»*

La fe de Kiko Páez y la fuerza de los medios que dirigía acabaron teniendo una influencia decisiva en las esferas políticas, y las leyes que el Vigía Previsor había vaticinado se hicieron realidad, de manera que se establecieron diversas formalidades para poder denunciar los comportamientos de aquellas gentes que no respondían a la norma de las respectivas comunidades ni desde la debida atención a los noticiarios y telistorias, ni desde el cumplimiento de sus obligaciones religiosas y vecinales, ni desde su equilibrada relación con los productos euforizantes, ni desde las sanas inclinaciones sexuales y hábitos de carácter familiar. Al fin, también la actividad de los terros acabó siendo incluida dentro de los designios de Los Invasores.

Para preservar los derechos individuales y las libertades proclamadas en la Constitución, se organizó una estructura de comités de médicos, líderes religiosos y expertos en conducta que debían dictaminar el grado de morbilidad que presentaba cada caso, y señalar si se trataba de un enfermo o de un probable Invasor, para que en todo caso se procurase aplicarle una sanción que no solo fuese congruente con el delito o la falta cometidos, sino que, sobre todo, lo apartase de la sociedad humana para evitar que continuase contaminándola, y no había duda de que el mundo había mejorado, los comportamientos humanos se manifestaban llenos de respeto a la dignidad de las cosas sagradas en todos los órdenes, la gente se mostraba prudente y casta, sobria y circunspecta, los cánticos piadosos resonaban en todas las poblaciones, los ojos y los oídos de los niños ya no podían recibir nada que los ensuciase, una realidad evidente de templanza y virtud predominaba en el universo.

De repente llegó a su telecasco una llamada de Te/gli, y al cruzar la sala para descender a la sentina debió desactivar el proyector de la holoestatua, que se desvaneció en el espacio.

–¿Qué sucede?

–*Localizado especie de índice.*

Filín Gra no necesitó demasiado tiempo de revisión para comprender, horrorizado, que una vez más su oficio lo enfrentaba a un asunto de incalculables consecuencias. En aquel auvi que el robot había clasificado como un índice, un hombre vestido al estilo antiguo, tras identificarse como

uno de los secretarios particulares humanos de Kiko Páez, declaraba ser el responsable de haber escondido en aquel lugar inaccesible toda aquella documentación, en la que, según afirmaba, «se demostraba que la pretendida amenaza de Los Invasores fue una patraña fraguada en la mente enfermiza y retrógrada de ese a quien llamamos Vigía Previsor», escuchó Gra que decía aquel hombre.

Se sintió agredido por el impacto de una blasfemia, detuvo la revisión de la pieza y miró a su robot, que cerca de él continuaba leyendo impasible los demás auvis, para cerciorarse de que aquello no era un sueño ni una alucinación, de que se encontraba en una jornada común y corriente de su trabajo, aunque en un lugar más extraño de lo habitual.

«Es cierto que, al principio, los científicos que analizaron los restos de la nave no pudieron identificar su verdadera naturaleza. Esa noticia se difundió con rapidez y repercutió en Kiko Páez como una iluminación: pensó que la nave debió haber provenido del exterior del sistema solar, que sus tripulantes habían sido sin duda unos invasores, y que llevaban doscientos años entre nosotros, de modo que todo lo que él veía en la realidad social como malo, degenerado, perverso, tenía que ser el resultado de la acción de tales invasores, ocultos, disimulados entre los seres humanos. En consecuencia, encargó una investigación orientada en tal sentido desde su propia nostalgia de la durísima intransigencia y rigidez moral que sucedió a las Guerras Santas, aunque él no la hubiese vivido, pero acatando los testimonios menos tolerantes y liberales. Sin embargo, muy pocos días después, los científicos descubrieron que a finales del siglo veinte, en un momento al parecer de fuertes tensiones internacionales, un país terrestre había experimentado sobre nuevas aleaciones radiactivas de metales para usos bélicos, y que esa nave cuyos restos habían sido encontrados en Titán no tenía nada de externo al sistema planetario, sino que era el resultado fallido de aquella investigación humana.»

Gra interrumpió otra vez la revisión del auvi porque se sentía cada vez más asustado. Sin embargo, lo descomunal de la revelación le hizo continuar la lectura al cabo de un rato.

«La noticia no trascendió al público porque Kiko Páez, después de su iluminación, había concebido un proyecto de reforma moral de la humanidad, estaba dispuesto a llevarlo a cabo, y para ello a comprar cuanta información pudiese contravenir sus propósitos, y lo consiguió, silenciando desde entonces

todas las noticias del caso, de manera que, aunque era consciente de que los pretendidos Invasores nunca habían existido, continuó con su plan, y la misma semana en la que se había descubierto el origen terrestre de la nave, él pronunciaba su famoso sermón del árbol sobre la presencia de Los Invasores y la necesidad de controlarlos, lo que demuestra su mala fe y la monstruosa manipulación que puso en marcha y que logró llevar a cabo.»

*–Localizado otro índice –informó el robot–. Se refiere al proceso de fabricación de una aeronave. Avis más antiguos.*

«No puedo enfrentarme al Vigía Previsor, porque mi conducta haría que desde el primer momento se me tratase como a un Invasor. Espero que el tiempo desvele toda esta información que aquí almaceno. A continuación presento la referencia de lo que se archiva, datos sobre el antiguo programa de fabricación del material y de la construcción de la pretendida nave extraplanetaria, datos, cifras y toda la información económica sobre los recursos utilizados por Kiko Páez para comprar voluntades y falsificar información, avis donde se conservan grabadas sus actuaciones, intervenciones y contactos durante aquellos días, en fin, todas las pruebas del gigantesco fraude de Los Invasores, que tanto fanatismo fraticida ha traído al mundo, para nuestra desdicha.»

*–Aquí hay un índice más –anunció nuevamente el robot–. Se llama Vigía Previsor en Acción.*

Gra revisó el nuevo índice y se encontró con una serie de situaciones en las que el Vigía Previsor, desde su despacho, desde una nave, desde un plató, daba instrucciones y órdenes inequívocamente encaminadas a comprar voluntades, anular las actividades de la competencia, y estimular el fanatismo intransigente en la vida cotidiana y la persecución de todo lo que se saliese de las rutinas ordinarias de la mayoría.

De la desagradable sorpresa inicial, Gra había llegado a un momento de pánico, y sintió una alarma repentina y angustiosa al pensar que el robot podía estar comunicado con la red de la Inspección de los archivos, lo que era habitual cuando llevaba a cabo trabajos corrientes, pues permitía establecer fructíferas conexiones que podían aclarar aspectos de su estudio. Sin embargo, pudo comprobar que el robot estaba desconectado, como hacía siempre que tenía que realizar inspecciones extraordinarias o peculiares, como la que estaba desarrollando en aquel momento, de modo que toda aquella información seguía bajo su control.

Gra pensaba que su pánico, en este caso, no tenía nada que ver con la trascendencia informativa del hallazgo, sino con lo que podía suceder en cuanto diese parte al juez de su descubrimiento, mucho antes de que los noticiarios tuviesen acceso a ello. Las palabras del hombre que había ocultado todos aquellos registros, cuando confesaba que sería tratado desde el primer momento como un Invasor, se reflejaban en sus certezas íntimas. Por otra parte, debía tomar una decisión cuanto antes, pues formaba parte del protocolo de su trabajo emitir un informe tras la primera revisión de los archivos que debían ser inspeccionados.

Una súbita idea se despertó en él para incrementar su malestar: ¿y si realmente todo aquello fuese una trampa preparada por Los Invasores? ¿quién podía autenticar el contenido de aquellos viejos auvis?

El robot le informó con su voz sin matices:

*–Primera revisión concluida. Ciento cincuenta auvis antiguos, dos épocas, modelos a especificar. Temas financieros, desarrollo técnico, declaraciones particulares, grabaciones furtivas. Para emitir informe de contacto necesito conexión con el exterior.*

La idea de que aquel conjunto de viejas grabaciones podía ser una trampa acabó de colmar la angustia de Gra, y mientras imaginaba una solución recordó la holoestatua del Vigía Previsor en la sala de observación.

–Todavía no.

En este momento recibió una llamada del despacho. El rostro de Erna le miraba en su telecasco con una mezcla de fastidio y extrañeza.

–Llevo horas esperando tu informe de contacto. Me quiero ir a casa.

–Esto está lejos y las fichas estaban poco accesibles. Pero ahí va, yo mismo te lo doy: ciento cincuenta auvis antiguos, dos épocas, modelos a especificar. Sin contenido.

–Un viaje en balde, vamos. ¿Qué crees que pasó?

–Ilegibles, borrados. Mal almacenados.

–Pues yo me voy a casa ya. Hasta mañana.

–Hasta mañana.

Su angustia no le impedía saber con claridad lo que iba a hacer: subir los auvis a la sala de mandos, borrarlos con ayuda de Te/gli en los viejos lectores aprovechando el resto de energía de la nave, y reprogramar luego al robot para que no quedase en él ninguna memoria de lo sucedido en las horas anteriores.

Cuando hubo concluido se sentía muy cansado, pero liberado al fin de su angustia. Ordenó a Te/gli que revisase las fichas, manteniendo en su memoria aquel momento de la muletilla del «gato encerrado» con la que había comenzado el trabajo de la jornada. Al cabo de una hora, el robot informó:

*–Primera revisión concluida. Ciento cincuenta auvis antiguos, dos épocas, modelos a especificar. Sin contenido. Para emitir informe de contacto necesito conexión con el exterior.*

–De acuerdo –dijo Filín Gra mientras conectaba la comunicación exterior del robot–. Y volvamos a casa, que ya tengo ganas de quitarme esta ropa y este casco.

Su ansiedad había desaparecido pero se sentía pesaroso, incómodo. No quería pensar en Los Invasores. También intentaba quitarse de la cabeza aquella frase del Sermón del Árbol: «Todos debemos ser vigías previsores». Recordó por fin a su madre diciéndole «seguro y oscuro» y se encontró un poco mejor.

## UNA LEYENDA

Cuando uno tiene esta profesión mía, de nombre tan raro para la gente, grabar en el archivo las experiencias particulares no se diferencia de grabar las investigaciones sobre asuntos ajenos. Ya sé que esto que digo puede parecer absurdo, pero no encuentro otro modo de justificar lo que estoy haciendo, y si no lo contase, si lo ocultase, me sentiría demasiado incómodo. Además, cuando alguien pueda encontrarlo yo ya no estaré aquí, habré dejado de funcionar, como dice Elo. De manera que he empezado a grabarlo, exponiéndolo como un caso más de lo que ha constituido a lo largo de mi vida el motivo de mis intereses profesionales como estudioso del ser humano en sus comportamientos, en su relación con los otros, con el medio social, con la memoria colectiva, con su imaginación, en cuanto actuante de conductas y creador de objetos y producto de todo ello.

Acaso en mi manera de proceder influya también el momento en que se encuentra mi profesión, o mejor el momento en que se encontraba cuando yo me retiré de la vida activa, pues ahora me imagino que estará peor. Entonces, quienes nos dedicábamos a esta ciencia éramos conscientes de que ya casi nadie la conocía, y que si todavía se mantenía dentro de ciertos programas universitarios y científicos, aunque en una esfera muy reducida y aislada, era porque a pesar de todo nuestros estudios podían resultar útiles para la elaboración de campañas de publicidad y orientación política. Lo cierto es que seguíamos intentando apoyarnos en un prestigio que había desaparecido hacía ya muchísimo tiempo.

Aseguran quienes nos gobiernan que nunca el ser humano ha tenido tanto bienestar: nunca ha habido menos hambre, nunca la sanidad ha acogido a tantos, hoy se puede decir que la formación básica es universal. Pero la gente de mi profesión sabíamos —y a juzgar por lo que he seguido viendo en esos telebultos que tan bien sugieren la realidad viva, la certeza no ha desaparecido— que tampoco nunca el planeta ha estado en tan malas condiciones materiales, y que esa formación básica generalizada ha sido devastadora para la sabiduría que podía ayudar a mejorar las cosas. Y entre esa sabiduría están los conocimientos de la gente como yo. Pero no seguiré por el camino de las lamentaciones.

La progresiva marginalidad de mis trabajos fue precisamente un estímulo

para que yo buscara nuevos ámbitos de investigación, aunque ello a veces haya supuesto para mí un penoso trabajo de campo, como el estudio de las relaciones sexuales en Solysombra y las estaciones espaciales permanentes. En otros casos resultó más fácil, como cuando analicé la influencia de aquellos objetos llamados libros en la sociedad de nuestros antecesores, asunto que no le interesó a nadie más que a mis colegas, o los estereotipos que Planeta Reserva, Terranoé, puede estimular en la imaginación infantil de las diferentes clases sociales, o las leyendas sobre la organización y forma de actuar de los distintos tipos de terros.

Estas investigaciones y otras similares, gracias al interés de las corporaciones que iban encontrando en muchas de ellas referencias para algunas campañas de penetración comercial, me fue permitiendo aportar a mi universidad lo suficiente como para que mi plaza subsistiese, pero siempre con el temor de que pudiesen amortizarla cualquier día, cuando los productores de telistorias descubriesen este campo y, además de rebuscar actitudes, creencias y costumbres, lo convirtiesen en espectáculo, multiplicando el rendimiento económico, lo que me parece que, aunque de modo todavía no racionalizado del todo, está sucediendo cada día más en esos programas.

Yo veía también reflejada esa precariedad e insignificancia profesional en la actitud de Marce hacia mí, después de bastante tiempo de relaciones. Yo creo que me veía sin futuro, mientras que a ella las cosas le iban cada vez mejor, trabajando en la cadena más importante de producción de auvis y dedicada a esos aspectos del cronicazo que nos desvelan las relaciones particulares de los famosos y de la gente pública. Desde que nos conocimos hubo entre nosotros mucha simpatía, y ello dio paso a nuestra comunicación física, pero los muchos viajes que ambos teníamos que llevar a cabo por nuestro trabajo obligaban a que los encuentros fuesen esporádicos, y que hubiese siempre en ellos una sensación de provisionalidad, que no dejamos de advertir ni siquiera durante el tiempo en que vivimos juntos.

El último proyecto en el que he trabajado ha sido la recopilación de leyendas subsistentes en los lugares de tránsito y viaje, aerostaciones, espaciopuertos, rutas... El viaje, por su incidencia en la percepción del tiempo, ha predisposto siempre al ser humano a una relación peculiar con el espacio. Los especialistas conocemos muchísimas ficciones, casi arquetípicas, que en el pasado fueron elaboradas teniendo el viaje como tema central. Yo



quise investigar lo que pudiese estar vigente de ese tipo de historias y he ido recopilando bastantes: relatos que atribuyen a despoblados desnudos y desérticos un pasado de edificios y monumentos majestuosos o de maravillosos vergeles; la leyenda sobre ese viajero perdido y amnésico que recorre, errante e inmortal, las rutas del espacio; la leyenda sobre la nave fantasma cuyo avistamiento resulta funesto; esa otra muy divulgada sobre el satélite del tesoro, donde un antiguo terro muerto por la policía habría escondido las riquezas, resultado de desvalijar varios museos de joyas, que financiaban la organización y cuyo paradero solo él conocía.

La última historia extraña que encontré, en un bareto del Secarral Nordeste, fue la de la muchacha secuestrada de un edén, donde trabajaba vendiendo su cuerpo, que llega a convertirse en una de las estrellas más refulgentes de las telistorias.

La primera noticia llegó a mí una tarde, después de una encuesta bastante infructuosa sobre posibles referencias del dichoso satélite del tesoro, cuando me había acercado hasta aquel bebedero perdido en el páramo para refrescarme con unas esnicolas. En la telepantalla se desarrollaba un enredo amoroso que tenía como protagonista a una de las más conocidas artistas del mundo auvi.

—Ahí donde la ve, esa chica era una de las izas del edén que hay en el divertidor de Loarre —me dijo el patrón, un humano sudoroso y suficiente—. Buenos palos le hemos echado a la Raila los de esta zona, antes de que se la llevasen los del espectáculo.

Yo lo tomé como una anécdota posible o como alguna de esas ocurrencias que provoca en sus escasos habitantes la soledad de esos lugares desperdigados en el desierto, y me limité a hacer gestos de ambigua atención. Pero unos días después, en otro bareto de la zona, ante otra telepared similar y mientras transcurría otro auvi con enredos amorosos y aventuras trepidantes, el patrón, también humano, me señaló a la actriz principal, que no era la misma de la vez anterior, y me dijo algo parecido:

—Esa que ve ahí es la Susi, una iza de un edén cercano. Era tan guapa que se la llevaron una noche para convertirla en estrella.

—¿Qué edén? —le pregunté yo.

—El del divertidor de Loarre.

Que en el extremo de la comarca, al día siguiente, la patrona, que por cierto conocía la leyenda del tesoro y aseguraba que su padre sabía que se

encontraba en uno de los satélites astronómicos ya en desuso que sirven ahora como balizas espaciales, me señalase a la actriz del auvi que en aquel momento se desarrollaba en la telepared, una mujer distinta de las anteriores, y me repitiese lo que ya me habían dicho los patronos de los baretos de los días pasados, encendió en mi imaginación la señal de que me encontraba ante una posible leyenda.

–¿Está usted segura?

–Claro que lo estoy. Muchos hombres que durmieron con ella la recuerdan. Cuando se dedicaba a aquello la llamaban Lami.

Decidí acercarme al divertidor, un edificio sólido y brillante en lo alto de una escarpada peña donde en las distintas salas entretenían su descanso, a juzgar por las aeromotos y aeromóviles aparcados en el techo y en los alrededores, numerosos usuarios. El edén estaba en los sótanos y, como es reglamentario, tenía el acceso en la parte posterior de la construcción. Me atendió un tipo alto, fornido, que tomé por humano, pero que enseguida me comunicó que era un robot, indicándome su número de identificación, y aunque estoy seguro de que su aclaración respondía a una reacción puramente reglamentaria, en la manera de hablar tuve la sensación absurda de que aquella máquina no quería ser confundida con un ser humano. Me dijo que pasase al vestíbulo para ver los hologramas de las izas disponibles en aquel momento y escoger la que más me apeteciese, pero repuse que no estaba allí como cliente, sino para hacerle una pregunta:

–¿Es cierto que trabajó aquí una chica que ahora es famosa artista de telistorias?

–Solo estoy autorizado a hablar de las ofertas y de los placeres del edén  
–repuso sin titubear, y no pude sacar más de él, pero al menos me remitió a la central de divertidores del norte, donde un rostro que parecía el de un robot pero que era el de un ser humano me aseguró que nunca en el edén de Loarre había estado ninguna chica que luego se hubiese dedicado a los auvis y hubiese llegado a ser artista famosa, pero además que, si se hubiese dado ese caso, tampoco le estaría permitido informarme sobre ello.

Antes de irme entré en uno de los baretos del divertidor, un lugar en penumbra con música suave y poca gente, donde la telepantalla estaba bastante retirada. El camarero, un humano que parecía casi en la edad de jubilación, era conversador, y mientras me tomaba una birra le conté lo que me había llevado allí, lo que se decía por los baretos y bebederos de la comarca y la

respuesta que había tenido en los responsables del edén.

—Algo de eso parece que sucedió hace mucho tiempo, casi cien años, pero cuando yo empecé a trabajar aquí todavía había quien hablaba de ello. La maquina que robaron. No fue una mujer de verdad. Al parecer hubo gran revuelo, porque era de las primeras y valía todavía más créditos que ahora. Había una en el edén y alguien se la llevó, no se supo cómo, y al parecer no fueron capaces de recuperarla, pero eso de que fue a trabajar a los auvis seguro que es una fantasía, las chicas de las telistorias son humanas y se hacen viejas, y no hay más que ver cómo van cambiando.

La información del camarero resultó fiable: me senté e hice unas consultas en diversos archivos, visualizando muchísima información de la Red, mientras el bareto se iba llenando cada vez de más clientes, y pude descubrir por fin un asunto que había ocurrido casi noventa años antes de entonces, recién empezadas a fabricarse esas réplicas robóticas similares a mujeres hermosas con destino al negocio del placer sexual masculino que han acabado llamándose maquinas. El asunto produjo un debate muy crispado y la violenta oposición de los líderes religiosos, que solo se abstuvieron de seguir polemizando, aunque sin dejar de mostrar su repulsa, ante el argumento de que aquellos robots harían que menos mujeres reales pecasen con sus cuerpos. Las autoridades de la época habían argumentado que si no se podía sustituir toda la prostitución femenina humana por ellas era debido a que muchos clientes seguían prefiriendo la carne de verdad a la artificial. Sin embargo, el acuerdo fue unánime a la hora de prohibir con fuertes penas la fabricación de robots masculinos dedicados a la prostitución, eso que la gente llama maquimozos y que a pesar de todo existen en la clandestinidad, como todo el mundo sabe de sobra.

El divertidor de Loarre, erigido en un lugar donde al parecer existió una fortaleza antiquísima, adquirió para los servicios de su edén una de aquellas primeras maquinas, y aunque las preferencias más comunes de los clientes se decantaban por las mujeres de carne y hueso, había en algunos tal inclinación hacia la mujer robot, que al parecer sus servicios llegaron a ser más caros que los de las verdaderas. Mas resultó que un día la maquina desapareció. Los registros habían grabado los datos del último usuario que estuvo con ella, un tipo que ya había utilizado sus servicios en otras ocasiones, pero resultó que todos estaban falsificados, la imagen era sin duda un disfraz y las huellas digitales, corporales y ópticas también habían sufrido una

cuidadosa manipulación, de manera que no se pudo conocer su identidad, aunque se supuso que se trataría de alguien capaz no solo de llevar a cabo con éxito tantas simulaciones, sino también de modificar el estricto protocolo de comportamiento del robot, que de otra forma nunca le hubiera seguido de la manera silenciosa y furtiva como al parecer lo hizo. Fue un robo que nunca se aclaró, y el robot, la maquina, se dio por desaparecido.

Yo pensé y pienso que debió de ser el alto costo de la máquina perdida lo que sirvió de base a esa leyenda de la chica raptada que luego se convierte en estrella de las telistorias, aunque por una coincidencia curiosa pude llegar a conocer que en la fortaleza premoderna que se alzó en el punto donde se encuentra el divertidor hubo también una leyenda de una dama robada por su amante que originó una violenta guerra.

Cuando desentrañé lo que realmente había detrás de las habladurías de los baretos comprendí que el barrunto de la leyenda me había hecho perder infructuosamente demasiado tiempo en aquellos lugares, y decidí dirigirme a mi casa siguiendo la ruta más directa, lo que me obligaba a sobrevolar las montañas que se encuentran al norte del estado-comarca. Ese tipo de atajos tiene el inconveniente de que una avería puede dejarte perdido lejos de cualquier ayuda, pero saber que nunca llegas a quedar incomunicado resultaba para mí suficientemente confortador, y me puse en marcha.

Sobrevolar esos lugares ásperos, de alturas y profundidades vertiginosas, donde no hay seres humanos y además existe escasa vida animal y vegetal, puede resultar muy desazonador, y si yo me decidí entonces a llevar a cabo aquella travesía fue porque ya tenía cierta experiencia en recorrer terrenos similares. A veces mis investigaciones me han llevado a habitáculos muy alejados de los núcleos humanos importantes. Son travesías acechadas generalmente por esa soledad solemne de lo exhausto, incluso cuando se cruzan los inmensos espacios de los cultivos incrustados en el desierto. Esa soledad ha provocado siempre en mí una premonición sombría sobre el destino de nuestra especie.

En aquella ocasión, cuando ya había recorrido casi la mitad de mi ruta y sobrevolaba la parte central de las montañas, tuve un encuentro sorprendente. Seguía mi viaje buscando las vaguadas, las zonas más resguardadas de las corrientes de viento y donde una posible avería me mantuviese cercano a un suelo lo menos abrupto posible, y tras rebasar una altura que quedaba cortada por un vertiginoso acantilado, descubrí de repente frente a él un vallecito, una

zona donde cierta humedad permitía que el suelo estuviese cubierto de un ligero pero insólito verdor. Siguiendo acaso un impulso que en mi profesión llamaríamos atávico, con palabra ya olvidada, o por pura curiosidad, descendí para acercarme al lugar, pero cuando empezaba a sobrevolarlo el motor se detuvo, mi aeromoto se desplomó, y sólo el dispositivo de protección, que envolvió súbitamente mi cuerpo, me salvó de una caída que hubiera podido ser mortal.

Desperté de mi conmoción en un interior extraño, en el que se alternaban la roca viva con el mobiliario propio de una habitación humana un poco antigua y con diversos instrumentos que no fui capaz de identificar. Comprendí que estábamos en una cueva o gruta natural. Estaba tumbado en un lecho, y frente a mí había una mujer muy hermosa, con un vestido que ceñía un cuerpo también muy bello. Al ver que yo estaba despierto, la mujer me sonrió muy amistosamente.

—Aparte del desvanecimiento, solo has tenido pequeñas contusiones — dijo—. Todos tus registros vitales están bien. Sin embargo, la aeromoto ha quedado inutilizable de momento.

He dicho que era hermosa, debía aclarar que era la mujer más hermosa que yo había visto en toda mi vida. La piel, los ojos, los rasgos, el cabello, la manera de mover los labios y las manos al hablar, las palabras que pronunciaba, todo exhalaba belleza, armonía, dulzura, como si se tratase de una de esas hadas de aquellos cuentos que los antiguos llamaban maravillosos. Le pregunté dónde estaba y quién era ella.

—Estás en la casa de Boris, en las montañas.

Luego añadió que ella era un robot y me comunicó la identificación numérica.

—Pero para el trato diario me pusieron Eloína. Puedes llamarme Elo, como han hecho todos.

La sorpresa de aquel encuentro me despertó del todo.

—¿Y cómo has venido a parar aquí? ¿Estás sola?

Se sentó a mi lado y me contó su historia. Ella era la famosa maquinena raptada del divertidor de Loarre. Recordaba todas las fechas del caso, cuándo había sido fabricada, cuándo llegó al edén, hasta los nombres y las señas físicas de los que ella llamaba con picardía, he dicho picardía, sus amantes. Colocada tan cerca de mí, yo contemplaba sus formas, escuchaba su voz cantarina, y no podía pensar que no se tratase de una mujer de carne y hueso.

Le dije que me interesaba sobre todo lo que había sucedido cuando la sacaron del edén.

–Fue Boris. Era mi preferido, porque siempre me decía cosas muy bonitas, las más apropiadas para estimular mis circuitos.

–Pero tú no podías seguirle, estabas obligada a las normas de dependencia del divertidor, supongo.

–Claro que lo estaba, pero Boris era especialista en programas e identidades robóticas. Hasta que no lo tuvo todo preparado no me lo hizo. Una tarde borró mi memoria de dependencia y al amanecer del día siguiente, cuando todo el mundo descansaba, me recogió en la terraza y me trajo aquí.

–Pero me imagino que os buscarían por toda la comarca, incluso por estas montañas.

Elo señaló los brillantes instrumentos situados en diferentes puntos de la gruta.

–Esos inhibidores de ondas nos protegieron. A la altura normal de los aeromóviles, ocultan toda señal, hacen este lugar imperceptible, de modo que no pudimos ser detectados. Y si hubieran descendido más les hubiera sucedido lo que a ti, sus motores se hubieran detenido.

Luego pude verificar que aquel tal Boris había hecho muy bien su trabajo. El acantilado estaba completamente cubierto por paneles del mismo color que la piedra para recibir y acumular energía solar. Al pie del acantilado, las diversas grutas naturales habían sido transformadas en habitaciones, almacenes, un taller, un gran frigorífico, el aparato ambientador y hasta un generador de raolidio, que según me contó Elo nunca había llegado a utilizarse. En la gruta principal había un manantial que surtía enormes depósitos. Todo tenía cerramientos que simulaban el color de la pared rocosa. A lo largo de la enorme roca, bordeando el valle, había un túnel de cultivo de papite también perfectamente disimulado. No había nada que no estuviese en buenas condiciones, porque Elo no solo era experta en artes amatorias y tenía conocimientos médicos, sino que el famoso Boris la había preparado para atender y reparar todos los recursos técnicos de aquel lugar.

–Boris decía que esto era un robinsonario interior, montañés, seguramente el único del mundo, añadía.

Me interesé por Boris.

–Vivimos aquí juntos cuarenta y tres años. Siempre supo halagar mis circuitos, y nuestros encuentros sexuales eran frecuentísimos. También le

gustaba oírme cantar. Con el tiempo dejé de ser su amante para ser su cuidadora y procuré que sobrellevase lo mejor posible el desgaste material. Un día dejó de funcionar e hice lo que me había ordenado, subir su cuerpo a una de las cuevas de la cumbre para alimentar a las quimeras. De eso hace treinta y nueve años, nueve meses y doce días.

–¿Y te quedaste aquí?

–Mi norma de dependencia me vincula a este lugar, la casa de Boris. Me he dedicado a mantenerme disponible, con todo lo que me rodea.

–¿Así que desde la muerte de Boris has vivido sola?

–Tres años después llegó Artur.

Hablaba con la misma dulzura, con el mismo júbilo. Me contó que el tal Artur era un ecoterro que había logrado escapar después de derivar varias corrientes de agua a pequeños humedales del sistema de tuberías centrales y surtidores del Ebro.

–Mataron a sus compañeros pero él consiguió escapar. Le pasó como a ti, su aeromóvil quedó desconectado al sobrevolar muy próximo la casa. Estaba herido, lo cuidé, lo puse en funcionamiento. Era mayor que Boris y por eso no era tan fogoso, pero yo conseguí mantenerle la libido floreciente durante mucho tiempo. Teníamos las mismas costumbres que con Boris, yo cantaba canciones, hacíamos paseos por el monte al sol, cuidábamos de los instrumentos y de los cultivos, conseguí arreglar su aeromoto y de vez en cuando, como Boris, se acercaba a uno de los super de la comarca para comprar carne de lubín, que conservaba, y conservo, congelada, birras, soma, en fin, lo que los hombres necesitáis además de sexo, cariño y alegría.

Sí, dijo «cariño». Y también dijo «alegría». Y yo no podía comprender que no estaba hablando con la mujer más bella de mi vida, sino con un robot, porque ¿qué podía denominar Elo con esas palabras? Luego pensé que su programa era verdaderamente rico, lleno de matices, hay leyendas sobre algunas damas orientales que, antes de las Guerras Santas, se preparaban a largo de muchos años, desde la infancia, para hacer de todos los sentidos un arte, acaso los programadores, más de cien años atrás, conservaban aún las pautas de comportamiento de aquellas damas y las habían incluido dentro del diseño de las maquinas.

La seguí escuchando y contemplando lleno de fascinación mientras me narraba la decadencia de Artur, los cuidados que ella debió prodigarle cuando era un cuerpo cada vez más frágil que había perdido también la memoria, el

momento en que dejó de funcionar, cómo lo había subido a la cueva para que en la noche las quimeras dejaran sus estructuras tan blancas y peladas como las de Boris.

–De eso hace dos años, dos meses y casi cinco días. Y hoy has llegado tú.

Aquellos ojos estaban llenos de júbilo, de entrega, de cercanía, parecían los ojos de una mujer enamorada, y solo diré que cuando se hizo de noche y en el exterior comenzaron a aletear los cuerpos repugnantes de las quimeras, Elo me ofreció birra y cena, y luego se desnudó delante de mí con parsimonia, moviendo el cuerpo para que pudiese apreciarlo desde todos los ángulos, y me miró de un modo que me hizo olvidar todos mis prejuicios acerca de los especímenes como ella. Y sin duda mi líbido, que en la vida cotidiana estaba bastante apagada, floreció, como ella decía, pues nuestros abrazos se multiplicaron, aunque ella procuraba administrarlos para que no me agotase. Ninguna mujer me ha ofrecido besos como los suyos, ni aquellas caricias, ni las contorsiones sabias de ese cuerpazo que sin duda se corresponde mejor con el tipo de mujer de moda hace cien años, sólido, rotundo, generoso.

Pasaron tres días, pero mi embeleso carnal había llegado a un punto en el que olvidé qué hacía allí. En la mañana del tercer día, mientras Elo estaba acostada fuera de la casa, sobre la rala hierba del valle, para renovar con el sol sus fuentes de energía, como debía hacer dos veces a la semana, Marce conectó conmigo. Veía su rostro en el telecasco como propio de algo olvidado y vacío: «¿Pero qué haces, dónde te has metido? Ayer pensé que habías tenido alguna complicación, pero hoy me he alarmado», me decía con su voz un poco chillona, con muecas donde no había ninguna dulzura, con una cierta exigencia de jefe imperioso. «He tenido una avería y no sé cuándo podré repararla» «¿Pero dónde estás metido? ¿Qué es ese sitio?» «Quise atajar y he tenido problemas en la montaña. Esto es una especie de taller. No te preocupes por mí, estoy bien. Y en cuanto tenga algo que decir sobre mi regreso, te llamaré. Enseguida, de verdad.»

Elo permanecía inmóvil, tumbada sobre los hierbajos, y salí a recorrer el vallecito. Comprendí que en mi vida había unos compromisos que no podía desconocer: Marce, la universidad, mis investigaciones. Yo no era un loco ni un proscrito, y además aquellas formas femeninas tan atractivas, y todos los encantos de Elo, la voz, los gestos, las sonrisas, la calurosa cercanía, no eran más que un simulacro, los efectos resultantes del diseño de una máquina.



Decidí marcharme aquella misma mañana, y lo hice en el aeromóvil de Artur. «Arreglaré el tuyo», me dijo Elo sin perder nada de su cordialidad. «Desconectaré los inhibidores quince segundos, mientras despegas. Ya sabes que estoy aquí», añadió, como si me hiciese una propuesta, pero yo me fui sin decir nada, qué le iba a decir a un robot.

Aquella vez, a mi regreso, Marce y yo comenzamos a vivir juntos en su apartamento. Nos unía la relación de años, pero en nuestros encuentros físicos no había nada especialmente subyugante, era como cumplir un hábito más entre las rutinas de la casa. También en la universidad me empecé a encontrar muy incómodo, pues me encargaron un trabajo de campo sobre los mitos deportivos que me obligaba a trabajosas encuestas al final de los grandes partidos, entre la multitud. Desde mi situación evocaba la gentileza de Elo con ternura, procurando pensar cada vez menos en su condición de máquina. Un día recordé la gracia ingenua con que ella hablaba de que Boris y Artur habían dejado de funcionar, y pensé que al fin y al cabo yo también era una especie de máquina, y que mi pretendida superioridad sobre los robots, mis sentimientos humanos, eran producto de reacciones químicas y descargas eléctricas.

La idea que me hizo decidirme a volver con Elo fue comprender que ella y yo pertenecíamos al mundo de la leyenda: ella era la muñeca animada de las antiguas historias creada por un extraño doctor, la estatua que había cobrado vida por arte mágica, y yo su enamorado. Nuestra relación no pertenecía al mundo de lo ordinario, sino al del mito. Retiré todos mis créditos, reuní los objetos imprescindibles, y un día me fui de casa de Marce con el propósito de no regresar. Cuando me acercaba al vallecito llamé a Elo, y su preciosa sonrisa fulguró en mi telecasco. «Desconecta el inhibidor unos segundos, mientras aterrizo», le pedí. Cuando salí del aeromóvil me dijo «Te esperaba» y una vez más quedé desconcertado.

Lo demás se puede resumir: llevamos juntos cuarenta y seis años, ella sigue tan hermosa como siempre —una vez a la semana se retira a una de las estancias interiores de la caverna para restaurar, afinar, bruñir, cualquier pequeño desgaste que pueda afectar a su piel o a su cuerpo— y yo he ido envejeciendo a su lado. Hace ya tiempo que mi líbido dejó de florecer, pero en Elo tengo una compañera joven y solícita pendiente de mí para cuidarme. En un mundo donde casi nadie encuentra la amistad, la compañía, el amor, Elo me ha dado todo eso con creces, y hace ya muchos años que no he vuelto a pensar en ella como en una máquina. «Cuando deje de funcionar me llevas a la

cueva de Boris y Artur para que las quimeras morden mi estructura. Y ojalá alguien tenga la suerte de encontrarte», le digo, y me sonrío dulcemente.

## GLOSARIO

### AEROMOTOS, AEROMÓVILES

Parece que a partir del siglo 22 el transporte aéreo se hará muy común incluso en los desplazamientos individuales y familiares, mediante «aerovehículos» que recibirán diversas denominaciones. Con el mismo prefijo, aero- , se utilizarán otras palabras relacionadas con ese tráfico, como aerotel, aeropista, aeroestación. Es probable que con el paso del tiempo se pierda la -e del diptongo inicial.

### AGNO, AJNO

Manera de llamar a los ateos –palabra en desuso a partir del siglo 21– y agnósticos actuales. Muy poca gente declarará esta condición.

### ARCANTROS

Profesión cada vez más marginal que recogerá ciertos aspectos del trabajo de los actuales arqueólogos y antropólogos.

### AUVI

Acaso contracción de lo que hoy se conoce por «audiovisuales», pero referido exclusivamente a las ficciones.

### BALÁSER

Proyectil mortífero.

### BARETO (TAMBIÉN BEBEDERO)

Pequeño bar. No los habrá grandes.

### BIOINGENIEROS, BIO-ZOOS...

Nuevas profesiones, con los Sicotensores y los Sicomédicos y los Polinizadores, y los Guardianes del Agua... Su trabajo se describe en diferentes relatos.

### BIRRA

Bebida fermentada, moderadamente alcohólica, que será muy común. Se

parecerá a nuestra cerveza.

#### BURGAS

La comida habitual, carne picada –con el tiempo predominará la de un nuevo mamífero marino llamado lubín– con forma atortillada. Se cocinará mediante ondas ultrasónicas.

#### CRONICAZO

El aspecto sustantivo de las noticias: la vida privada de los famosos y de la gente pública.

#### DIVERTIDOR

Lugar de pasatiempo, en el que habrá baretos, tiendas de objetos superfluos, salas para telespectáculos y salones para aventuras virtuales: caza, pesca, carreras, submarinismo, alpinismo guerra, asesinato en serie... También en ellos se localizarán los edenes (*ver*).

#### ECÓLATRAS

Especie de eremitas retirados a lugares naturales, lejos de las ciudades, que vivirán del agua de las lluvias y de los frutos del campo y anunciarán el definitivo colapso ecológico, que estará cada vez más próximo.

#### EDÉN

Lugar para los placeres sexuales mercenarios.

#### ELECTRABEJAS

La escasez de insectos naturales obligará a crear insectos artificiales. Las electrabejas se emplearán para ayudar en la polinización. Quienes se encarguen de esta labor llevarán a sus espaldas las mochilas-colmena.

#### ESNICOLAS

Sustancia refrescante que, en lugar de ser bebida y tragada, se aspirará por la nariz.

#### ESPACIOPUERTO

Los puertos para el destino y amarre de las naves espaciales. Serán muy

importantes Solysombra, en Luna, Puertomarte, que construirá el ingeniero espacial Clarke en el planeta rojo, y Puertomadrid y Puerto Maragatos, en Europa.

#### ESTUDIOSOS

Robots que ayudarán a los niños en su vida escolar. Serán coordinados por maestros y maestras humanos.

#### FERRULIO

Mineral para la producción de energía, de origen extraterrestre, que con el *sisdoma* y el *raolidio* será decisivo para la supervivencia de la humanidad.

#### HOLOESTATUA

Escultura holográfica. La holografía se utilizará en muchísimas obras artísticas y ornamentales.

#### MAQUINENAS

Mujeres artificiales, bellísimas y muy placenteras, que ofrecerán los edenes a sus clientes junto a las mujeres de verdad. Estarán autorizadas por la ley. No sucederá igual con los *Maquimozos*, que estarán prohibidos y muy perseguidos.

#### PAPITE

Fruta en la que se integrarán muchas de las antiguas solanáceas para conseguir una sola clase, con un sabor «sin matices ni estridencias».

#### PERSUASORES

Locutores robóticos de noticias aprobados por consenso entre todos los grupos políticos.

#### POLIRROBOT

Robot que ejercerá las funciones de policía. Habrá robots para todos los gustos y oficios, como esos Estudiosos a los que se ha hecho alusión.

#### QUIMERAS

Resultado de algunos experimentos genéticos en los que se mezclarán

diversos animales. El más problemático será el resultado de la integración del murciélago y la hiena, porque algunos ejemplares lograrán escapar y reproducirse en libertad, lo que hará las noches muy peligrosas, sobre todo en lugares apartados de las ciudades. Actuarán en bandadas y atacarán a cualquier clase de ser vivo para alimentarse. Ante la escasez de presas, también se devorarán entre ellos.

#### ROBINSONARIO/S

Islas de los mares del sur que servirán de refugio placentero a los multimillonarios.

#### SOMA

Sustancia sedante-euforizante inventada por el doctor Huxley en el siglo 20, y que será muy consumida en el futuro.

#### SUPERCAPULLO

Su significado se me escapa. Acaso insulto. En cualquier caso, se encuentra en un relato de la exclusiva responsabilidad de Merino.

#### TELEPARED, TELECASCO, TELISTORIA...

Las noticias y ficciones, así como la comunicación ordinaria, se transmitirán por un medio parecido a la televisión actual, pero de una naturaleza muy diferente: telebulto, atmósfera, sensaciones táctiles y olfativas... Estará prohibido desconectar la Telepared en los lugares públicos. Los avisos que transmitirá este sistema se llamarán telistorias. Por medio del Telecasco, también llamado Coronita en determinados modelos miniaturizados, los ciudadanos del futuro estarán permanentemente conectados con la emisora. El telecasco también asegura la comunicación entre las personas.

#### TERROS

Lo que actualmente conocemos como terroristas. Su actividad será habitual. Diversos prefijos señalarán su orientación: *teoterros*, los fanáticos religiosos; *politerros*, los de carácter político; *ecoterros*, los que actúan en nombre del ecosistema... Llegará un momento en que no se sabrá quién los promueve, realmente.

VOLINETE

Juguete, especie de patín, para dar vueltas en el aire.